



UNA SOMBRA SOBRE

MADRID

D.J.57

M.G.PINEDA · CLAUDIO HERNÁNDEZ

Una sombra sobre Madrid

María González Pineda

Claudio Hernández

Primera edición eBook: noviembre, 2018.

Título: Una sombra sobre Madrid

© 2018 Claudio Hernández

© 2018 María Gonzalez Pineda

© 2018 Diseño de cubierta: Soley

Obra registrada en SafeCreative

Código de registro: 1811038933340

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¿Cuántos libros llevo escritos ya? ¿Y a quién se lo dedico? Este libro se lo dedico una vez más, a mi esposa Mary, pero esta vez hay una novedad. Debo incluir a mi amiga María González Pineda quien me ha dado la oportunidad de escribir este libro, juntos, basada en una idea de ella muy... Descúbrelo tú mismo. Y también se lo dedico a Manuel DelPrieto, porque vamos a trabajar juntos en un proyecto y me describe aquí como algo... Y después de mucho llorar, se lo dedico muy especialmente a mi padre Ángel, que desde el cielo y a mi lado, me guía todos los días... Estos días duros de la vida...

PRÓLOGO

Suspense... Solo se necesita una palabra, para crear toda una sinfonía de oscuras emociones. Y en esta obra que usted tiene entre sus manos, el género policiaco toma una dimensión estratosférica, haciendo del suspense la emoción, que resonará en cada latido mientras se resuelve este enrevesado crimen.

Fruto del talento de dos escritores consagrados en el panorama español, nace: “Una sombra sobre Madrid”. Un thriller policiaco, donde asesinos y detectives, buscarán la manera de proclamarse ganador, en un duelo sin escrúpulos donde el deber y la maldad, se unen en un sádico caso de *spanish serial killer*.

Vivirás un apasionado y exhaustivo viaje por los métodos que usa día a día el cuerpo de policía español. Desentramando cada pista, persiguiendo una sombra que cada vez se vuelve más tupida, más larga... más escurridiza.

Mediante un narrador en tercera persona, los autores de esta novela han cuidado cada detalle, con una narración profusa, que pone en liza, la gran ambientación y el buen hacer, pues te identificarás con los agentes y tu carne se pondrá de gallina, con cada acción llevada a cabo por el criminal; pues es una novela sin tabúes, que usa un lenguaje real tanto por los personajes, como por voz del desolador narrador omnisciente.

Así, que pónganse cómodos y disfruten de la lectura, pues esta joya literaria, es un regalo para sus pupilas, pues ante sus ojos se despliega todo el potencial creativo de **Claudio Hernández**, con más de ochenta trabajos publicados, inspirados en el maestro Stephen King; y nuestra **María G. Pineda**, con catorce novelas en el mercado, inspiradas por su musa Corín Tellado.

Un tándem que te dejará sin aliento, pensado para no rendirse ante lo evidente, en cuanto a una elaborada trama, llena de giros inesperados. Con escenarios callejeros de Madrid, como el paseo de la Castellana o Lavapiés,

que te harán temer pasear por sus concurridas calles, por temor a las mentes retorcidas que siempre están al acecho esperando la víctima perfecta...

Terror y suspense, romanticismo y acción... un coctel innovador, cuyo trago agridulce dejará un placentero sabor que no se olvidará en mucho tiempo. Un tándem de escritores, unidos por una causa: tu disfrute.

Y recuerda, si viajas por la capital, que las historias nacen y se forjan en cualquier lugar, así que vigila tus espaldas, pues posiblemente en estos momentos haya...“Una sombra sobre Madrid”

Manuel Delprieto

Autor de *Ambiciona*, *Lidera Amazon con tu eBook* y *Escapando a mi destino*.

Una sombra sobre Madrid

1

Una sombra se arrastraba agachada por la oscura calle, algo monstruoso que estaba sedienta de sangre y venganza; la muerte acechaba con su sola presencia en cada calle que recorría en su paso. De aquellos paseos nocturnos, como un vampiro moderno, todo lo que encontraba eran mendigos, lo que la sociedad conocía como indigentes. La propia clase social los reflejaba como un despojo de una sociedad que vive del consumo. Las noches de aquel frío invierno eran insoportables y la nieve, la densa y pegajosa neblina, permitía que la sombra vagara por las calles enredándose entre ellas como el humo en el aire gélido. Mientras los gatos maullaban al viento invisible y gélido, en la época de celo, la sombra oscura no tardaría en encontrar lo que buscaba. Su presa favorita. Un mendigo arropado entre cartones que estaba tirado en el suelo, encogido como un feto. La sombra desdichada se lanzó a por él. Lo miró con cierta repugnancia en su rostro invisible y descubrió que no era aquel que buscaba. Sin embargo, pese a que no era él, le daba igual iniciar su ritual que decidía si el indigente debía vivir o morir. Todo estaba en su perturbada mente; en sus manos.

Entonces a la luz de una farola, que proyectaba su luz mezquina, brilló algo entre sus manos. Era un cable de acero. La tensó con fuerza. No hizo ruido. Se agachó y buscó con la vista la cabeza del indigente. Tenía la cabeza tapada con una gorra de lana mugrienta. Sus ojos estaban cerrados, tanto, que parecía que ya estaba muerto. Su cara estaba tensa. Quizá helada. Comprobó que todavía respiraba, antes de encontrar su cuello y rodearlo con el cable y entonces respiró profundamente

El mendigo como así los llamaba él, no pudo reaccionar. Sus manos se cerraron en torno a su cuello. El mendigo tenía la intención de tirar del cable, pero sus dedos no encontraban hueco alguno. Un lacerante dolor le recorrió desde la nuez hasta las sienes y dejó de respirar con normalidad. Aquel monstruo siguió apretando con más fuerza a cada exhalación y aún a pesar de la oscuridad, le pareció ver un hilo de sangre brotar del cuello. El mendigo sacaba la lengua, sucia, casi amarillenta o verdosa. Se quedaba sin respiración. Soltó algo parecido a un eructo. El cable se tensó todavía más y el aire era inexistente en su tráquea que crujió como una nuez. Entonces, como de costumbre, el fuelle del mendigo se fue apagando de manera gradual hasta quedar inerte. Inmóvil. Sin respiración. Y solo entonces dejaba de tensar el cable que volvió a brillar a la luz de la farola, esta vez de rojo. El cuello del mendigo estaba rezumando sangre y le había empapado el jersey de lana blanco. Ahora era rojo y su lengua, morada. Aquel pobre desgraciado se quedó tendido sobre el suelo helado de aquel frío invierno, mientras la sombra inició de nuevo su camino, fundiéndose entre la niebla.

Pero antes de desaparecer, la sombra se había erguido como un animal salvaje, abriendo su boca, esta vez para reírse. A sus pies quedaba aquel despojo humano según él, que yacía sin vida y empezaba a presentar una piel blancuzca. Aquella sombra perversa había disfrutado de su obra macabra para la sociedad; arte para él.

Al día siguiente, en la cuesta, en el barrio de Lavapiés, ya con la luz del día, una mujer anciana, que había sacado a su perrita a mear, observó como el animal había elegido un charco rojo para agacharse allí a orinar. El corazón de la anciana golpeó con fuerza su pecho y sintió un lacerante dolor hasta la mandíbula. Cuando sus ojos vieron los del mendigo, totalmente abiertos y vidriosos por el frío de toda una noche de invierno, abrió la boca en una O perfecta y sus ojos se agrandaron como bolas de billar hasta quedarse por un instante sin respiración. Mientras, su perrita orinaba a todo lo que daba.

El grito que sucedió después, fue algo parecido a un Do sostenible.

Media hora más tarde, el mendigo estaba cubierto por una manta isotérmica que brillaba incluso bajo el cielo encapotado como un gran lingote de oro. Las luces de los coches patrullas ondeaban en las fachadas ruinosas

de aquellos bloques y los agentes de policía intercambiaban palabras con sus interfonos.

Y la anciana que estaba siendo atendida por una unidad móvil de urgencias «la cero 61» como decía ella, se preguntó por qué narices le habían puesto aquel plástico de dos colores, plateado y dorado, si ya estaba muerto. Dado que después de estabilizarla había tenido una conversación con el enfermero; un joven apuesto, moreno y de barba rala.

—¿Qué es eso que tanto veo en la tele? —La anciana señalaba el plástico para ella. Sin embargo, se había olvidado momentáneamente que ella estaba abrazada por una de ellas.

—Eso es lo que se conoce como manta isotérmica, también conocida como manta de emergencia o manta de supervivencia. Esta manta está compuesta de polietileno plateado muy fino. Evita que una persona pierda calor por radiación e igualmente sirve para proteger al cuerpo de sobrecalentamientos. —El enfermero señaló con el dedo índice tapado con un guante muy fino, de color blanco y añadió—. Consiste en una fina película de plástico resistente con una cara aluminizada y con la otra cara dorada.

La anciana lo miró a los ojos y dijo:

—¡No me he enterado de nada!

—Es normal, he usado términos muy técnicos —dijo el joven.

—¿Pero si está muerto, verdad?

El enfermero asintió con la cabeza.

La anciana hizo una reverencia. Sus manos casi esqueléticas y atrofiadas por la artritis volaron en el aire.

—Sí.

—¿Entonces porque le han puesto esa manta que dice?

El enfermero se quedó sin palabras.

—Es el protocolo.

—¡Anda! ¡Si yo tengo una puesta! Y no estoy muerta —ladró la

anciana de cabello tan blanco como la nieve que podría caer ese invierno en Madrid.

El enfermero sonrió levemente. Sus dientes brillaron como diamantes.

—Pues sí, y estaba usted preocupada por la otra manta isotérmica, señalándola todo el rato...

—¡Yo solo he llamado a la cero 61! —le interrumpió la anciana.

—Señora, esto es una unidad móvil del Servicio de Urgencias Médicas de Madrid SUMMA 112.

—¿Qué?

—Olvídelo señora.

—Cada día sacan algo nuevo —rezongó la anciana y buscó con la vista a su perrita que estaba merodeando alrededor del cadáver del indigente, entre las piernas de un agente de policía.

Una ráfaga de viento helado se llevó las palabras esa mañana.

2

Unas horas después, en otra parte, en Barcelona. Alguien encendió el televisor en el interior de un piso en la calle de Vila de Gràcia. Un lugar fuera del bullicio de la ciudad condal, pero llena de personajes carismáticos y del arte artístico.

Diana Montero estaba descalza, solo con una camisa arrojando sus pechos desnudos, perfectamente erectos. El último botón sin abrochar. Y el ojo invisible del televisor observaba el canalillo hasta explorar medio pecho; el derecho. En sus manos humeaba una taza de café. Su cabello era largo y lacio. Oscuro como la sombra. De un azabache revelador. Sus ojos rasgados le daban un aire árabe. Los tenía azules. Tan azules como el cielo de un verano. Tan azules como el mar reflejando el resplandor del sol. Tan azules... como el botón del mando a distancia de su televisor. No había comparativas

para poder expresar con palabras, sus bellos ojos. Su piel, tensa y suave, parecía la de un recién nacido. Sin imperfecciones, sumamente pulida y brillante.

El reflejo de la pantalla de la televisión de plasma acaparaba todo su rostro, dibujando extrañas formas en ella. Era pura magia y el sonido del presentador era casi sordo. Igual que el rumor que escapaba de los radiadores y emisores térmicos que tenía instalados en toda la casa. El aire era casi denso y pegajoso, pero fuera era mucho peor. El viento que azotaba con fuerza los cristales de la ventana, venía acompañado de pequeños copos de nieve que se estrellaban como escupitajos contra el cristal. Al final se deshacían y resbalaban hasta formar un montículo opaco, casi blancuzco.

Solo se podía escuchar con claridad el tintineo de la cucharilla dentro de la taza de porcelana y el aroma del café casi sin azúcar, le embriagaba hasta hacerla sentir bien. Se llevó el borde de la taza a sus labios carnosos. Los mismos, que parecían húmedos y que hasta el momento, nadie había rozado ni siquiera con la yema de los dedos.

Sus largas y tonificadas piernas estaban cruzadas sobre el sofá y ella estaba repantigada contra el respaldo. Llevaba unas bragas blancas, de esos de encaje.

Sorbió un poco de café en un sonoro ruido y su vista buscó el rostro del presentador que había dado paso a unas imágenes. Nada fuera de lo común. Política.

No hay nada interesante, pensó, y siguió sorbiendo café rodeando la taza con sus largos dedos.

Diana tenía dos grandes problemas en los que gastar todas sus energías.

Era su primer día en la Comisaría de Policía Nacional Fuencarral «El Pardo». Pablo Manrique había sido destinado allí por unos dedos invisibles

que habían señalado su formulario y él que estaba a las ocho en punto delante de la comisaria, con sus pies hundidos en la nieve.

—¿Qué desea? —preguntó una señora con pelo moreno, enredado y con una cara hinchada por las ojeras. Su mano estaba asomada por encima del mostrador. Ella estaba sentada, seguramente con su enorme culo aplastado contra el sillón casi doblegado.

—Soy el nuevo inspector de policía destinado aquí señorita —casi balbuceó Pablo. Era tímido y llevaba gafas de montura gruesa. Su cabello moreno, al límite del rizo y su piel enrojecida le hacían parecer más a un chalado que a un inspector.

—Señora. Diga señora Fina —rezongó la mujer arrastrando las ruedecillas del sillón que parecieron chirriar en el suelo recién fregado. Su mano desapareció del mostrador.

¿No podía haber sido una mesa? Se preguntó Pablo y quizá, tenía la intención de decirlo, pero no lo hizo. Su nerviosismo era patente.

—Lo... lo siento señora... —Se había quedado en silencio. A esa hora solo reinaba el aroma del café, y el denso aire pegajoso de la calefacción.

—Fina. Me llamo Fina Magra. —La mujer no le mostró una sólida sonrisa, sino más bien una cara un poco agría.

—Eso es.

—¿Su nombre?

El silencio reinó durante un instante hasta presentarse ominoso e inquietante.

La mujer le hizo la pregunta por segunda vez.

Pablo pareció despertar de un sueño.

—Soy Pablo Manrique Diosdado.

En el mejor de los casos la mujer empezó a teclear y se escucharon las pulsaciones de las teclas como si fueran los dedos repicando sobre el mostrador.

—Sí, aquí está. Es usted el nuevo inspector de policía Pablo y está destinado aquí. Enhorabuena. —La mujer seguía sin sonreír. Sus ojos tampoco brillaban bajo las luces de los fluorescentes. Solo la placa del cuerpo que tenía colgada sobre uno de los pechos, brillaba casi como un diamante.

—¡Qué bien! —Era obvio que se le había escapado. Se llevó la mano a la boca. Era como un crío. La mujer lo miró de reojo.

Sonó el trasiego del sillón arrastrase hacia un lado y su enorme culo abandonó el cojín que había sido apretujado durante todo ese tiempo.

—Voy a presentarle al inspector jefe Javier. Espere un momento por favor.

Pablo inclinó la cabeza y con los labios sellados, esperó, mientras la mujer obesa, iba arrastrando los pies hasta un despacho situado al final de una sala llena de mesas y ordenadores como setas.

Allí no había más que agentes bostezando y vasos de plástico de café humeando.

Un interminable rato después, la señora Fina regresaba moviendo los labios y su dedo índice haciendo círculos en el aire.

—¿Qué dice? —Le preguntó Pablo, tan estático como una estatua. La nieve de sus botas se había derretido y había creado una mancha de agua en el suelo, de un color marrón. Como el lodo.

—Dice que estará con usted en un momento. Ahora saldrá de su despacho. No le gustan las visitas tan temprano. Prefiere salir él.

A Pablo casi le había parecido que aquella señora agente de policía le había guiñado un ojo, pero solo había parpadeado.

Una atronadora voz grave irrumpió de repente y dijo:

—¿Es usted Pablo Manrique?

Pablo se encogió de hombros ante aquel hombre de bigote y una estatura de un metro noventa. Su mano estaba extendida y hacia por dos de las de Pablo.

—Sí, señor —dijo Pablo tímidamente y su corazón se aceleró cuando le estrechó la mano.

—Soy el inspector jefe Javier. Solo Javier.

Y de pronto un dolor lacerante nació en la mano de Pablo de lo que fuerte que había apretado aquella ruda mano que bailaba en el aire, llevándose consigo casi todo el brazo de él.

Fuera comenzó a nevar de nuevo.

Y dentro, empezó una nueva vida.

Un nuevo reto.

4

La lluvia se paseaba por las calles arrastrando todo lo que se cruzaba a su paso, con una fuerte tramontana, que soplaba en todas direcciones. Los contenedores de la basura corrían sobre sus ruedas de goma planeando sobre los grandes charcos de agua y las ramas de los árboles hacían aspavientos como las hélices de un avión.

Sin duda había llegado el invierno, pero curiosamente, no en Barcelona. Aquellas postales blancas, tan alisadas como las sábanas recién puestas debían esperar un poco más de tiempo para dibujar un cegador paisaje.

Desde la ventana estaba ella, que con su mirada profunda, contemplaba aquel acontecimiento. Con el dedo índice metido en la boca, como un acto sexual, la hacía brillante. Era ella.

Y tenía una guitarra que ya no sonaba.

Su música le quedaba, pero no tenía amor.

Sin embargo, si tenía dos grandes problemas.

El inspector jefe Javier le estrechó la mano con fuerza por segunda vez y con un movimiento de barbilla le indicó el camino a seguir. Siete pasos contados hasta una puerta que estaba entornada. Desde la distancia se podía oler un pestazo a cigarrillos. Pablo pensó en hacer o decir algo al respecto, pero se lo pensó dos veces y al final no hizo nada.

Solo arrastrar los pies como un crío en su primer día de colegio.

—Ese es mi despacho. Adelante. —Los ojos de Javier no parecían brillar ni debajo del mismísimo sol, que todo había que decirlo; estaba ausente ese jodido día, y los demás.

—Gracias por ser tan amable inspector Javier —dijo Pablo soltando la mano y dejándolas caer inertes a ambos lados de su cuerpo.

Javier pensó: este tío es tonto.

—No se detenga. Allí dentro no tengo un Dóberman sin comer durante una semana. —Aquello parecía un sarcasmo en toda regla. Y lo era.

Javier taconeaba detrás de él.

La mujer menuda había ocultado su cabeza tras el mostrador. Una cabeza como un gran gatazo de esos que ronronean sobre el tocadiscos, bueno, ronroneaban. Ahora todo era teléfonos móviles y los putos Tablet.

A medida que se acercaba a la puerta, Pablo no supo si detenerse o taparse la nariz. No hizo ninguna de las dos cosas. Inspiró la nicotina que flotaba en el aire como una densa y pegajosa niebla. Se estaba jodiendo y casi podía escuchar la cínica sonrisa del inspector jefe a sus espaldas.

¿O quizá solo era producto de su imaginación?

—Voy a sentarme —dijo Pablo al entrar en el despacho. Tenía el respaldo de la silla agarrada con sus largos y finos dedos.

Javier lo miró de reojo. No sabía qué decirle.

—Bueno, si quiere estar de pie durante todo el discurso de bienvenida

—se apresuró a decir con voz grave Javier al tiempo que cerraba la puerta y ésta repicaba en el marco metálico.

Un sonido que te hacia dentellar. En algunos sitios le llaman dentera o tiricia, como en Murcia.

Javier simplemente decía que eso era una mierda.

—Perdone jefe...

—¿Jefe? —Le interrumpió Javier con una amplia sonrisa de payaso dibujada en su cara. A decir verdad le gustaba que le llamaran «jefe»; era como decirte que has echado un buen polvo esa jodida noche que enloquecías de los gemidos de los vecinos.

Pablo le sonrió. Muy tímido él, pero lo hizo. Estaba como una hoja en medio de un vendaval. A punto de romperse por las vibraciones de las ráfagas de viento. Salvo, que a eso se le llamaba temblor. Previo paso a una diarrea.

Seguro.

—Perdone. Si quiere que...

La mano alzada de Javier le interrumpió y fue cuando el sillón sonó como una condenada máquina de vapor y empezaba la letanía.

Dos horas y media.

Para recibir el traje azul. ¿Claro? ¿Oscuro? ¿Brillante?

Que más daba.

Era el nuevo inspector.

El invierno también tomó las calles de Madrid en los días siguientes y después, la sombra se preparaba para actuar de nuevo. En los callejones perdidos del barrio de Lavapiés. Sí, volvió al mismo lugar de los hechos. Un

mendigo más sin lápida en el cementerio de Almudena. Congelado, en una de las neveras frías al tacto del Instituto Anatómico Forense, donde se realizaban más de 400 autopsias al año. O en el peor de los casos, como los cadáveres no reclamados, que son pasto de estudio y de las bacterias en el sótano de la Universidad Complutense por ojos desorbitados de los estudiantes aspirantes a forenses. Algo que no le importaba un carajo al asesino. A la sombra oculta. Al perturbado ser de ojos oscuros y mirada fría como el viento del invierno. Al que iba a por el segundo desgraciado en la gélida noche.

Sin duda alguna, iba a repetir su ritual, pero ¿encontraría esta vez al hombre que buscaba? Su obcecación por un hombre que no aparecía era interminable e implacable.

De nuevo, con el cable tensado entre sus manos cubiertas de unos guantes de lana, mugriento y al que le faltaban los trozos de los dedos, su obstinada furia se fijó en un nuevo mendigo. En su frente estaba el nombre grabado a fuego. Tenía que ser él, esta vez. Tenía que ser él, sin duda, pero se equivocó de nuevo.

¿Y que más daba?

Así conseguiría que todos los mendigos de la ciudad fueran a parar en los congeladores o en el sótano y después a la basura. Y de paso, si la televisión no se metía por medio, la policía local de Madrid cerraría los casos, sin dejar actuar a la unidad de la Guardia Civil, la Policía Judicial del Cuerpo Nacional de la Policía, cuerpos especiales como (UDEV CENTRAL) del Cuerpo Nacional de Policía o la creación reciente del grupo de homicidios creado por la Comisaría General de la Policía Judicial. Y en última instancia; la Brigada de Homicidios y desaparecidos del Cuerpo Nacional de la Policía. Había comisarios, inspectores y detectives de por medio. Un galimatías como pasarse un balón de uno a otro, pero eficaz según las últimas encuestas. Y él lo sabía. Esa sombra que se arrastraba como una mancha diabólica, lo sabía. Conocía al dedillo el procedimiento de la investigación de un asesinato y sabía que incluso, aunque pasaran años, él se jugaba la cabeza, porque conocía las técnicas que empleaban estos hombres astutos que acabarían dando con él.

No había magia. Todo, era pura ciencia y santa paciencia. Y él no era

tonto. Solo estaba enfermo.

Ven hijo, pásale la lengua como lo has hecho antes, esto empieza a lubricarse, sigue, sigue.

Aquellas palabras resonaban como piedras de un acantilado precipitándose sobre la carretera. Y le dolían. Eran como una fila de alfileres clavados en su cerebro.

Estaba enfermo.

Sediento de sangre, aunque no se la bebía como un cruel vampiro, la sombra que acechaba los callejones donde se refugiaban los mendigos, salió de nuevo a pasearse en busca de los cepos, esperando que esta vez tuviera algo más de suerte, para desgracia de todos aquellos sin techo que estaban en su punto de mira. Buscaba a alguien, pero si no lo encontraba, daba igual. Era una pura caza para cobrarse otro trofeo. Y como no, dejar su sello en la víctima.

Esta vez el indigente estaba entre dos contenedores de basura, resguardado del intenso frío de esa noche de invierno, ya avanzado. El cuerpo, inmóvil, estaba dentro de una cabaña de cartoné. La sombra supo con certeza que aquel cuchitril era su refugio. Sin embargo, no tenía sentimientos encontrados para sentir algo de piedad. Ni una sola cosquilla en su estómago.

Las piernas del mendigo asomaban sobre la acera. La sombra se puso en cuclillas y no tuvo piedad. El ritual había comenzado. El tenso cable de acero rodeó el cuello al indigente como si fuera la estola de un cura, salvo que ésta hacía daño. Tanto, que el dolor era lo más parecido a un parto, pero lo peor de todo es que no se podía defender y se asfixiaba. Tensando con fuerza, el mendigo se debatía entre la vida y la muerte. Solo pudo abrir los ojos, sacar la lengua y patalear sobre el suelo. El viento se encargaba de borrar todas las huellas de los ruidos que emanaban de la garganta de aquel pobre desgraciado.

Dos, ya son dos, pensó el asesino, pero no es él; mierda.

La sangre fluyó por entre los dedos de ellos dos. Saliendo a borbotones como sin un zombi le hubiera mordido en la yugular. Los trozos de cartoné se empararon de aquel líquido sedoso y con olor dulce. Una gota

le salpicó a los labios del asesino quien se relamió y saboreó la dulzura de aquella sangre alcoholizada. Le pareció saborear algo tan dulce como el anís.

Entonces cuando, el mendigo expiró y dejó de forcejear, el asesino comenzó su ritual. Del bolsillo derecho de su gabardina negruzca, aunque era marrón, pero estaba llena de mierda, para pasar inadvertido entre las sombras; sacó una piedra.

El mendigo tenía los ojos abiertos e hinchados y se le habían salido de las órbitas, ya que él sabía, que el ojo humano puede salir hasta un milímetro de la cuenca, cuando se dilata. La lengua, esta vez, más limpia, estaba mostrando un color purpúreo. Entonces y con el cuerpo encorvado todavía, sacó un clavo del otro bolsillo. Un clavo oxidado, doblado y bastante grande.

Sus manos sujetaron el mentón del indigente y levantó levemente la cabeza. Aquellos ojos seguían mirando al asesino que ahora sí tenía rostro. El cerebro humano tarda más de diez minutos en morir justo después de que el corazón se para. Y vio al asesino, pero el secreto se quedó atrapado en ese cerebro que agonizaba.

Puso el clavo sobre la punta de su lengua. Dejó que su cabeza reposara sobre la acera, sobre su propio charco de sangre. Mientras sujetaba el clavo levantó la otra mano que tenía apresada la piedra y la descargó con fuerza. El ruido fue seco y se escucharon romperse los huesos de la mandíbula. El asesino sonrió y golpeó de nuevo. La sangre salía a borbotones y el charco embadurnó la suela de sus zapatos. Algunas gotas de sangre también salpicaron la parte superior de los mismos, como si fuera un cuadro abstracto, lleno de pinceladas.

Los dientes del asesino brillaron en la noche y un perro ladró en la lejanía, mientras el viento lloraba en las esquinas. Había dejado su marca. Era la segunda vez, pero esa noche no tuvo suficiente y buscó una tercera víctima.

Dos horas más tarde, tras desaparecer en la bruma de la noche, apareció caminando por la entrada de la M30. Allí encontró al tercer mendigo. Estaba tapado con mantas y cartones, bajo un puente. Había coches que circulaban a gran velocidad en la autovía y parecían abejas por sus zumbidos.

El asesino salió de la niebla con su oscura silueta, sus ojos inyectados en sangre y casi brillantes, los dientes apretados y los labios en una mueca como si sintiera dolor. Se acercó al mendigo, algo brilló entre sus manos. Era el cable de acero. Se agachó y bajo la luz de la luna cometió otro error.

No pararía hasta encontrar al hombre que él deseaba ver cara a cara. Al hombre que necesitaba decirle unas cuantas cosas antes de arrebatarse la vida. Al hombre más malvado que él. Todavía más.

Por la Autovía zumbaban los taxis con sus luces verdes de «Libre» encendidas. Con los faros devorando la calzada y vio otras luces que esta vez eran azules.

Sabía que era la policía y por eso desapareció entre la niebla como alma que escapa del diablo. Aunque el diablo era él.

7

En la Comisaría de Policía Nacional Fuencarral «El Pardo», dos altos mandos hablaban en el interior de su despacho. Sus voces estaban amortiguadas por la puerta de cristal, pero podían verse sus siluetas sentadas y casi repantigadas. Eran dos inspectores jefes de la UDEV; unidad especializada en delincuencia violenta. Javier acababa de aprobar su plaza y estaba destinado al Distrito 2 (Arganzuela, Salamanca, Retiro y Chamberí), mientras que Manuel, el segundo que portaba la insignia en su hombro derecho, estaba destinado a ser subinspector central de la Policía Judicial, único funcionario que se presentó al examen de ascenso por oposición libre.

—No me lo puedo creer —dijo Javier con voz grave—. Nos ha salido un tarado de los que se hacen llamar un asesino en serie que se ha fijado en los mendigos. Dos asesinatos en solo dos días.

—¿Qué aprendiste cuando entraste la primera vez en el cuerpo de policía? Que en esta vida hay de todo. —Manuel se mesaba la barba rala y sus ojos eran como dos pozos sin fondo. Sin vida. Estaba casi ausente—. Qué daños le habrán hecho los mendigos a este criminal. A esta bestia.

—Nada. Solo una mente desquiciada.

—A quien le asignamos el caso, nadie va a querer hacerse cargo, lo presiento.

—Ninguno va a querer perder el tiempo con los mendigos o indigentes. Hasta en el cuerpo de policía se olvidan de ellos.

—Bueno, tanto como eso... Sí que es verdad que a nadie le importa un mendigo más o menos. Seguramente nadie vaya a reclamar los cuerpos.

—¿Qué te parece si se lo damos a un novato como Pablo Manrique?
—Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Javier.

—¿Y si te digo que me lo has quitado de la boca? —Aquello no era una pregunta, era una objeción—. Me parece perfecto que el novato se estrene a lo grande o quizá se estrelle contra la pared de hormigón. —Se le escapó la sonrisa floja. Había dejado de mesarse la barba.

Jocosos, Javier dijo:

—Menudo retrasado, tiene cara de...

—No lo digas, por favor, —le interrumpió Manuel con una voz aguda y estirando la mano sobre la mesa.

—Está bien, pero lo voy a llamar. —Javier se frotó las manos como un crío rebelde y añadió—. Espera, que nos vamos a divertir un rato con él. Dudo que sea capaz de gesticular palabra en cuanto le dé la noticia. —Su mano derecha levantó el auricular del teléfono.

Pocos minutos después unos tímidos golpes sonaron en el otro lado de la puerta como un tintineo de botellas.

—¡Adelante! —Aquella voz había retumbado como un trueno en el despacho. Era Manuel que mantenía la sonrisa cínica.

El nuevo inspector buscó con la mirada el pomo de la puerta y sus dedos se agarraron a ella como tentáculos. Después giró levemente hacia un lado el pomo y la puerta se abrió, mostrando dos rostros sonrientes, pero con un brillo casi diabólico en sus ojos. El inspector, tímido, entró despacio. Sus ojos marrones observan el rostro de ambos subinspectores y le entra la flojera

en sus piernas. Estaba como una hoja perenne, en medio de una tormenta. Al entrar se frota las manos para ocultar su nerviosismo.

—Manrique, tiene un caso, será suyo si lo desea. —Los ojos de aquel agente brillaban hasta en la oscuridad. Javier era lo más parecido ahora a un ser despreciable que a un agente de seguridad.

—Si es que es capaz de investigarlo —comentó con mala intención Manuel.

—¿Yo, señor?

—No veo a nadie más aquí dentro —dijo Javier levantando sus manazas—. ¿Verdad Manuel? —Éste asintió con la cabeza sonriendo—. Quien si no. No se lo estoy diciendo al vecino.

Javier tenía una sonrisa maliciosa y tan burda que daba asco. Pero el nuevo, temblando, se acercó a la mesa y preguntó:

—¿Qué tengo que hacer?

—Investigar Manrique, investigar. ¿Qué coño quiere hacer? Acabas de ascender de categoría, como nosotros y queríamos hacerte un regalo en tu estreno. Pero dudo que puedas resolver un caso que parece complejo. Se trata de un asesino en serie.

—Si señor pero yo...

—¿Pero tú qué? Manrique, ¿quieres el caso o no? —La voz de Javier se elevó todavía más, rebotando sus palabras en las paredes como las ondas acústicas en un teatro.

—Pues... —Manrique se quedó sin palabras, pero hizo fuerza de flaqueza para añadir lo que querían escuchar aquellos dos subinspectores—. Sí señor. Acepto el caso. —dijo después de un rato en silencio.

—¡Pues ya es tuyo! —exclamó Javier sin borrar su eterna sonrisa—. Puedes retirarte y estudia bien los expedientes. Los cuerpos están en el Instituto Anatómico Forense. Tendrá que empezar a acostumbrarse a los fiambres. Puedes retirarte.

Después de salir Manrique y cerrar la puerta con un golpe seco, se

escuchó una sonora carcajada en el interior del despacho. En su turbada mente pensó que ser inspector jefe, era el próximo escalón que él necesitaba dar y después ser comisario, pero le quedaba el cuerpo especial de la UCO. Así las cosas se le pondrían mucho más fáciles y no pasaría más por aquella humillación, porque así lo sentía él.

Caminó lentamente por el pasillo y empezó a bajar las escaleras.

¡Malditos estúpidos!

Aquellas palabras fueron como un zumbido para sus oídos.

8

La noche se apoderaba lentamente de Madrid, y la sombra salía de nuevo arrastrándose por las paredes para cobrarse otra nueva víctima. Deseando encontrarle ya. Estaba jadeando como un perro, sin embargo, no emitía sonido alguno en la silenciosa calle de la zona de Lavapiés. Sí, había regresado al mismo lugar de nuevo. Él tenía la certeza de que debía estar allí, agazapado en algún rincón. Como también tenía la oportunidad de tener la esperanza de encontrar lo que él llamaba «el secreto» entre aquellos mendigos.

En la calle de la Rosa, una de las más importantes de la zona de Lavapiés, y una de las más entrañables; de forma un tanto extraña, no había nadie paseando por la zona a las dos de la madrugada. Madrid nunca duerme, decía quién se lo preguntara. Y era cierto, solo los mendigos dormían. Los demás no. Allí no había ni siquiera un jodido drogadicto que venía de pillar su dosis calles más arriba. Sin embargo, a las doce de la noche, había gente que te ofrecía Cocaína o Mariguana, mientras paseabas con tu pareja. No se cortaban ni un pelo y de vez en cuando se paseaba un coche de la policía con sus luces azules destellando en las paredes de los edificios, mientras hacían la vista gorda.

Al final de la calle, la sombra se acercó a un edificio abandonado. No era el único edificio en estas condiciones. Solo habitaban las ratas, los gatos y

los okupas. Pero la sombra sabía que también había mendigos apiñados. Aunque en esto último se equivocó. Solo había uno. El que buscaba, quizá.

La humedad era la carta de presentación del edificio derruido por el paso del tiempo. Había carteles pegados como mocos, en la pared. Estaban hechos ristras y de todas formas se veían las manchas, éstas amarillas; eran meadas de borrachos y perros.

La sombra, aquella silueta oscura, sabía que allí pernoctaba el mendigo, al menos uno, podría ser el que buscaba o no, y también sabía que no solía dormir en grupo. Entró en el edificio sin hacer ruido, como si sus pasos fueran de algodón y allí estaba metido en su manta negruzca: dormido. En la penumbra, la sombra volvió a estirar el cable de acero y lanzándose sobre el cuello del mendigo apretó el cuello hasta que su víctima quedó tendido inerte en el suelo. No había ofrecido resistencia. Y las mantas estaban a un lado del cadáver ya. La sangre brotaba del cuello lacerado cayendo sobre sí mismo; sobre su pecho y sus manos agarrotadas, hasta formar un gran charco en el sucio suelo. Acto seguido hizo aquel ritual que le hacía sentir una extrema satisfacción perturbada. Cada vez que repetía aquello, su sed de venganza crecía y le producía más placer. Se sentía el dueño y dominador sobre aquellos infelices, que por desgracia, caían en sus manos, Lo miro antes de irse porque necesitaba verle allí despojado de todo, pero descubrió una vez más, que no era su mendigo. Había estado tan seguro y ahora tan desconcertado, que la salida del edificio fue como caminar errante. Llevaba tiempo buscando a aquel que un día le dijo; lame con tu saliva, lame. Pero el mendigo que buscaba con tanto ahínco parecía que se lo había tragado la tierra. Sin embargo, aunque estaba desconcertado, de momento le daba igual equivocarse de mendigo. Era uno más y un clavo menos. Y pensó egoístamente que se cobraría tantas víctimas como pudiera. Deseaba quitarles la vida que tanto les costaba mantener y despojarlos de su último aliento con un clavo en la boca, atravesando el mentón. Se alejó del lugar y se perdió por el final de la calle, fundiéndose con ella.

En la consulta del doctor Ochoa, en el Hospital Vall d'Hebron de Barcelona, Diana escuchaba con atención al médico; sintiendo en su corazón una inquietud que la consumía de forma desalentadora.

—Doctor no hay cura para mi madre. —Así de tajante se mostraba Diana con los ojos húmedos.

—Lo siento Diana, pero ya no se puede hacer nada por ella. Prepárate para el peor de los desenlaces, porque ya le queda muy poco tiempo de vida.

—Estoy que no sé qué hacer, que pensar. —Los dedos de Diana se enredaban en su cabello lacio, de forma instintiva. Su corazón le dio un vuelco.

—Lo comprendo y creerme que lo siento, pero el cáncer solo tiene un camino a seguir. Está en estado de metástasis. Lo único que puedes hacer en estos momentos tan difíciles es pasar todo el tiempo que puedas con ella, pues no será mucho. Aunque eso no la ayudará en nada. —El doctor Ochoa de cabello grisáceo y gafas de montura de hueso, movió las manos sobre la mesa; como si quisiera coger la única mano de Diana que temblaba sobre la superficie.

Diana estaba en ascuas, eso era un decir, en realidad, estaba nerviosa, triste y alentada, todo a la vez. Sabía que su madre se moría y no podía hacer nada por ella. Y lo peor de todo; nadie podía hacer nada, excepto esperar a que la muerte viniera en silencio a por ella. Arrebatándosela para siempre de su lado. Después de la consulta, nefasta por cierto, Diana quiso visitar a su amada madre. Entró en la habitación 203 y la vio pálida. Su piel tensa como si ya estuviera muerta. Sin embargo, estaba adormilada por la medicación; morfina. Se sentó en una silla al lado de la cama y le tomó la mano con fuerza. Sintió que todavía estaba caliente. La agonizante mujer abrió los ojos lentamente.

—Diana. —Su voz sonaba rasgada.

—Dime mamá.

—Prométeme que... —La mujer se quedó en silencio de pronto.

—¿Que te tengo que prometerte madre? —inquirió ella, con el

corazón desbocado bajo su pecho. Sus ojos eran una mar de lágrimas que rozaban su fina piel hasta el mentón.

—Que me prometas que no buscaras a tu padre, porque sé que cuando yo muera, iras a buscarlo —acució Carmen. Era una mujer de ochenta y dos años, cabello blanco y corpulencia hacia unos seis meses; ahora estaba esquelética y sus facciones parecían las de una calavera en un ritual. Sus ojos eran grises.

Diana se removió en su silla inquieta.

—Madre, porque no quieres que vaya a buscarlo. Es mi padre y quiero conocerlo. Estoy en mi derecho —espetó Diana dolorida.

Su madre movió la cabeza lentamente sobre la almohada.

—Se marchó a Madrid cuando tú apenas caminabas. A decir verdad, te arrastrabas a curto patas sobre el suelo. Y entonces él desapareció. — Carmen quiso reírse y tosió una vez—. Todos dicen que van a buscar un paquete de tabaco. Así que no lo busques. No se lo merece. Seguramente, tendrá otra familia.

Hablaba entre jadeos y ruidos que salían de su garganta rajada por los tubos que penetraban por los orificios de su nariz.

—Mamá, que pasó. —Los ojos de Diana pedían una súplica—. ¿Que sucedió realmente para decirse a irse?

Carmen frunció un ceño y su boca consumida escupió de nuevo una ristra de palabras.

—Un día se fue a trabajar y durante un año estuvo mandado dinero para las dos, pero de pronto, el dinero dejó de venir. Así que tras un mes más o menos me puse a escribir cartas y las enviaba por correo a la dirección que tenía apuntada, la cual me había dado tu padre. Así estuve tres meses y finalmente, un buen día el cartero vino con todas esas cartas devueltas. En cada una de ellas, había una notificación que decía; se ha ido de la pensión.

—¿Y ya no supiste nada más de él? —Diana estaba consternada.

—No hija, desde entonces no supe nada más de él. De modo que

prométeme que no le buscaras...

—¡Pero mama! —le interrumpió diana con su dulce voz, pero esta vez en una exclamación sonora.

—Prométemelo. —La mano de Carmen apretó con las pocas fuerzas que le quedaba, la mano de diana, quien temblaba como una hoja en el aire.

Hubo un momento de silencio casi ominoso, tras lo cual Diana dijo:

—Te lo prometo —mintió. Ella tenía en mente ir a buscar a su padre sí o sí. Lo tenía que hacer cuando su madre falleciera, no antes. Lo tenía que hacer; esas palabras retumbaron en su mente. Pero mintió. Y le mentiría en tantas cosas.

Diana se quedó mirando los últimos resquicios de los ojos abiertos de su madre, que poco a poco se le estaba escapando.

Poco a poco.

10

La carpeta sonó alto y claro al golpear la superficie de la mesa. Solo le había faltado crear una nubecilla de polvo a su alrededor, pero la mesa estaba limpia. Pablo se echó para atrás levemente, llegando incluso a dar con la cabeza en el respaldo del sillón. No tenía despacho, pero compartía espacio con su colegas decía él. En una habitación de más de cien metros cuadrados, había casi medio centenar de mesas, todas separadas por un ventanal o especie de separador, de plástico. Al otro lado de la mesa, había sillas, de esas que hacen ruido al moverlas sobre el suelo recién fregado cada mañana.

—Aquí tienes un nuevo informe —dijo Javier con semblante serio—. ¡Tres! ¡Ya van tres en menos de una semana! —había subido el tono de su voz y sus labios parecían dos estrías en su cara. Tenía los pómulos arrugados.

—Se refiere a que ha aparecido un tercer vagabundo, ¿verdad señor? —Pablo mostraba su lado más simple de su carácter. Sí, era un novato, pero no un estúpido. Y no sabía por qué, le latía el corazón de forma abrumadora.

Ya había pasado por la escuela de formación hasta llegar a ser inspector y no debía estar temblando como lo hacía ahora.

—Lea el informe —contestó Javier bordeando la mesa para irse a su oficina; su despacho. Unos segundos después, su silueta era una sombra a lo lejos.

Pablo alargó su mano derecha para atrapar entre sus dedos el nuevo informe. Apenas si había abierto los dos anteriores y contemplado las macabras fotografías y ya era la tercera vez que lo volvería a hacer.

—Vaya capullo está hecho —dijo una voz de pito alrededor suyo. No sabía de donde habría procedido esa voz ni tampoco la reconocía. Tampoco sabía a ciencia cierta si eso iba para él o para el inspector jefe, señor, Javier.

De cualquier forma, si era esto último, sus labios, lubricados con vaselina para prevenir cortes en los mismos por el frío, se estiraron en una fría sonrisa.

El murmullo era incesante a su alrededor y la sala estaba repleta de agentes aporreando el teclado y otros, simplemente, mirando informes o la pantalla del ordenador.

Con lentitud abrió la carpeta de color amarillo y vio dos fotografías. Una de frente y otra de perfil.

El mendigo, indigente o vagabundo, tenía un clavo que le atravesaba la lengua y el mentón. Era el mismo ser demente de los dos asesinatos anteriores y se preguntó, por qué demonios le habían dado el caso a él, si había cuerpos de investigación que estaban sobre él mismo, en casos de asesinatos en serie.

Pensó en los hombres camuflados de blanco que recopilaban pruebas.

A él le hubiera gustado pisar ese charco de sangre.

Porque en el fondo era algo, digamos, inquieto, aunque mejor serie decir, perturbado. Algo que la señorita psicóloga había pasado por alto en el examen.

Siempre hay una mente perturbada o traumatizada en cada policía,

subinspector, inspector o inspector jefe, decía en las noches sin sueño.

Siempre había rasgos de locura en ellos. Siempre.

Y eso era verdad.

11

Había trasiego en el pasillo del hospital. Las enfermeras llevaban en sus manos enguantadas, cajitas blancas de sabría Dios qué. Una de ellas, que portaba claramente una jeringa en la mano, entró en la habitación de Carmen. Esto fue dos días después de que le suplicara a Diana que cuando ella faltara, no fuera en busca de su padre. Ella sabía que la iba a palmar, como decía muchas veces. Estaba casi drogada por la morfina, pero sabía que eso era malo. Que estaba en las últimas y lo afrontaba con toda su entereza. Lo mismo que cuando parió a Diana abriéndose de piernas y sintiendo algo más que un terrible dolor allí abajo.

Pero eso era algo bien distinto y sonreía cuando aquellas imágenes proyectadas como diapositivas delante de sus ojos, lo recordaban todo. Se reía con el pedo que sonó como una motosierra, cuando al hacer tanto esfuerzo se defecó encima, o mejor dicho, en las manos del ginecólogo. Pero eso, era mierda de la limpia. Lo que ahora tenía, era una mierda. Así de sencillo.

—Buenos días Carmen, ¿qué tal estamos hoy? —preguntó la enfermera menuda con aspecto de renegada, aunque sus labios estaban estirados en una sonrisa un tanto forzada.

Carmen volvió la cabeza hacia ella lentamente, como si le pesara como una bola de hierro macizo y dijo:

—No lo sé. Dímelo tú.

Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre la cabeza de aquella pequeña enfermera que debía ponerse de puntillas para hacer coincidir la jeringa con el agujero del dispositivo de Vacutainer. Este

artilugio de plástico que solo se usa una vez, permitía sacar sangre en cualquier momento y sentías el largo látigo de goma que te introducían en la vena. Carmen sin embargo, ya no sentía nada de eso.

La enfermera arrugó sus finos labios y se limitó a introducir el líquido transparente de aquella jeringa.

Cuando hubo sacado la jeringa y pasado unos veinte segundos, la menuda enfermera dijo algo:

—Ya está. Ahora usted descansará bien. —Mientras estaba diciendo esto, la enfermera con guantes de látex opacos ya había bordeado la cama y traspasaba el umbral de la puerta hacia el pasillo, lleno de enfermeras y celadores, que empujaban camillas como si estuvieran cansados, dejando caer su peso sobre ellas.

Diana estaba mirando el panorama y después se volvió. Ella sabía que aquella jodida jeringuilla contenía Morfina. Carmen también, porque no era tonta. El sueño profundo y a la vez el despertar y los ánimos que te insuflaban aquello, hacían pensar en una especie de droga, que te anuncia tu final inminente.

—Deberías ser más agradecida con los pacientes —susurró Carmen. A pesar de su corta edad, el aspecto que tenía ahora, dibujaba un rostro de una anciana. Diana con los ojos temblorosos dentro de sus cuencas no podía contener la emoción.

Su madre se daba cuenta.

—Mamá. Esa mujer está todo el día al cuidado de muchos enfermos y acaba cansada. De ahí que a veces parece que no te traten bien. Están agotadas.

—Y yo me estoy muriendo hija. Quizá no vea el atardecer esta tarde. Quizá no vea la mancha roja que se forma allí en las montañas cubiertas de árboles, que parecen cerillas en esos momentos mágicos. —Su dedo esquelético señalaba a través del cristal de la ventana. Su cama era la que ocupaba el lado más codiciado por los enfermos, la ventana al mundo exterior. Su compañera de habitación, que padecía un cáncer de pecho, estaba durmiendo al lado de la pared, junto al servicio de lavabo.

La mano de Diana, que había bordeado la cama, se agarró en el dedo de su madre. Con sus largos dedos perfectamente rosados, se enredaron con el dedo pálido y casi morado de ella.

—No te vas a morir —dijo entre lágrimas y sintió como un resuello en la garganta de su madre.

Tenía los labios muy secos.

Diana dejó aquel dedo tétrico sobre la cama y cogió una botella de agua que tenía sobre la mesita de al lado de la cama. Una de esa de plástico, con dos bandejas.

El aire pegajoso por momentos, olía a alcohol, como si fuera formol. Un olor común en todos los hospitales. A veces producía náuseas. Solo a veces.

—¿Qué hora es hija? —Los ojos de Carmen se estaban apagando.

—Las cinco.

—A las cinco y media no llego.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Cómo puedes mentirme?

—Mamá yo...

—Lo sé. Es normal en estos casos —le cortó Carmen con una voz cada vez más quebrantada.

No sentía dolor. Solo un hormigueo profundo y como algo se despojaba de su cuerpo. Como si la estuvieran desnudando.

—Lo siento mamá. —Diana le acercó la botella de agua a la boca. Carmen movió levemente la cara y apartó sus labios de aquella boquilla.

Quince minutos después, cuando el sol casi había terminado su jornada por aquel día, justo cuando se convertía en un cuadro abstracto de colores rojizos, como la lava de un volcán y cuando ya empezaba a ennegrecerse, Carmen dijo algo mientras señalaba a la ventana.

—Me voy al fin.

Y eso fue todo.

Sus ojos se cerraron para siempre y dejó de respirar. Sus labios secos se quedaron acartonados y la palidez de su cara fue a más. Había expirado el último aliento.

La morfina había hecho su trabajo.

Entonces Diana se echó a llorar como una niña desconsolada.

12

No tenían sentido. No había más que un clavo atravesando sus mandíbulas. Eso era todo, y que eran vagabundos; mendigos, como les llamaba el asesino, aunque eso no lo sabía.. Pablo estaba apoyado y casi hincado con los codos sobre la mesa y los puños penetrando en su blanda carne de la cara; como un crío observando su colección de cromos.

—No sé qué puede llevar a alguien a hacer algo así —susurró en el aire desvanecido de aquella inmensa planta baja, repleta de mesas y expedientes abiertos, que muchas veces se quedaban así durante varios días.

No obtuvo respuesta, salvo el murmullo incesante que se elevaba a la calidad de un zumbido de un moscardón. De aquellos que te fastidian el día pensado si se ha cagado dentro de tu oreja.

Los vagabundos, todos vestidos de forma diferente, no habían sido desnudados, no presentaban cualquier otra marca. Ni presentaban similitud física alguna. Uno era moreno, el otro anciano con el pelo blancuzco y casi amarillento, y el tercero, era rubio. Solo tenían algo en común, que eran unos pobres desgraciados que les deparaba una muerte desgraciada.

Los ojos de Pablo se ocultaban tras los párpados que se cerraban por el cansancio y su mente divagaba, en la nada. Era un novato y por muchos exámenes que hubiera aprobado para ascender a inspector, esta era su primera vez. Su pérdida de la virginidad como inspector en un caso que parecía

simple y complejo a la vez, le abrumaba.

O quizá, no tenía sentido.

Ni interés.

Y siguió paseándose aquellas fotografías delante de sus ojos hinchados.

Ya empezaba a estar harto.

13

Pasado una semana de la muerte de su madre, Diana, cogía el ave para Madrid; agarrada a su urna cineraria como si ella fuese su propio columbario. Todavía, con los ojos húmedos y las facciones sin brillo, tenía la intención de buscar a su padre. Algo que ella sabía, que las cenizas de su madre en su arropo, estarían retorciéndose por la promesa incumplida. No sabía por dónde empezar, pero lo haría de alguna manera. En un papel amarillento y arrugado tenía escrito una dirección y una a fotografía de su padre cuando era joven.

La fotografía, áspera por el paso del tiempo apreciaba una rotura en una esquina y los ojos de su padre parecían tremendamente oscuros, en una instantánea en blanco y negro, que bien podía ser ya de color, ahuesado. En la parte de atrás había una dirección escrita con una letra irregular a difuminada por el tiempo. Ella pensó que debía ser la letra de su padre y aquella dirección, cualquiera sabía de quién era. No podía leerla porque estaba incompleta. Solo podía leer al final; Roses. Eso sí le sonaba. Era un pueblo al norte de Gerona, muy próxima a Figueras.

El viaje resultó cómodo, gracias a que el traqueteo era como volver a la infancia. A esa cuna que su madre, que ahora estaba entre sus pechos, la mecía mientras cantaba una nana con su voz dulce. Salvo que el tren emitía un zumbido como si fuera por un túnel al vacío y los tímpanos se llenaran de agua.

A medio trayecto, y sin dejar de pensar en su amada madre, sucumbió al sueño, donde regresaba de nuevo a su infancia. En el que se mostraban los rostros felices de sus padres. El rostro de su padre, con la piel morena y tensa, mandíbula prominente y ojos castaños. Un tupé parecía no cansarse nunca de mantener su postura. El rostro de su madre, sonriente y muy joven, le brillaban los ojos y estaba extendiendo sus finos brazos, cuando una mano caliente le tocó el hombro.

—Señorita. Ya hemos llegado a Madrid.

Era una anciana con el pelo de color ceniza, y ataviada con su indumentaria de monja. Sus gafas doradas brillaban bajo el influjo de los rayos del sol que penetraba por las cristaleras del vagón.

Y Diana se extrañó del buen tiempo que hacía, al mismo tiempo que abría sus párpados y se mesaba la sien derecha.

—Gracias, hermana —dijo.

Todavía con la urna cineraria entre sus brazos, Diana empezó a moverse, primero estirando las piernas y después, cogiendo con una mano su único equipaje. Un macuto que podía llevar colgado del hombro en la que había un par de bragas, maquillaje, la dirección, dos tarjetas de crédito, el teléfono móvil, algo difuso y la reserva por escrito de un lugar donde pasar algunos días.

Había alquilado un piso con una habitación en la calle Libertad, paralela a las calles Infantas y Colmenares; hasta el parking de la Plaza del Rey. Un lugar bastante tranquilo y a dos pasos de la Gran Vía, quizá la arteria más importante de Madrid.

El sitio no fue producto de la casualidad sino, premeditado, ya que era la misma zona donde se le perdió la pista a su padre.

Para llegar a la zona, utilizó el Metro guiada por los carteles de colores que había en lo alto de los vagones. Era fácil llegar hasta el lugar. Solo tenía que seguir la Línea 1 de color azul y esperar a hacer transbordo en la Línea 5 de color verde en la Gran Vía a secas hasta la parada Gran Vía 21 que daba a la calle Hortaleza. Y de ahí caminar unos quince minutos.

De forma curiosa, impropia de ella, había pensado en limitar el gasto de su estancia en Madrid, pero si las cosas se complicaban, tendría que tirar de la Visa para mantenerse más tiempo en Madrid. Una idea surrealista, pero común.

Cuando se acercó al portal y con esa idea en la cabeza, se detuvo y asintió con la cabeza como si le hubiera contestado a alguien. La fachada del bloque estaba ennegrecida por el monóxido de carbono de los coches, y la puerta de un color metálico, brillaba en contraste, como un diamante pulido a medio enterrar.

Sacó las llaves del bolsillo de su pantalón vaquero desgastado y roto por las rodillas e introdujo una de ellas en la cerradura, al tiempo que tintineaban como unos cristales rotos. Giro con suavidad y la puerta cedió al instante.

Dentro todo era luz y el olor a lejía y amoníaco o cualquier otra cosa parecida, le impregnó como si de repente se hubiera ido a lo alto de Navacerrada. Se dirigió a la puerta del ascensor de color azul y pulsó el botón de llamada. Tras un siseo sordo, finalmente, escuchó un golpe como carnoso detrás de la pared y las puertas se abrieron de lado a lado. Su tez rosada se iluminó con una luz blanquecina y entro en el habitáculo del ascensor.

Subió hasta la quinta planta y al salir, enfrente brillaba bronceado el número de su nuevo hogar; el tres. Por curiosidad pensó que habría una letra, pero pronto descubrió porque había un jodido número.

Hizo el mismo ritual con las llaves y tras abrir la puerta blindada del piso, su nuevo hogar por estancia limitada, tuvo la sensación de que allí iban a pasar muchas cosas buenas.

Atravesó el pasillo cerrando previamente la puerta en un golpe seco que hizo que repicara en el marco y busco con la mirada el sofá. Se dejó caer sobre él en un sonoro plaf y se vio tendida bocarriba con los brazos abiertos y respirando algo parecido a pintura fresca y madera de pino.

Después de unos largos minutos de descanso se levantó del sofá y se dirigió hacia la ventana. Era del tipo corredero, con marcos metalizados pintados de blanco. Con un solo dedo movió una de las hojas de la ventana y

se asomó por ella.

Sus grandes ojos oscuros, aunque fueran azules, divisaron aquel paisaje negruzco y el parque rodeado de árboles que daban un toque verde al mismo y suspiró con fuerza. Se alisó el pelo largo y lacio con sus dedos juguetones y empezó a cavilar.

Pensando en su padre.

14

Madrid amaneció totalmente cubierto por un manto blanco, como si la capital hubiera sido arropada por una gigantesca sábana, en la que solo podías adivinar los bultos.

Diana había sentido algo de frío la tarde anterior, pero no se imaginaba que el frío invierno se completara con una nevada de esas características. Durante el sueño, no había escuchado nada, ni viento, ni granizo ni la silenciosa nieve flotando en el aire antes de tocar suelo. Si bien es cierto que días anteriores había nevado en Madrid, no quedaban resto que lo recordara.

Con los pies enfundados en unos calcetines gruesos de lana, se encaminó hacia la cocina. Sabía que al menos tenía café y leche, y sobre todo una cafetera. Eso formaba parte del trato del alquiler. El dueño había dejado algo de comida para los primeros días.

El sonido de la cafetera al hervir el café fue lo más parecido al grito lanzado por una chimenea de un tren de vapor del siglo pasado. Se derramó un poco de aquella agua oscura y crepitó al tocar el fogón encendido.

Diana acudió corriendo para apagar el fuego. El aroma de café la embriagó hasta sentirse en cierta manera; animada. La cineraria estaba sobre el televisor, en el salón de pequeñas proporciones y la fotografía de su padre, apoyada en ella.

Todo parecía perfecto para un día nostálgico y sin necesidad de salir

de casa, pero tenía que salir ese día y los que hicieran falta. Había ido a buscar a su padre. Ser sirvió café en una taza y después añadió leche de un cartón cerrado.

Después de media hora de desayunar y acicalarse como si fuera a una fiesta, se enfundó en un abrigo de pluma, rosa. El gorro le cubría parte del cabello y la cremallera le llegaba hasta los labios pintados de rojo jazmín.

Ya en la calle recibió el azote del aire helado de aquella nevada y caminó hasta la entrada del Metro. Bajó las escaleras mecánicas. Se fijó en el mapa y salió casi en el sitio exacto. Después de todo, en Barcelona también había Metro, y algo ya sabía andar con ellos.

Se presentó en una de las calles del barrio de Usera con la nota escrita en la mano enguantada con un guante de lana blanco. Allí no había ninguna Pensión, ni Hostal ni Hotel. Nada de nada. Incrédula se acercó a la primera persona que venía de frente y le preguntó:

Pero no se dio por vencida se acercó e intento hablar con alguien de aquel edificio. Por fin vio a una señora mayor que parecía deambular sola.

—Buenos días señora. —Diana estaba algo nerviosa—. Me gustaría hacerle una pregunta. ¿Puedo?

La anciana que había aparecido deambulando sola por la calle la miró con ojos inquisidores y tras darle un repaso de arriba abajo dijo:

—Buenos días, jovencita. Claro que sí. Si puedo, se la contesto.

—¿Este edificio no era antes una pensión? —Diana estaba moviendo sus azulados ojos en sus cuencas como canicas en una bolera.

—Sí, claro, pero de eso hace ya mucho tiempo. En esa Pensión solo había chicas malas. —Los ojos de aquella anciana con una bufanda verde envuelta, parecían estar inyectados en sangre y sus dientes rechinaron al aire gélido.

Diana abrió su ojazos y se quedó algo desconcertada hasta tal punto de fruncir un ceño.

—Bueno, eso nunca lo supe. Yo solo venía a preguntar por un hombre

que vivió aquí hace ya algún tiempo. No sabría decirle con certeza. —Los labios de Diana se estiraron frente al gélido aire.

—No me hagas caso —dijo la anciana y añadió—. Esa Pensión por la que preguntas hace mucho que fue demolida para levantar estos apartamentos. —su dedo destartalado, pues no llevaba guante alguno, señalaba la fachada.

—Voy a hacer otra cosa —dijo Diana—. Mire esta fotografía y dígame si le resulta conocido este rostro.

Antes de ver la fotografía con aquellos ojos como olivas y lagrimosos por el frío la anciana dijo:

—No voy a reconocerlo, de eso estoy segura.

—Esta es la fotografía que supuestamente se hizo cuando este hombre vivía aquí.

La mujer cogió la fotografía con sus dedos como espátulas y la miró de reojo con un rictus en sus labios. Aquella mirada oscura, le recordaba a Diana algo. No sabía qué.

De repente escuchó algo que no se lo esperaba

—Le conozco —A Diana le dio un vuelco el corazón como si se hubiera retorcido bajo su pecho—, pero este hombre se fue de aquí y si quieres saber la verdad, Yo no sé dónde se fue. Lo siento.

Lo que en un principio fue una alegría se fue convirtiendo en decepción.

—Está bien. Al menos sé que lo conoció. —A Diana le asaltaron varias dudas entre ellas, el preguntarle cómo era, pero no lo hizo.

La voz de la mujer, casi chillona, la hizo regresar a la realidad.

—Lo siento, no puedo ayudarla. —La anciana arrugó todavía más sus angostos labios y comenzó a caminar.

Diana se quedó frente al edificio, con la fotografía en la mano, sin saber qué hacer, mientras la mujer se alejaba hasta formar una mancha oscura

en la nieve. Tras un momento dubitativo, Diana echó a andar sin saber dónde ir. Mientras caminaba, ya al cabo de un buen rato sin rumbo, vio algo que le llamó poderosamente la atención.

Sentía deseos irrefrenables de tomarse algo caliente y estaba justo delante de la entrada a una cafetería. Miró la puerta de cristal un instante y leyó la frase que había escrito en medio de la misma: El rinconcito. Diana sabía que quería hacer; paliar de ninguna manera el intenso frío que tenía. Una vez entró en la cafetería lo que más le llamó la atención, fue la cantidad de ordenadores que había, uno por cada mesa.

Se dirigió a la barra donde había un hombre rubio con barba rala secando copas y tazas de porcelana.

—¿Me pone un café?

—Enseguida señorita —le contestó el joven que a su vez regentaba la cafetería.

—¿Podría usar uno de esos ordenadores? —El dedo de Diana señalaba arbitrariamente a uno de ellos. Había mesas ocupadas, con jóvenes inmersos en las pantallas azuladas.

—Sí, por supuesto. Están para eso.

—Gracias.

El dueño que se llamaba Roberto y tenía una estatura de un metro ochenta y vestía de negro, se giró hacia la máquina de café. Con sus ágiles manos lo manipuló y obtuvo una taza de café con el arte de un prestidigitador.

Diana caminó hacia una de las mesas más cercanas. Tiró de la silla de plástico azul y se sentó delante del ordenador que brillaba con una manzana en el centro.

Sus dedos movieron el ratón con destreza y después aporrearon en el teclado el nombre completo de su padre. El buscador no mostró ningún resultado con aquellos datos. No había nada.

—Señorita, le llevo su café. ¿Lo quiere con mucha azúcar, con leche?

Diana escuchó la voz de aquel joven emprendedor que se llamaba Dani.

—Solo con azúcar, por favor. —Ella se había dado la vuelta y su cuello habría girado sobre un soporte compuesto de engranajes por la forma en que lo hizo.

Después sus ojos buscaron el brillo de la pantalla del ordenador y el cursor parpadeando. Toda ella era pura decepción en su primer día de búsqueda. Era como si a su padre le hubiera tragado la tierra y por un momento, sintió arrepentimiento. Su padre no aparecía en ninguna de las modalidades de búsqueda. Todo era en vano.

—Aquí tiene señorita. Su café con mucho azúcar.

Diana descubrió que ese joven hacía de camarero también. Rebuscó con la vista y no vio a nadie más ni detrás de la barra ni en las mesas retirando copas o tazas de café.

—Gracias —dijo ella y alargó sus finas manos.

El joven se retiró con cortesía.

Diana se tomó el café, dejó el ratón olvidado sobre la alfombrilla, se levantó de la silla, caminó hacia la barra, lo pagó tras preguntar el precio y salió fuera a la calle.

Y por segunda vez pensó que todo era una locura. Venir a Madrid para buscar a alguien del que solo te dicen; ah, sí lo conocí, pero no sé dónde está ahora.

Con el frío azotándole de nuevo en la cara, se decidió caminar hasta el final de la calle y caminó, y caminó, hasta encontrar algo.

Al final de la calle divisó entre la manta de nieve lo que era la cúpula de una iglesia. La campana, oxidada, pero entera, estaba inerte; como si

estuviera atascada. En esos momentos no estaba marcando la hora. Diana lo miró con los ceños fruncidos al son del vaho de su respiración. Y una vez más pensó en el arrepentimiento de haber viajado hasta Madrid para buscar a un padre que a lo mejor ni existía.

Mientras meditaba iba acercándose hacia la iglesia, que estaba al final de la calle. Delante de la puerta, algunos de pie y otros tapados con cartones, había varios mendigos. Diana vio al lado izquierdo, un banco solitario, cubierto de nieve. Sin huellas.

Y a medida que se acercaba a aquellos hombres y mujeres con algunos cuantos harapos puestos, se hacían más grandes, así como la torre principal de la iglesia. Con su mirada buscó de nuevo la campana que todavía no repicaba.

De pronto, cuando se abrió paso entre las manos extendidas de los mendigos, casi se topa con un hombre canoso cuya indumentaria era perfectamente reconocida.

La de un cura.

—Perdone padre. Iba distraída —se disculpó Diana mientras calentaba sus manos en los bolsillos de su abrigo.

—No pasa nada hija. Entre y reguardase del frío. Hoy no es un día propicio para estar en la calle. Mientras tanto, tengo que abrir el comedor para estos pobres desgraciados. —El párroco elevó las manos al cielo y añadió—. Oh, señor, disculpa por mis palabras, quería decir, indigentes. —Miró a los ojos de Diana y con un rictus en los labios añadió algo más—. Estos mendigos necesitan algo que comer caliente y resguardarse del frío.

—¡Por eso hay tantos esperando en la puerta! —exclamó Diana sin sonreír—. No sabía que la iglesia era tan...

—¿Tacaña? —inquirió el párroco frotándose las manos—. No todas las religiones o iglesias son iguales. Así es hija.

El cura era un hombre anciano, delgado, pero alto. Tenía el cabello blanco y sus dientes eran extremadamente blancos. No le faltaba ninguno. Su cara tenía una expresión dulce dibujada en ella, en todas sus arrugas y

aquellos pequeños ojos oscuros. Aquel hombre, siervo de Dios, le despertó cierta paz a Diana.

—Padre, vengo de Barcelona.

—¿Cómo puede venir de vacaciones una chica tan joven y guapa, con este tiempo? —espetó el cura.

—No he venido de vacaciones. He venido a buscar... —Diana se quedó pensativa—. Si padre, creo que he cometido una locura, con este temporal. —Sus labios se estiraron en una sutil sonrisa.

El cura la observó de arriba abajo.

—Venga conmigo, vamos al comedor, allí se tomará un té caliente.

—Bueno es que yo...

—No quiero excusas —le zanjó el párroco mientras tiraba de ella del brazo.

Diana siguió al padre hasta el comedor que no estaba lejos de la parroquia. Los mendigos los miraron de reojo y se pusieron en movimiento. El comedor social estaba tres puertas más abajo de la calle San Fiberto. De ahí que el comedor social se llamara Centro de Servicios Sociales San Filiberto. El párroco tenía mucha mano ahí.

Cuando entraron por la puerta principal, el aire era denso y caliente y estaba cargado de un aroma a cocido. Sin embargo, no estaba hecho en su totalidad, pues las principales cocineras, habían discutido y ese día no estaban en la cocina.

—Padre Exequiel me alegro de que haya venido. Hoy tenemos problemas, como de costumbre. —La voz de aquel hombre esquelético y canoso, sonó rasgada, como si fuera a perderla por culpa del tabaco. Tenía un cigarrillo pendiendo de sus labios y caía hacia un lado como una fina y larga lengua blanca.

— ¿Qué pasa ahora Rodrigo?—preguntó el cura enarcando una ceja—. ¿No han venido las cocineras?

Rodrigo hizo un ademán con la cabeza.

—Las señoras Toñi, Marina, y Lucía no pueden venir hoy. Es lo que me han dicho por teléfono. Eso ya me lo esperaba —sonrió jocosamente y un poco de ceniza cayó al suelo sin disgregarse en el aire.

—¡Buaj! Siempre igual. —Exequiel miró a Diana con ojos profundos y sus labios añadieron el resto—. Es una cosa muy común en esta cocina —explicó y volviéndose a Rodrigo añadió—. ¿Cuándo dejarás de fumar dentro de la cocina?

El hombre enclenque y de manos huesudas se encogió de hombros.

—¿Que hacemos ahora para terminar el cocido? He preparado todo, pero creo que a medida que pasa el tiempo lo más probable es que saque un puré de patatas grasientas —explicó Rodrigo.

—¡Vaya! Tenemos que hacer algo más para esos pobres desgraciados que ya están esperando turno fuera. —Exequiel señaló hacia la entrada de la cocina, que ahora según su posición, era la salida.

Diana buscó con su azulada mirada la guía invisible que había dibujado el párroco, que presentaba síntomas de preocupación.

—Yo puedo ayudarles a terminar el cocido... —intervino Diana—, si no le importa. —Diana parecía mostrar un poco de inseguridad en ese momento.

—No sabe cuánto se lo agradezco señorita —dijo el párroco con una sonrisa en los labios—. Pero por desgracia, no podemos pagar ni un céntimo de euro. Solo darle las gracias y un plato de comida.

—No importa, no tengo nada mejor que hacer —acució Diana sonriendo una vez más.

Exequiel la miró sorprendido y agradecido al mismo tiempo. Rodrigo aspiró de su cigarrillo hasta que sus mofletes se hundían en la mandíbula. Sus ojos parecían dos aceitunas.

—Venga al despacho, allí puede dejar su abrigo y el bolso.

Diana se fue detrás del cura. En esos momentos, le rondaba una idea por su cabeza y necesitaba decírselo al párroco. Entonces sin titubear,

empezó a hablar de nuevo:

—Padre, quiero comentarle una cosa. Para mí es un problema. No sé...

—Si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo —le cortó Exequiel levantando la mano con la palma hacia abajo.

Ella resopló.

—No estoy aquí de vacaciones. Tengo que confesarle que vine a buscar a mi padre, el cual me abandonó cuando yo era muy pequeña. —Al terminar la frase, Diana se sintió ruborizada. Había confesado algo que no se le ocurriría decir a nadie. Nunca había sido así de espontánea.

—Lo siento hija, pero mucho me temo que eso es un tema para la burocracia —confesó el padre.

—Sí, ya me he dado cuenta de que es imposible que pueda encontrarlo. Solo quería intentarlo. —Y sus labios dibujaron una sonrisa en su rostro.

Entonces, el párroco se llevó la mano a la cabeza. Tocándose la frente con uno de los dedos y dijo:

—Es una tontería lo que se me ha ocurrido.

—¡Dígame padre! —Diana había gritado casi de exaltación—. Nada de lo que diga usted será una tontería.

—He pensado que porque no empiece con los más necesitados. Los vagabundos. Es decir, los mendigos. Podría preguntarles a ellos y quizá, solo quizá, pueda descubrir algo que no sabía. Siempre hay que empezar por lo más sutil. La policía ya no es tan efectiva hoy por hoy. No creo en ellos. —Sus labios se arrugaron como un ano.

—¡Pero padre! ¡Qué va a saber un mendigo! Acaso cree que mi padre podría estar en una situación semejante —exclamó Diana sorprendida.

—Bueno, no se pierde nada por preguntar. Hay veces que los caminos del señor son, inescrutables. Y esto podría ser un ejemplo. Debo confesar que a veces tengo intuiciones muy buenas.

Diana arqueó una ceja.

—Está bien, lo intentaré. No se pierde nada por intentarlo.

Ambos estaban quietos, uno frente al otro, haciendo aspavientos y mostrando caricaturas de sus caras.

—Ahora vamos a repartir el almuerzo —se apresuró a decir Exequiel, dejando los brazos inertes a ambos lados de su cuerpo. Al contrario de lo que esperaba Diana no se puso en marcha. Algo que la descolocó.

16

De regreso a casa, mientras se deslizaba sobre la blanca y espesa nieve, Diana recordó como aquellas mujeres que ayudaban en el comedor social, negaban con la cabeza al ver la vieja fotografía temblando en su mano. Ninguna de ellas lo había visto y ni tan siquiera le sacaba algún parecido con alguien.

En la fila que se formaba, para pedir un plato de comida con unas manos extendidas totalmente mugrientas y en algunos casos; moradas. También negaron con la cabeza aquellos pobres desgraciados y desgraciadas, que por el infortunio de la vida tenían en beneplácito de conocerse todos y cada uno, bajo un mismo techo; el cielo.

El padre Exequiel se había escondido entre los fogones, pero antes le había dado instrucciones a Diana: «Si quieres venir, ven». Y ella que había cabeceado para confirmar que al día siguiente estaría allí por la mañana.

Una de las mujeres que ayudaban en la causa había llegado a admitir lo siguiente:

—Lo siento señorita, no lo he visto por aquí. Además, esa foto es de muy joven y si tu padre viene por aquí, estoy totalmente segura de que tendrá otro aspecto.

—Claro, no había pensado en eso. Así que no sé qué decirle... —Se había disculpado Diana con una sonrisa tonta en los labios—. Tampoco sé si mi padre es un mendigo o un hombre de negocios. Pero no sé por qué, he decidido empezar a buscarlo por lo más... —No había encontrado la palabra y se había callado. Como un fuelle que deja de contraerse de golpe.

Y siguió caminando hasta la boca del metro más próximo, donde una corriente de aire caliente y pegajoso, le dio un bofetón en la cara, pero era agradable de sentir. El frío era lo peor.

17

Pablo Manrique no tenía a sus superiores sobre su cogote. Se podría decir que de alguna manera le habían olvidado. Ellos estaban de cháchara en sus oficinas, enganchados al teléfono, porque los veía a través de los cristales de los separadores y pensó que quizá era mejor que siguiesen así durante el resto de la investigación.

Sobre la mesa, tenía tres carpetas abiertas y unas cuantas fotografías de los indigentes estrangulados. Esas fotografías venían con sangre incluida y mostrando al menos, una lengua morada fuera de la boca.

Los tres tenían algo en común. La clase social y el modo del asesinato. Los tres presentaban una línea recta en sus cuellos como si esa línea divisora hubiera descabezado a unos simples muñecos. Los tres tenían barba protuberante y los tres se habían quedado con los ojos abiertos. Pero había algo más.

Tenían el pecho descubierto y eso sí, empapado de sangre.

Las pruebas de los análisis no eran contundentes. Había pelo de gato, perro y ratas, pero ningún cabello humano. No había saliva y un trozo de uña clavada en la mejilla de ninguno de ellos.

El arma homicida; no existía.

Pablo Manrique, el nuevo, consideraba que se iba a estrenar bien. Y

eso no era precisamente lo que esperaba dar de sí mismo. En el departamento de criminología había aprendido muchas cosas, pero nada acerca de la cruda realidad.

Aquellos tres mendigos eran un quebradero de cabeza para él, ahora.

Y siguió leyendo los informes y rebuscando con su mirada seria, dentro de aquellas jodidas fotografías.

18

El día transcurrió dentro de la normalidad, salvo que nevó copiosamente, como si Madrid se hubiera trasladado al estado de Maine. Justo al norte. Donde más nieve hay o porque no, a Estocolmo. Allí también hay mucha nieve en invierno y Rusia...

Diana, con semblante serio y recordando el comedor social y los que allí vio, estaba con su camisa blanca casi toda desabrochada apoyada en el cristal de la ventana de su recién alquilado piso. Un pezón se marcaba considerablemente detrás de esa tela y el otro pecho casi botaba de la camisa. Más abajo, debajo del extremo de la camisa, brillaban unas braguitas de encaje blancas.

Cualquiera con unos binoculares en el edificio de enfrente estaría sacudiéndosela frenéticamente al ritmo del jadeo, pero no, no había edificios delante, no al menos cerca. Sus ojos contemplaban el resplandor de la nieve que cubría casi un campo de fútbol bordeado de columnas blancas, que no eran más que árboles centenarios que soportaban el peso de la nieve en lo alto.

Algunos copos de nieve se estrellaban contra el cristal y formaban extrañas formas que resbalaban hacia abajo. Su respiración, lenta y pausada dibujaba una capa uniforme en el cristal. Y pensó en lo maravilloso que era ver una nevada tan grande desde dentro de un hogar con calefacción y se preguntó si su padre estaría atrapado bajo un cartón mugriento.

Lo que no sabía era que el destino le cambiaría la vida para siempre.

Y de su padre, el tiempo le daría la respuesta.

Si, el jodido tiempo.

Suspiró ante el reflejo de toda aquella nieve que brillaba como la cal sobre los tejados y sintió como sus párpados se cerraban. Y sintió un extraordinario deseo de dormir.

19

Dos trasbordos en el Metro y había recordado el camino para llegar a Usera. Era sencillo. Solo debías seguir los colores de la ruta y una voz femenina indicaba por los altavoces en que estación paraba.

Esta vez pasó de largo de la cafetería. Sus botas la llevaban al trote hacia la Iglesia. Esperaba encontrar al padre Exequiel renegando por una u otra cosa. Parecía que lo veía venir. Había dejado de nevar, pero el cielo estaba amenazante.

Cuando se acercó a las puertas de la iglesia, que estaba justo al lado del comedor social, la cual aún no había abierto sus puertas, se encontró con algo bien diferente.

Había un hombre de un metro ochenta de estatura, iba bien vestido con una gabardina oscura de tela, unos zapatos negros y un pantalón gris, pero no le gustaba su mirada. Al menos no al principio.

El padre Exequiel estaba allí con él, como una pasa arrugada al lado de una rama tiesa.

—Buenos días Diana —dijo Exequiel con una sonrisa burlona—. Te presento al benefactor de este comedor. El señor Risto Manrique.

Diana lo miró sorprendida una vez más.

—Mucho gusto en conocerle señor Manrique. —Casi le faltaba hacer una reverencia.

—Por favor, llámeme Risto —espetó el hombre alto. Sus labios

brillaban gracias a una crema de cacao—. Exequiel me ha informado de que ayer usted quiso ayudarnos en el comedor social, se lo agradezco mucho.

—No tiene importancia —contestó Diana algo emocionada. Fue un acto instintivo.

Sin sonreír para nada, Risto añadió:

—Además, me han dicho que ha venido a buscar a su padre entre estos pobres. —Sus manos señalaron a la fila que ya esperaba su ración.

—Sí, pero es una odisea encontrarlo, o mejor dicho, tratar de buscarlo. No sé nada de él. —La sonrisa de Diana había desaparecido.

El hombre alto enarcó una ceja y dijo:

—Me puede enseñar la fotografía de su padre. Es posible que pueda ayudarla. Nunca se sabe. Me quedo con todas las caras y ya son muchos años. Además, tengo algunos contactos dentro del cuerpo de la policía.

—Muchas gracias Risto. —La sonrisa suave volvió a brillar en el rostro de Diana. Entonces rebuscó con su mano fría la fotografía que seguía estando en el bolsillo de su chaqueta. La tocó con los dedos y la atrapó. A Diana le temblaban un poco las manos cuando le dio la fotografía a aquel hombre que, desde el principio, la ponía nerviosa con su profunda mirada y su semblante serio.

—A este hombre lo conozco —dijo Risto con voz grave. A Diana le dio un salto el corazón, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal de arriba abajo. Se acordó de aquella anciana que había dicho lo mismo—. Claro que sí. Este hombre venía aquí muchas veces y siempre lo acompañaba otro de esos pobres. —Señaló de nuevo a la fila que esperaba—. Cuando venga a comer se lo preguntaremos.

Exequiel levantó las cejas. ¿Cómo él no lo sabía o no le había reconocido? La edad, pensó, la jodida edad que refleja los olvidos a través de los años que desfilan por tus ojos, excepto las caras.

—Está bien. Esperaré —acució Diana.

Pero aquel mediodía, el hombre más deseado del mundo no asistió a

comer y Diana muy a pesar suyo, debía esperar otro día más para saber algo de su padre. Su impaciencia iba en aumento y el corazón le latía más deprisa; otro día más pensó.

Sí, otro día más sin aclararse nadie.

20

El inspector jefe Javier mostró preocupación ante el nulo avance de las investigaciones. Los cadáveres estaban hinchándose en el anatómico forense, aunque estaban libres de sangre en sus venas y exentos de vísceras. Habían pasado por el proceso de Histopatología; base en la que se estudiaban y analizaban tras la autopsia, todos los elementos como pelo, uñas, tejido y que nunca encontraron. Pero ese proceso profundizaba más en el desarrollo de las enfermedades y se realizaban biopsias o citologías en algunos casos. Todo iba en colaboración con el Servicio de Histopatología del Instituto Nacional de Toxicología de Barcelona.

El Instituto Anatómico Forense de Madrid, se encontraba en un ala trasera, es decir, la pared de atrás, de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense. Lo que significaba que estaba en plena Ciudad Universitaria. Dicho Instituto fue inaugurado a finales de los años setenta. Es el lugar frío, tenso y siniestro donde se recibe a los fallecidos que requieren de una autopsia. También se estudian los cadáveres que han muerto en la soledad y se han encontrado varios años después, abandonados en sus ruinosas casas o fallecidos que mueren en un accidente de tráfico.

También entran en el cupo los fallecidos en extrañas circunstancias o los asesinados, como los tres mendigos que observaba Pablo Manrique cada jodido día.

Todo eso estaba muy bien, pero ¿qué había de nuevo? Eso ya lo sabía todo. Donde estaba el Anatómico, su historia, los cadáveres amontonados o qué podían hacer realmente en ese oscuro y tétrico lugar.

—Creo que está atascado —dijo Javier sin mostrar sonrisa alguna

bajo su mostacho oscuro. Sus ojos estaban casi rígidos. No se movían en sus cuencas.

—Sí. Creo que necesitaré algo de ayuda —reconoció Pablo.

—¿No era usted el listillo de la clase?

—Yo... verá...

—¡Quiero avances! No me valen los consuelos ni las quejas. Le asignaré a Andrés, el hombre que ha resuelto más crímenes que ningún otro en esta jodida capital. —Los puños de Javier estaban enrojecidos por los dedos y blancos en los nudillos.

—Los tendrá. Soy bastante bueno en esto —acució Pablo sentado en su sillón chirriante.

Javier, que estaba de pie, al otro lado del ordenador arrugó sus labios. Parecía una bestia a punto de aullar.

—Claro, el principiante tendrá resultados óptimos. Y yo que me lo creo. —Javier se dio media vuelta y se alejó por el pasillo formado por las mesas que lo flanqueaban.

Pablo con el corazón latiéndole en las sienas, agachó la mirada.

Ahora estaba al borde de un precipicio sujeto, solo con un dedo.

Nadie dice que los comienzos son fáciles. Diana volcada en ayudar en el comedor social, esperaba pacientemente la aparición de ese enigmático hombre. ¿Sería de estatura baja? ¿Sería alto? ¿Enclenque? Y eso que más daba. Durante tres días acudió a su cita con la esperanza de ver. De encontrar. De sacar luz donde no lo había.

Hasta que llegó el momento.

Risto que no cambia su semblante serio ni por una caja de tabaco, se

acercó a ella y extendiendo la mano le dijo:

—Hola, Diana, creo que tengo una sorpresa para ti hoy. —La voz grave de Risto reverberó en las venas de su cuello y dejó escapar algo tan sutil, como una sonrisa.

—Sí, ¿de qué se trata? —Tenía ciertas sospechas.

—Mire hacia el fondo del comedor. ¿Puede ver a aquel hombre sentado en la penúltima fila? Se trata del compañero de tu padre. —Risto parecía mantener esa suave sonrisa. El corazón de Diana le dio un vuelco debajo de sus tetas. Tan intenso que parecieron moverse bajo el jersey que tenía puesto. El corazón quería saltar de su pecho—. Tenga la bondad de venir conmigo. Le acompaño hasta él, para que pueda hablar con él.

Diana vio en Risto a un hombre elegante y educado en ese momento, y quizá, algo atractivo pese a la dureza de su mirada.

En el fondo, Diana tenía miedo. Sí, miedo de saber qué cosas, podría descubrir de su padre, o cosas que no descubriría nunca. Risto, sin tocarla ni en el brazo, la llevó hacia ese hombre desaliñado, con una espesa barba que reposaba laxo sobre su pecho casi desnudo. Estaba amarillenta, pero Diana advirtió de cerca, que en realidad esa barba era blanca.

El mendigo dejó de sujetar la taza de aluminio y la miró de reojo. Diana fijó su mirada en los ojos arrugados de aquel hombre. Él la miró con una muda acusación, más abiertos.

—¿Ocurre algo? —La voz de aquel mendigo que no mostraba los labios, era rasgada y parecía rota.

—Diana, ¿quiere hacer el favor de mostrarle la fotografía de su padre a este señor? —Risto habló seguro de sí mismo, mostrando su superioridad ante ¿qué? Ni siquiera se habían celebrado las presentaciones.

Diana rebuscó en el bolsillo de su pantalón vaquero. Era una fotografía que podía soportar el aprieto de un bolsillo. Tampoco era de grandes dimensiones.

—Buen hombre, solo quería preguntarle por este hombre. —Diana le mostró la fotografía. El hombre arrugó la frente marcando un 11—. Sé que viene usted, alguna vez con él por aquí. Sé que es su amigo... —Diana parecía quedarse sin palabras y añadió—. Mejor mire la fotografía para ver si es capaz de recordarlo y pueda decirme donde está este hombre.

El mendigo tomó la foto en sus temblorosas y callosas manos. Los dedos estaban ennegrecidos y ahora presionaban como una pinza la fotografía.

—No es mi amigo —dijo de repente, como si algo malo hubiera acudido a su cabeza—, lo conozco, pero él tiene su sitio y yo el mío.

—Entonces sabrá decirnos donde está. —Diana recuperó la fotografía que aquellos dedos soltaron—. Usted ha venido varias veces con él aquí.

—No lo sé. Llevo días que no lo veo.

Los ojos de Diana se nublaron. Risto buscó sus ojos con algo de ternura, impropio de él, hasta el momento. Los tipos duros también lloran.

—Puede ir a buscarlo por donde merodea. Lo que llamamos su zona. Está en los túneles de la autovía y a veces en los del tren.

—¿La M30? —preguntó Risto entrometiéndose en la conversación.

El mendigo cabeceó dos veces.

—Él suele frecuentar esa autovía, ¿quién no la conoce? —Al hombre se le escapó una carcajada que acabó en una tos seca—. Estuve algún tiempo con él por esa zona. ¡Demonios, que lejos está de aquí!

—Muchas gracias por la información que me ha facilitado— espetó Dian nerviosa. Le parecía algo sombrío todo aquello, pero había que probar suerte.

—Cuando termine de comer, puedo llevarle al lugar exacto. Siempre que sea en uno de esos jodidos taxis tan blancos como la nieve. No me gustan los coches azules. Son de la policía —rezongó el mendigo y se agarró a la taza caliente—. Conozco muy bien esa zona.

—Y yo buen hombre, y yo —admitió Risto. Diana hizo un cruce de

miradas.

El mendigo se dio la vuelta y se llevó el borde de la taza a sus secos labios. El humo se enredó en el aire como una telaraña. El café con leche aún estaba caliente. A veces era vino caliente.

22

—Creo que tendremos que ir al Anatómico Forense a echar un vistazo a esos cadáveres —explicó Andrés mientras se levantaba de la ruidosa silla. Andrés era un hombre delgado, alto y con la piel bastante oscura. Sus ojos eran marrones y su cabello ya estaba canoso. En sus espaldas acumulaba algunos años de experiencia en homicidios e investigaciones de asesinos en serie, que aunque no se pronuncien tanto en España, como decían los Gallegos; haberlas hailas.

—Sí, claro —dijo Pablo incapaz de tomar una iniciativa como esas en sus primeros días en el cuerpo. Javier le había puesto las cartas sobre la mesa con anterioridad y le había llamado niño en toda su cara. Solo había faltado llenarle de esputo.

Cerró los tres informes cuidadosamente, los apiló a un costado de la mesa y se levantó sin hacer ruido en la mesa. Estaba a punto de abandonar el calor de las oficinas para entrar en el frío de la calle. Los coches patrullas lucían palmito con unos veinte centímetros de nieve en lo alto. Las luces estroboscópicas parecían un ojo cerrado en esos momentos.

Cruzaron el pasillo largo y estrecho y mientras se acercaban a la puerta de salida, se pusieron las gorras azules, que al contrario que las gorras de los Mossos d'Esquadra de Barcelona, no tenía sobre la visera, una carretera con un paso peatonal dibujado.

Al llegar sus cuerpos encorvados hasta la puerta corredera automática, un puño de hielo les golpeó en las mejillas y sus ojos se agrandaron a medida que sus pies pisaban ya la nieve. Rápidamente y deslizándose sobre las placas de hielo, se dirigieron hacia uno de los coches patrullas aparcados en batería.

Andrés sacó las llaves del coche y pulsó un botón mágico del llavero. Los cuatro intermitentes le guiñaron el ojo bajo la fría capa de nieve y se escuchó un clac al liberarse el seguro de las puertas. Frotándose las manos y expandiendo su vaho por el aire removido, abrió su puerta y se metió en el vehículo a toda prisa.

Pablo, con mucha más calma, ocupó el asiento de copiloto.

—¿Eres del norte? —preguntó Andrés buscándole los ojos con su mirada.

—No. Soy de aquí. De Madrid.

—Pues cualquiera lo diría. Parece que no te asusta tanto el frío este de los cojones.

—Sí, claro que me repele, pero es que estaba resbalando —explicó Pablo ahora con algo más de soltura.

Vamos Pablo despierta ya, que eres inspector, no hay muchos de esos, ah, jajaja, le decía una vocecita en su interior.

—No te jode. Y yo. También resbalaba yo —rezongó Andrés y giró la llave de contacto.

El motor carraspeó, latió y dio un salto brusco al bramar y escupir una densa y blancuzca columna de humo hacia el cielo encapotado de ese día. Pero de igual manera, aunque tardase algo más de lo habitual, el humo se elevó y desapareció en alguna parte.

Las luces azules destellaban sobre la nieve y en las fachadas húmedas. Engranó la marcha atrás y empezó a maniobrar para salir del aparcamiento. Mientras tanto, empezó a nevar de nuevo.

—De acuerdo, gracias por tu ayuda —dijo Diana mientras esperaba a que el mendigo, que ahora ni le miraba de reojo, terminara de comer.

El mendigo no contestó.

—Bueno, parece que ya está avanzando algo señorita. Cada vez está usted más cerca de su padre —acució Exequiel dando una palmada—. Si no os importa, yo me retiraré a realizar mis labores —concluyó con una despectiva sonrisa reflejada en su cara.

—Yo me encargo de ayudarla —explicó Risto mostrando su mano abierta. Sus ojos seguían siendo igual de oscuros que siempre, pero ahora había algo de brillo en ellos. Quizá sentía sentimientos hacia Diana o quizá atracción sexual, todo había que decirlo.

—Gracias, señor Rios —mencionó Diana con los brazos laxos sobre su barriga y pecho. Era la posición perfecta de una mujer que está esperando en la parada de un autobús.

Exequiel, con una sonrisa socarrona en los labios se dio la vuelta y se encaminó al otro lado del comedor. Hacia la cocina. Su figura fue diluyéndose entre la multitud hasta desaparecer. Curiosamente no llevaba sotana, ni los hábitos. Sino que vestía con un pantalón vaquero y una camisa blanca de pana. Diana pensó que era un cura moderno. Esa idea no parecía un tanto paradójica ya que algunos de ellos, que obraban en caridad, vestían igual de sencillos para pareceres más cercanos a los más necesitados, que con el frío hábito oscuro, que te proyecta una imagen decrepita cercana a la muerte.

—No hay de que —respondió el hombre alto—. Todos estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros.

Diana vio en él, que su mirada no era todo lo natural que debiera ser. Veía en él, a un hombre que había vivido muchos fracasos en su vida. Mucho sufrimiento y mucha soledad. Estaba empatizando con él.

Podrían haber tratado de llevar una conversación larga mientras aquel mendigo acababa su ración, que alargaba el tiempo a adrede solo por fastidiar o quizá, para que la pareja emprendiera un profundo conocimiento de ambos. Pero no fue ni lo uno ni lo otro.

Tras terminar su ración, el mendigo, que había estado mirando de reojo a la pareja; se levantó no sin quejarse antes. Soltó un eructo y se limpió

la boca con el dorso de la mano. La servilleta se quedó sobre la mesa intacta. Otro mendigo que había al lado de él y que seguía con la cabeza agachada extendió su mano para quitársela.

—¡Ya podemos irnos! —exclamó como si hubiera encontrado algo interesante en todo aquello. En realidad, parte de razón no le faltaba.

—Fenomenal —acució Diana brillándole los ojos. Su pelo lacio seguía sobre sus hombros, sin oscilar un solo milímetro.

Risto sacó un teléfono móvil de su bolsillo y marcó un número que le dio paso a un tono continuo. Después, y ante la atenta mirada del mendigo y Diana, una voz le preguntó:

—Hola, buenos días. ¿Qué necesita?

—Necesito un taxi en el comedor social de la iglesia de Usera. ¿Basta con esto?

La tele operadora respondió con un sí enérgico

—Que bien. Los taxistas deben conocer bien la ciudad —dijo el mendigo y añadió—. Vente a la esquina de Lavapiés, donde pasan farlopa o a las puertas del Ritz, y ya lo saben todo. Ni dirección ni nada. Eso es estupendo.

—En todas partes sucede lo mismo —explicó Diana—. En todas partes se conocen todos los rincones.

Risto hizo un ademán con la cabeza.

—¿Vamos afuera? No creo que tarde mucho en llegar el taxi —aseguró Risto. Esta vez le había tocado el hombro a Diana y ésta sintió como un aura de fuego la rodeaba, mientras su corazón le latía más deprisa.

Lo miró inquieta.

Aparcaron justo detrás de la puerta de atrás. Se apearon y las dos portezuelas del vehículo golpearon sórdidamente casi al mismo tiempo. Sus

trajes azules recibieron los primeros copos de nieve que convertían el azul en una amalgama brillante bajo la tenue luz del día, si es que a eso se le podía llamar día.

Subieron cuatro escalones-Pablo se preguntó cómo narices entraban y sacaban los restos mortales de un lugar tan estrecho-, y Andrés asió la manivela de la puerta, que estaba más congelada que a los que iban a visitar.

—Vaya invierno —se quejó Andrés resoplando como un Buey—. ¿Quién tiene ganas de matar a alguien con tanto frío?

Pablo se limitó a sonreír; no se le había ocurrido otra cosa.

Entraron y la ausencia del calor de una calefacción les hizo arrugar sus frentes. Andrés quiso ponerse la gorra del revés, pero era evidente que no lo hizo. Con sus insignias por delante, cruzaron el largo pasillo, eso sí, iluminado.

Fuera, las luces se habían quedado encendidas arrojando su intensidad sobre la nieve y la fachada de la parte posterior del Anatómico Forense. Aquello parecía un jodido tiovivo, pero no había nadie de testigo para reírse de ello.

—Hola, ¿qué tal usted de nuevo por aquí? —La voz sonó de repente y atravesó el vacío pasillo. Andrés era un viejo conocido y el tono de esa voz, era algo socarrona. El hombre propietario de tal modulación se llamaba Nacho y había lidiado casi un centenar de veces con el inspector Andrés. Era todo un veterano, de estatura baja, regordete y cabello canoso. Eso sí, bien afeitado y con las mejores gafas del momento. Estaban lacadas en oro.

—Nada. Me dije. Voy a ver al viejo Nacho a ver si la ha palmado ya —sonrió Andrés a medida que se acercaba a él. Llevaba una bata blanca con algunas manchas rojas y otras verdes.

Se suponía de qué eran.

—¿Cuánto hace que no venias por aquí? ¿Tres meses?

—Más de seis meses viejo amigo.

—¡Ah! Como pasa el tiempo.

Se dieron un apretujón de manos y después vinieron las cordialidades.

—Este joven es el nuevo inspector Pablo Manrique y se encuentra atascado en su primera investigación. También me han asignado el caso a mí, así que me dije, ¿por qué no visitar primero al viejo Nacho? Él siempre tiene cosas que contar. Después de todo es un excelente patólogo y docente de esta gran universidad. —Andrés había soltado una perorata y había extendido los brazos, mientras su mirada buscaba algo en el techo.

—Siempre tan capullo —dijo Nacho y dio un extraño saltito hacia atrás para separarse de Andrés. Ahora, podría presentarse al «nuevo».

Extendió su mano que parecía tener algo sedoso entre los dedos.

Pablo Manrique, sabiendo lo que había en su mano, se la estrechó sin mucho ánimo y cuando sus dedos dejaron al aire los del patólogo, de forma instintiva se limpió en el culo del pantalón. Tuvo que esforzarse de arrugar su cara y mostrar su lado más sonriente. Era una risa forzada.

—Bueno, ahora que ya os conocéis es hora de comerse un bocadillo dentro de la sala de autopsias —explicó Andrés con una exagerada risa grabada en sus labios. Hasta sus ojos parecían reírse de Pablo.

—¿Qué? —Pablo no sabía si había escuchado bien o no.

—No le hagas mucho caso a este tipo. Es un sinvergüenza y bromista —ladró Nacho mientras empezaba a arrastrar sus pies por el deslizante pasillo. También él estaba de guasa.

Pablo cabeceó y se tocó la frente con sus dedos.

Y recordó que le había estrechado la mano sintiendo algo pegajoso en ella.

El taxi llegó a los cinco minutos exactos. Un hombre de color asomó su enorme cabeza afeitada por la ventanilla al tiempo que tocaba el claxon

desgarrado. La nieve no era densa, pero molestaba un poco al hombre, que bien era muy fríolero.

La puerta de la iglesia, es decir, la pequeña puerta que estaba empotrada en una de las dos hojas que formaban un muro de más de tres metros de alto, embellecido ahora por la nieve, ocultando a los pequeños ángeles y las vírgenes que habían sido esculpidos, Dios sabe cuándo, estaba abierta. Y más a la izquierda había otra puerta de metal pintada de verde que también estaba abierta.

Los mendigos entraban y salían hasta amontonarse como la nieve. Algunos estaban bien abrigados con ropa usada y otros apenas tenían una sábana en lo alto de su piel de gallina. Estos últimos se arrastraban literalmente por la acera que acumulaba más de veinte centímetros de nieve.

—¡Soy el taxista! —gritó el hombre, pensando en quién de ellos tenía que llevar en su nuevo BMW blanco. Los taxistas siempre tienen buenos coches. Muy buenos coches a precios reducidos.

Diana apareció por la puerta de metal. En el hueco. No llevaba gorra y su cabello liso y oscuro como una noche sin luna, se asomó al exterior.

Sus ojos fueron primero.

—El taxista ha llegado —dijo.

Exequiel se hizo paso entre ella y el hueco que no era muy amplio y se dirigió hacia el taxi. Resbaló, mantuvo el equilibrio y siguió con sus pasos cortos tras un ohh fortuito.

—Hola, buen hombre. Ha sido usted muy rápido en venir. Necesitamos sus servicios. Es para esa mujer joven y el hombre alto. — Estaba apoyado en el borde del cristal de la ventanilla y a la vez que miraba al hombre de color, giró su cuello para señalar con el dedo índice a Diana y Risto que ya estaba fuera.

—Bueno, señor cura. Yo hago mi trabajo. Sepa que el taxímetro empieza a correr desde este mismo momento. Hoy es un día jodido para circular deprisa por la ciudad... —Se calló un instante para bizquear sus ojos enormes y blancos y añadió—. ¿A dónde quiere que les lleve?

—A las afueras. A la autovía M30.

El taxista se quedó desconcertado.

—Muy bien. Usted es cliente y por lo tanto el que manda, pero dudo mucho que allí exista una cafetería o un hotel —refunfuñó.

—No es precisamente un café lo que buscan, sino a un hombre.

—¡Ah!

Exequiel le mostró sus macilentos dientes en una sonrisa forzada.

Giró nuevamente la cabeza y por la forma en que lo hizo, parecía haberlo hecho sobre un mecanismo de bolas.

—¡Chicos, el contador de euros está en marcha!

Risto Manrique levantó la mano y con la otra sintió el calor de los dedos de Diana. Le resultó grato y había algo más que sentía. Algo que le mariposeaba en las entrañas y en las pelotas.

—Diana, agárrate de mi mano que el suelo resbala.

—Gracias —dijo ella.

Y se acercaron al taxi que parecía una olla de presión por el humo que escupía por el tubo de escape. En realidad era el calor que adquiría cuerpo en el helado aire a ras del suelo.

Dedos con una goma y cartelito blanco escrito con los nombres, desfilaban ante sí, cuando pasaban por el lado de las camillas de metal. Aunque los cuerpos estaban tapados con una sábana manchada, Pablo podía ver el color purpúreo de aquellos dedos de los pies y en alguna ocasión una mano a la deriva al borde de aquellas camillas.

El resto era pura imaginación hasta que llegó el momento de contener las náuseas.

¿Y porque no, podrían levantarse de aquellas camillas?

Estaba delirando.

—Bueno, esta es mi zona de trabajo jové...

—Inspector Pablo Manrique.

—¡Ah! Claro.

—Destripador de cadáveres, no seas tan malo con el nuevo —tosió Andrés con cierta malicia en sus palabras. Sabía que era un novato y los novatos se asustaban de los cadáveres y potaban. Lo sabía.

—¿Me lo dices a mí? Tú sí que eres un poco cabroncete...

Pablo, que iba tras ellos, caminaba lentamente mirando en derredor y haciendo oídos sordos. Era mejor contenerse. Desde que había llegado, todos parecían no contenerse en nada. Eso también él lo sabía.

Pero el nuevo pronto enseñaría sus colmillos, como un lobo herido.

El taxi se detuvo en el arcén. Maniobra peligrosa y prohibida. Una de las múltiples cámaras que existen en la autovía M30 captó la imagen del coche, pero no de la matrícula, que aparecía recubierta de una barba gris.

Risto había viajado en el asiento del copiloto y detrás estaban Diana con las manos sobre sus piernas y el mendigo señalando a través de la ventana. Habían tenido que soportar todo el viaje un hedor a ratas muertas y sudor, condensados bajo aquel abrigo marrón que parecía ahora una prenda sacada de un charco de mierda.

El taxista, desafiando la ley de los conductores de estar atentos a la carretera, que no se veía a más de dos metros, con el limpia parabrisas activado, había pulsado el botón duro del ambientador. Un bote chiquitín de color verde. Lo había hecho de forma disimulada y sin quejarse. Sin embargo, Risto lo observó y vio como lo había hecho varias veces e incluso

podía saber lo que estaría pensando aquel hombre de color; esto huele a mierda y la tapicería es nueva joder.

La calefacción no ayudaba a disipar aquel mal olor y cuando las portezuelas del taxi se abrieron, una ráfaga de aire frío les devolvió las ansias de respirar a fondo.

—Suele estar justo aquí —indicó el mendigo ya fuera del taxi. Su voz áspera y desgarrada se escuchó de forma sutil ya que los coches pasaban zumbando como balas y dejando los neumáticos sobre la nieve, que aun así, hacían que los neumáticos chirriaran con contundencia. Como si rasparan la nieve.

—Sí, ya veo que hay algo de ropa allá arriba —acució Risto con las manos en su chaqueta de pana. La nieve le azotaba la cara como si alguien le estuviera escupiendo con fuerza.

Diana levantó la mirada. En lo alto del terraplén, justo por debajo de un cambio de sentido, había un hueco entre el hormigón de la carretera y la tierra. A varios metros de distancia no se podía saber si había barro o simplemente humedad. El mendigo empezó a escalar la cuesta, después de sortear el quitamiedos con un salto ágil.

—¡Oigan! ¡Son veinte con cuarenta y cinco! —exclamó el taxista asomando su calva oscura. Sus ojos siempre parecían estar abiertos, brillando en medio de una noche cerrada.

—¿Es que piensa irse? —inquirió Risto con semblante serio.

—No puedo estar aquí —respondió el taxista algo nervioso—. Los hombres de verde circulan muy a menudo por aquí, ¿sabe? Y además estoy seguro de que una de aquellas jodidas cámaras —Señaló hacia arriba, donde había unas señales luminosas y unos paneles que indicaban el estado de la carretera: PELIGRO POR NIEVE, y añadió—, acabaran jodiéndome el día. Ya tendrán mi matrícula y en un par de días tendré una sorpresa en el buzón.

—Le pagaré el doble. Eso por la multa. —ladró Andrés con la cara llena de formas extrañas muy, muy blancas.

Diana que escuchó la conversación, lo buscó con la mirada.

¿A qué venía tanta consideración? ¿Era Risto un buen amigo que apreciaba a su padre? ¿O era otra cosa? Simplemente cordialidad, pensó también.

—Está bien —masculló el taxista con el cuerpo ladeado hacia la parte del copiloto. Sus dientes eran casi más blancos que la propia nieve.

Diana se volvió hacia la zona del terraplén. En el lugar donde la nieve no podía llegar a menos que las ráfagas de viento la hiciesen llegar hasta el vacío espacio de debajo del puente. Sin embargo, no estaba vacía del todo.

—¡Mirad, hay una mochila allá arriba! —exclamó Diana con los ojos expresivos, de alegría—. ¡Podría pertenecer a mi padre! —concluyó.

—Pues sí que tiene una buena vista. ¿Quién fuera tan joven como usted? —El mendigo ya estaba trepando por la cuesta a cuatro patas. Resbaló y arrancó nieve con barro.

Diana hundió su pie derecho entre la nieve y el lodo, después de hacer malabarismos para saltar el quitamiedos. Estaba entusiasmada, pero a la vez nerviosa. Su corazón golpeaba su pecho como un yunque y podía sentir el eco en sus sienes.

Risto caminó hacia ella.

El mendigo ya había llegado arriba del todo y alzó la mochila con sus dedos ennegrecidos. Su sonrisa era macilenta y su barba aún estaba blanca.

—Aquí dentro hay cosas —dijo.

Diana, resolvió subir hasta donde estaba él. Allí había unos cartones húmedos y una manta de color verde. Estaba mugrienta y arrugada. Había un calcetín inerte a su lado. Pero sus ojos se adentraron en el hueco de la mochila abierta.

Allí adentro había una botella de licor, coñac, un par de peines negros y un sobre mugriento. Sus dedos lo rozaron para extraerlo, mientras Risto ya le había alcanzado.

— Dios mío Risto, mira lo que hay dentro de este sobre; una foto de mi madre y mía cuando yo era una niña. Todavía la conserva. Me llevo la

mochila.

Risto enarcó sus cejas blancas.

—Yo creo que no debería llevársela por si acaso él regresa. Seguro que es su valor mejor apreciado. Sobre todo la botella de...

—Tiene razón —le cortó Diana de forma instintiva.

Sus cogotes estaban convirtiéndose en nidos blancos que reclamaban más nieve. Y sus hombros. Allí hacía un frío que pelaba y el aire, ahora como viento, había crecido.

—Vamos, salgamos de aquí, este no es un lugar seguro, ni para nosotros ni para el taxi —explicó Risto.

El mendigo se había quedado con la frase; este no es un lugar seguro.

¿Por qué?

Diana se guardó la fotografía en el bolsillo de su chaquetón y puso el sobre amarillento dentro de la mochila. El mendigo abrió los dedos y la mochila cayó al suelo produciendo un húmedo ruido. Después de todo, regresaron al taxi y después, cada uno a su lugar; en silencio.

Solo había una cosa fuera de lugar; Risto la veía hermosa.

Les he sacado las tripas si es eso lo que quieren saber. Ya están cosidos y han quedado impolutos. Parecen unas obras de arte del siglo pasado; como si estuvieran momificados —explicó Nacho sin parar de sonreír. Uno de sus dedos había rozado el borde de la sabana que tapaba a uno de aquellos cuerpos. La sala estaba bien iluminada y el olor a formol se sobreponía al de la putrefacción.

—Ahórrate los detalles destripa cadáveres —dijo Andrés mientras miraba de reojo a Pablo. Éste combinaba toda una suerte de colores en su rostro.

—Bueno. Algo tendré que explicar, ¿no?

—Por supuesto. Es tu trabajo y nosotros no hemos venido hasta aquí para tomar un jodido café —explicó Andrés.

—¡Ja! —masculló Nacho, mientras los labios de Pablo parecían no querer moverse ese día.

Cruzaron la iluminada sala. Enfrente había una mesa llena de utensilios brillantes, muy brillantes. Detrás unas portezuelas metálicas con un bastidor como las de un congelador industrial, salvo que eran pequeñas y había muchas. Todas en línea. Una de aquellas portezuelas estaba abierta y como una lengua asomaba una placa metálica con unos pies amoratados.

Pablo Manrique desvió la mirada disimulando, pero por donde mirara, había cadáveres disecados y amorfos.

Nacho los guio hasta una de aquellas camillas. Levantó la sabana con un solo movimiento y les mostró el cadáver. Andrés observó que no tenía ninguna etiqueta en el pie pulgar y dijo:

—Veo que no tiene etiqueta, ¿a qué es debido?

Nacho lo miró sonriendo.

—¿Que querías que pusiera? ¿Este es un don nadie? O mejor aún, ¿Policía? No sé quién es. No se ha identificado. El 99 % de los mendigos no son identificados, salvo los piojos.

—Pues eso está mal —intervino Pablo Manrique. El eterno mudo había hablado por fin.

—¿A sí? Eso es trabajo de ustedes —ladró Nacho arqueando la ceja que tenía más alta.

—En conjunto —dijo Pablo—. Es un trabajo en conjunto.

Andrés se quedó impresionado. Parecía que el nuevo tenía agallas.

Nacho se sacó un bolígrafo del bolsillo de su bata y se lo llevó a los labios. Pablo pensó por cuantos cadáveres había pasado ese bolígrafo, escribiendo sobre ellos o simplemente queriendo arrancar una cosquilla allí

donde no la había.

—Está bien. Si es un trabajo en conjunto voy a explicarte algo sobre este pobre desgraciado. —El bolígrafo rozó la gran cicatriz como una cruz en el pecho de aquel cadáver afeitado—. Olvidándome de los grandes detalles de una autopsia solo puedo decir que este hombre murió medio asfixiado y por una gran pérdida de sangre. En el cuello se puede ver claramente que este corte no se ha producido con ningún arma blanca. Ninguna deja este tipo de huellas. En la nuca hay una línea roja, lo que indica que el asesino utilizó un cable de acero. Ya me he encargado de analizar el polvo que había en la herida. En el resto del cuerpo no he encontrado nada extraño, salvo algunos moratones en las pelotas. Eso me tiene desconcertado, pero bien podría ser un golpe al caer al suelo. Dicen que lo encontraron bocabajo. Eso lo explicaría todo. Otra cosa a destacar es el rasguño que tiene en el pecho. El muy hijo de puta vino con el abrigo abierto y el jersey roto por esa zona. Intente averiguar si había restos orgánicos, pero no. No hay nada. Sin embargo, sé que el asesino trató de arrancarle algo del cuello. ¿Me he explicado bien?

Pablo Manrique asintió con la cabeza.

—Nacho. Siempre tan minucioso con tu trabajo. Buenas observaciones —dijo Andrés adelantándose a Pablo. Pero se le estaba olvidando algo muy importante. El puñetero clavo que sellaba sus bocas.

—¿Y había alguna medalla o algo similar en su cuello? —preguntó Pablo mientras trataba de acostumbrarse a mirar el cadáver de tez pálida.

—No, que yo sepa. ¿Ustedes encontraron algo? —meditó un largo tiempo sumido en el más absoluto silencio y añadió—. ¿El clavo en sus bocas?

—Pues la verdad es que no he descartado eso —explicó Pablo, aunque no le dió más importancia al dichoso clavo, no al menos de momento—. Creo que es una pista para despistar. Nada más. Algo sin interés.

—Los otros dos cadáveres están en las mismas condiciones —añadió Nacho quitando hierro al asunto. Era su trabajo.

—¿También han muerto en las mismas condiciones?

—¿Está sordo?

—No claro que no. ¿Es usted siempre tan cretino?

Andrés abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Vaya! ¡Y yo que creía que no tenía carácter! ¡Eso me gusta!

—Lo que hay que aguantar —bramó el patólogo llevándose el bolígrafo a la boca.

Se lo ha llevado a la boca, vaya si se lo ha llevado. ¿Me pregunto qué sabor tendrá? Pablo no paraba de darle vueltas al asunto del bolígrafo.

—Gracias por su colaboración —dijo Pablo más seguro de sí mismo. Ya no era el nuevo del primer día. Poco a poco iba soltándose—. Andrés, regresemos a la comisaria. Aquí no hay nada que hacer.

Nacho resopló como un animal herido.

29

Apoyada en la ventana, Diana, que no vestía más que una camisa desabrochada y sin sujetador, salvo unas bragas blancas con lunares azules, hizo un largo repaso a la imagen de aquella fotografía, del lugar y de la mochila. Por un lado estaba simplemente contenta por haber encontrado aquella fotografía y por otro, preocupada, por no saber dónde estaba su padre. Ganas le entraron de nuevo de vestirse de nuevo y regresar al lugar para comprobar si su padre estaba allí.

Entonces decidió hacer algo distinto. Se encaminó hacia la mesita que había delante del televisor y cogió la fotografía con semblante serio. Después cogió la urna que contenía las cenizas de su madre y la abrió. Dobló la fotografía y la introdujo en ella.

—Ahora estaremos siempre juntos —susurró a las paredes.

Regresó a la ventana a contemplar todas aquellas farolas hambrientas de luz y ver cómo brillaba el manto de nieve sobre Madrid. Sin embargo,

desvió la mirada al firmamento infinito, pero no pudo ver ningún punto brillante, solo el cielo negro, posiblemente estaba cubierto por nubes, como las noches anteriores y decidió de pronto, que iría a ver a la policía.

Lo que desconocía, era en que en ese momento todo iba a cambiar de nuevo, en su vida.

Absolutamente todo.

30

Tempestuosa la nieve entraba en el hueco del puente. Un hombre enclenque con un jersey que le iba grande estaba acurrucado sobre una manta mugrienta. Agarrado por el cuello, una botella de coñac vacía, yacía laxa sobre su regazo. Sus ojos estaban entornados mientras el frío invierno azotaba Madrid ese año, con especial furia y densidad.

Sin embargo, no era impedimento para que la sombra; aquella silueta que se podía apreciar sobre la brillante superficie de la nieve, avanzase hacia él con algo entre sus manos que brillaba incluso más que la nieve. Aquellas manos blancuzcas, porque no llevaba guantes en esta ocasión, tensaban el cable de acero y entre los dedos, se marcaba una fina línea roja que cortaba la circulación de la sangre.

La barba que no era rala, sino abundante, estaba cubierta de nieve, así como su cabello encrespado. La chaqueta, casi tan larga como una gabardina ondeaba en el aire al paso de las ráfagas de viento, que arrastraban a su paso, la ventisca de nieve. Sus ojos, oscuros delante del reflejo, emitían odio y furia. Sus dientes apretados, dejaban escapar algo de baba en las comisuras de sus labios.

Se estaba acercando y el mendigo no reaccionaba. En la mochila faltaba algo que él no había apreciado. Era la fotografía de él y su hija; amarillenta por el paso del tiempo. Se acordaba de ella y de la zorra de su ex, pero en esos momentos era como un muñeco de trapo.

La figura se acercó peligrosamente hacia él, bombeándole el corazón

de forma desmesurada, no por miedo, sino por éxtasis. Sus manos se acercaron al cuello del mendigo. Abajo, en la autovía los coches zumbaban como bólidos y produciendo un ruido similar a la de una avispa en la oreja. Algunas luces de cruce cambiaban a larga, para alumbrar los dos cuerpos que se movían debajo del puente, pero esas mismas luces desaparecían en la carrera de la M30.

El cable se tensó por encima del gaznate y los ojos de aquel desgraciado se abrieron de repente, como si la borrachera hubiera desaparecido. Su boca abierta mostraba un palmo de lengua ennegrecida casi. Le faltaba la respiración. Quiso hacer fuerza con sus propias manos, pero todo intento era imposible. Aquel asesino se había echado sobre él, presionándole su pecho con las rodillas hincadas como estacas.

El mendigo emitía extraños ruidos con su garganta que empezaba a sangra y pataleaba al borde de la nieve, levantando bolas blancas, marrones y tierra.

Aquel ser siniestro, lleno de odio apretó y apretó hasta que la lengua del mendigo se puso azulada y sus ojos se inflaron de un color blanco como dos platos. El terror quedó grabado en su rostro y había visto la muerte cara a cara. Ese paso que todos los mortales temen de alguna u otra forma.

Aun apretando con fuerza el cable de acero, el mendigo ya había dejado de patlear y en consecuencia, de respirar. Sus ojos se quedaron vidriosos como mostrando una última lágrima por las personas de esa fotografía robada. Y su propia vida que acaba de mala manera.

A las manos de un lunático. Un perturbado. Un demente. Un asesino. Alguien que buscaba algo.

La botella de coñac se escapó de sus dedos y bajó rodando cuesta abajo, hasta quedar atrapado en la nieve. Sobre el cristal opaco los copos de nieve seguían estrellándose formando caprichosas formas y escondiendo su forma como objeto. Sepultada media hora después bajo la nieve.

Después rebuscó en uno de sus bolsillos. Sus dedos tocaron una superficie dura. Lo extrajo haciendo una pinza con sus dedos. Era el clavo que daba el puntazo final. Su marca. Lo acercó a la boca abierta del

moribundo y presionó sobre la lengua. En la otra mano tenía algo parecido a un martillo que estaba sobre su cabeza y bajó con violencia. Tanta que el clavó atravesó aquella boca, el paladar y salió por el cuello. Y por un momento, aquel cuerpo sin vida pareció recobrarla con un espasmo.

Aquel furioso hombre que no había dicho una sola palabra, le quitó el jersey mugriento y le arrancó la medalla de plata. Nada especial. No era él. No era el hombre que buscaba y no había encontrado lo que tanto ansiaba, para poder limpiarse y purificarse de algo que sucedió mucho tiempo atrás.

Una violación.

Una penetración violenta y un conjuro: si algún día encuentras esta piedra brillante quedarás libre de pecado y yo me condenaré al mismísimo infierno. Era un hombre muy religioso al parecer. Pero él era un enclenque niño de ocho años que sangraba en esos momentos por el ano y guardaba un profuso dolor anal que le atravesaba hasta la cabeza. No entendía de religiones. Del bien y del mal y aquello le marcó para el resto de su vida.

Solo conocía el trauma y la fe ciega en algo irreal, pero que ahora de adulto; busca con ansia.

Y recordó que al final de la penetración le había introducido una rama por el ano y el hombre religioso que estigmatizaba algo en el cuello, se reía a carcajadas, mientras el pobre crío sangraba y su corazón explotaba bajo su pecho. Le había rasgado de tal manera, que no pudo cagar durante algún tiempo.

El asesino se fue del lugar. Un lugar que había visitado antes; en su tercer acto, la jodida M30. Dejando pasos en la nieve, que se tapanían en las siguientes horas y dejando unos arañazos en el pecho. Y la boca sellada por el clavo. Y quizá, solo quizá, habría dejado alguna huella en aquel ser. O quizá en el arcén donde esperaba a oscuras, un Renault Chamade color gris.

Pero eso era un acertijo.

El hombre de la fotografía que poseía Diana había muerto. Un hombre que si hubiera robado la iglesia y el campanario le sobresaliera del culo, como aquella rama, lo negaría.

El reloj sonó como el traqueteo de un tren descarrilado. Aunque no eran tiempos para los relojes de campana, él si lo tenía. Alargó su mano y lo detuvo moviendo una muesca. Entonces tanteó sobre la mesita y encontró lo que buscaba. El mando del televisor.

La voz al principio sorda del comentarista repeinado de las noticias de las mañanas, le hizo despegar los párpados de forma lenta y poco a poco iba prestando más atención a lo que hablaba aquel hombre con el micrófono en la mano, sutilmente plantado en medio de un trozo de nieve.

El indigente apareció esta mañana con los ojos abiertos, el cuello cortado y con un clavo en su boca.

Manrique al escuchar aquello se despertó sobresaltado, irguiéndose en la cama como si tuviera un muelle en la espalda. Pensó que casi nunca ponía la tele después de sonar el despertador, pero que aquella mañana, no sabía por qué, la puso y una noticia impactante que salía a la palestra; le había hecho reaccionar como si le hubieran tirado un cubo de agua fría.

Otro mendigo más asesinado.

Igualmente pensó que si los medios de comunicación le daban por investigar a fondo o mediatizarlo, se lo iban a poner difícil o cuando menos, se lo pisaban. En ese momento, algo más le llamó la atención. Fue el timbre del teléfono, que lo sacó de sus pensamientos.

—Dígame. —Su voz sonó ronca. La llamada procedía de la comisaria. La voz inconfundible de Javier, grave y rasgada.

—¡Pablo! Si todavía estás cagando en el retrete quiero que te limpies el culo y salgas pitando hacia el lugar del crimen. ¿Lo sabes ya?

—Lo acabo de escuchar por televisión.

—¡Ya te vale!

—Está bien. No puedo estar en todas partes. El asesino no va por ahí diciendo cuál será su próximo trabajo. —Y cortó.

Después de eso elevó más el volumen del televisor y pensó en lo atrevido que había sido en no respetar a su superior. Al fin y al cabo estaba medio remolón y todo quedaría ahí. O eso al menos, deseaba ahora que sucediera.

Al parecer no es el único mendigo que aparece muerto en vía principal de Madrid. El asesino, porque presuntamente ha sido asesinado, ha utilizado un clavo para sellarle la boca. ¿Estamos ante un asesino en serie o es un caso aislado? No podemos decir que los vecinos están entrando en pánico, porque esta es la M30 y no los hay, pero ¿y si sucediera algo similar dentro del casco urbano de la ciudad de Madrid?

Con el pulgar presionó el botón rojo del mando a distancia y el hombre enmudeció al tiempo que se evaporaba en la negrura de la pantalla. Se mesó el cabello y llamó a la comisaria. Le debía unas disculpas a su jefe.

—Joder. Empezamos bien el día —farfulló a la pared.

32

Diana sí que estaba acostumbrada a madrugar y poner el televisor. Y en ese momento lo acababa de ver todo. Su corazón, sonó como una campana. Un lacerante dolor le atravesó el pecho y fue irradiado hasta las sienes. Sentía que iba a marearse o cuando menos a sentir aquel indeseable hormigueo en su cara, cuando la crisis de ansiedad hace acto de presencia.

Ella lo había visto.

La cámara lo había enfocado.

Bajo el puente había dos hombres con un mono blanco, como la nieve que les rodeaba. En el suelo había un bulto tapado con una manta isotérmica. En este caso la parte dorada estaba visible lo que era una idiotez, porque el hombre hablaba de un cadáver y no de un herido. Diana sabía que la parte

plateada en contacto con el cuerpo era para mantener la temperatura corporal. Así que debía estar visible la parte plateada, porque hacia el efecto contrario.

¿Dónde narices lo había aprendido?

De muchos sitios y se preguntó por qué siempre utilizan ese tipo de mantas para los cadáveres.

Pero ahora ese no era el tema principal para que sus ojos se pusieran húmedos y un moco le saliera de la fosa nasal. Ella sabía que allí estaba su padre.

Vaya si lo sabía.

Tenía que ir a ver a Risto Manrique, el único en quién confiaba.

33

Recogió de la comisaria a Andrés y evitó cruzarse con el inspector jefe Javier, aunque por teléfono ya le había pedido disculpas. En la escena del crimen ya había policías a tropel y forenses. La nieve seguía cayendo y el frío iba en aumento.

—¡Otra vez Pablo! —exclamó Andrés mientras ocupaba el asiento de copiloto—. Me apuesto las pelotas a que se trata del mismo asesino.

—Lo del clavo me ha llamado mucho la atención —acució Pablo mientras engranaba la primera y pisaba el pedal del acelerador.

—¿Dónde lo has visto?

—En la televisión.

—¡Joder! ¡Esto se hará mediático y nos pisaran la mierda del culo! ¿Qué unidad está allí ahora?

—Ni puta idea —rezongó Pablo—. Pero el caso es nuestro.

—si claro. De tantas comisarias que hay en Madrid, nosotros seremos los últimos en llegar —protestó Andrés llevándose la mano al bolsillo de su

chaqueta—. Necesito un puto cigarrillo.

—Sabes que no se puede fumar.

Andrés lo miró de reojo con los ojos inyectados en algo que parecía rojo.

—¡Joder, eso ya lo sé!

—Vayamos al lugar de los hechos. Vayamos.

—¿Sabes dónde es?

—Sí, por desgracia sí. Casi al mismo lugar.

Los ojos de Andrés se abrieron como platos ante el desconcierto. Pablo Manrique tenía la mirada fija en el morro del vehículo patrulla y conducía con mucho cuidado pues las ruedas resbalaban sobre la pista de hielo en que se había convertido la calle.

34

Cogió el metro y se plantó en Usera, esperando encontrar a Risto y al padre Exequiel. No había fallado en sus predicciones. Estaban allí los dos. En el comedor social y la larga cola de mendigos estaba ajena a lo sucedido. No se escuchaba nada entre ellos. Solo el silencio de sus ojos tristes y castigados por la miseria y la soledad.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Ha sucedido algo horrible! —exclamó Diana nada más verle y le tocó el hombro. Estaba temblando.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió él abriendo más los ojos. No tenía ni puñetera idea de lo que le iba a contestar.

—Mi padre. —Respiró hondo y añadió—. Creo que está muerto.

El cura cabeceó y su mueca se hizo tangible al levantar la cabeza.

—Risto me dijo que, efectivamente, era tu padre. Además, me confesó que tenía una fotografía en la que aparecías tú y él. Entonces hija,

¿por qué dices que está muerto? Risto me dijo que solo había una mochila y mantas...

—¡Lo he visto en el telediario de esta mañana! —le cortó Diana algo nerviosa—. Bueno de hace apenas media hora. He venido todo lo rápido que he podido. ¿Dónde está Risto?

El dedo de Exequiel le señaló justo a su espalda.

—Si lo tienes ahí mismo. Acabas de pasar por delante de él.

—Acabo de escuchar la mala noticia —se apresuró a decir Risto, que estaba a un metro de ella, entre el bullicio del comedor—. Has entrado toda nerviosa, quise cogerte de la mano y... no me viste.

Diana que había girado la cabeza dibujó una leve sonrisa nerviosa en sus labios. Sus ojos estaban húmedos, pero no lloraba.

—Lo siento mucho Risto. Estoy muy nerviosa. Hace muchos años que he estado pensando en mi padre y ahora que por fin lo había encontrado, bueno, su escondite, me he levantado con un cadáver en el mismo lugar que encontremos la mochila, o al menos eso me lo parece a juzgar por las imágenes que he visto. Perdona, estoy nerviosa. —Diana bajó la mirada hacia sus zapatos brillantes sin un ápice de nieve pegado a ellos.

Risto se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Una descarga eléctrica le sacudió el cuerpo y se sintió bien de abrazarla. Estaba sintiendo algo por ella y no, no pensaba con la polla.

—Solo hay una forma de saberlo —dijo y la miró a los ojos con una mirada profunda y brillante.

Ella se sintió mejor abrazada por unos poderosos brazos.

Exequiel estaba mudo, al lado de ellos, observando sin titubear y sin mover los labios.

La Guardia Civil había marcado el territorio de la autovía con luces anaranjadas que se mezclaban con las azules que destellaban como relámpagos sobre la nieve. Uno de ellos movía el brazo de forma constante mientras sus dedos apretaban el mango de la luz amarilla, que balanceaba para controlar el tráfico que se agolpaba con sus luces rojas reflejándose en la nieve. Por las ventanillas decenas de ojillos escrutaban aquel bulto y a aquellos hombres.

—¡Un accidente de tráfico! —gritaba uno.

—¡Ha muerto! —exclamaba otro.

Y el Guardia civil balanceaba más la luz amarilla.

—Hagan el favor de circular despacio —animaba el Guardia Civil más cercano a un muñeco de nieve que un agente de tráfico.

En el lateral, parapetados en el quitamiedos, había tres coches patrulla de la Policía Local y un furgón del Instituto del Anatómico Forense. Evidentemente, entre ellos, estaba el vehículo de Pablo Manrique. Y había dos coches más con pegatinas a los lados que pertenecían a las televisiones privadas. Las moscas cojoneras de turno.

Trataba de subir la cuesta nevada, cuando de repente un taxi con los cuatro intermitentes tocó el claxon ante la atenta mirada de los dos Guardias Civiles.

—¡El hombre que está allí arriba tiene mucho que ver con esta chica! —anunció Risto señalando a Diana que viajaba en la parte posterior del vehículo. Estaba arrebujada.

—¿A sí, por qué? —el Guardia Civil tenía cara de malas pulgas.

—Porque es su hija.

La tez de aquel agente cambió de color y casi le faltó hacer una reverencia para indicarle que aparcara al lado del quitamiedos, justo delante de los demás vehículos, mientras tanto iba a avisar al inspector de policía Pablo.

Risto había enarcado las cejas. Ese nombre le sonaba de algo.

Diana se había ocultado en su propio rostro, con los ojos inquietos, pero no lloraba. El tiempo y la ausencia habían hecho mella en ella, y no podía mostrar un llanto por su padre, pero sí un apenado sentimiento, que ya se reflejaba en su cara.

Pablo Manrique, que estaba a tres metros de ellos, se quedó fijamente mirando al taxi.

—Parece que tenemos visita inesperada —dijo Pablo a Andrés que estaba a su lado tratando de buscar desesperadamente un jodido cigarrillo. Ya era la segunda vez que lo intentaba.

—Es posible que sea un familiar —acució con voz rasposa. Tenía por barba una capa de nieve caprichosa—. Suele pasar. Se enteran antes que nosotros. Por esos putos periodistas. —Señaló a varios de ellos, que se agolpaban con sus micrófonos como pollas erectas delante de su boca.

Apenas un minuto después, la figura del gran chaquetón abrazando a una supuesta mujer, ya que la nieve impedía verlos con cierta nitidez, se acercó hacia Pablo Manrique. Aquel hombre parecía arrastrar el cuerpo de aquella mujer de cabello oscuro y mirada triste, más que acompañarla. Cuando de repente, el hombre alto levantó su mirada del suelo. Sus facciones eran inconfundibles a pesar de los años pasados.

—¿Risto?

Él se detuvo y la mujer apoyó su cabeza en su hombro como si fuera un muñeco de trapo.

Al principio no se escuchó más que las voces de los agentes, los motores ronroneando como gigantescos gatazos sobre un tocadiscos, los agentes en la parte oculta del puente y el murmullo del viento.

—¿Eres tú, Pablo?

Diana levantó la mirada desconcertada.

—Sí, hermano. ¡Soy yo!

Y sin pensárselo dos veces, se fundieron en un efusivo abrazo. Diana se había apartado de Risto cruzando sus manos sobre sus pechos. No quitaba

el ojo de aquel agente vestido de un azul oscuro. Había algo en él que le llamaba la atención. Quizá la similitud de las caras. Eso sería una cosa normal después de todo.

Sin embargo, Pablo la miró y se encandiló como un jovencito, que se revienta todos los granos de la cara cada vez que se pajillea antes de verse en el espejo, cada mañana.

Lo que sintió era un flechazo.

La nieve empezaba a ocultar el liso cabello de Diana, pero sus rasgados ojos brillaban ante la tempestad. Sus labios, carnosos, parecían decirle; ven y fóllame.

Risto dejó el calor del cuerpo de Pablo y cogió de la mano a Diana.

—Te presento a Diana. Una mujer en apuros, creo... —La última palabra no la dijo con soltura, sino con una cierta tristeza en su tono de voz o algo parecido.

Pablo Manrique extendió su helada mano. Tenía todos los dedos abiertos, como una zarpa y sus labios dibujaban una sonrisa de oreja a oreja.

—Soy Pablo Manrique. Hermano de Risto. Supongo que no te habrá hablado de mí.

Risto se rascó la nuca.

—Pues no. No sabía que tenía un hermano. —Diana se sintió ruborizada y no sabía por qué. Los copos de nieve en su cara la hacían más bella. Era como una cara mojada, llena de sensualidad.

—Siento que sea este el momento menos adecuado para conocernos, pero ha sucedido algo —explicó Pablo.

—Lo sé —dijo ella elevando un poco la voz. Un desesperado estaba tocando el claxon y el Guardia Civil se había acercado a él.

—Ha... ha habido un asesinato —masculló Pablo mientras sentía el calor de la mano de ella. Risto observó que a su hermano le brillaban los ojos y se preguntó si siempre fue así.

—Creo que sé quién es —acució ella.

—¿Qué?

Ambos estaban con las manos apretadas. Era como si de alguna manera se hubieran olvidado de separarse. La mirada de Pablo buscó una pista en la mirada de ella.

—Creo que el hombre que ha encontrado es mi padre. Estaba buscándolo desde hace algún tiempo. Soy de Barcelona.

Risto parecía sentirse molesto y se impacientaba. Tuvo la rara idea de querer desentrelazar aquellas manos, pero no lo hizo.

—¡Estuvimos aquí antes y ella encontró una vieja fotografía de su padre y ella misma, de pequeña! —exclamó Risto interviniendo de repente.

Pablo abrió los dedos de su mano para soltarla. Ahora le estaba sudando la palma de la mano.

—¿Sabes que eso podría complicar las cosas? —advirtió Pablo con semblante serio—. Podrían encontrarse vuestras huellas en la escena del crimen y créeme hermano, en este mundo judicial hay gente muy jodida.

—Lo sé hermano, lo sé, pero quería ayudar a Diana. Estaba tan desesperada que me dije; voy a ayudarla.

—Bueno, no se le ve muy afectada —espetó Pablo mirando a través de la nieve que revoloteaba por sus cabezas.

—Es que no le veo desde que tengo uso de razón —explicó ella—. No puedo sentir demasiado por él. Solo cierto interés de saber quién era mi padre. Sin embargo, me apena mucho lo sucedido. Lo suficiente como para sentir cierto dolor en mi corazón.

Pablo asintió con la cabeza.

—La entiendo. Lo mismo me pasa a mí con mi hermano —ladró Pablo inspirando profundamente.

—¡Pues no lo parece! —Diana elevó la voz sobre el murmullo de la gente y del viento.

—Bueno, ya ves. El destino ha querido que el encuentro sea efusivo al fin y al cabo, ninguno de los dos tenemos la culpa.

Diana frunció el ceño.

—Es largo de explicar querida —dijo Risto cogiéndole del hombro. La chaqueta tenía buen forro.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó ella cambiando de tercio—. ¿Se lo han llevado ya?

Pablo se dio la vuelta y señaló el furgón negro.

—Lo siento. Creo que tendrá que acompañarme en la identificación del cadáver señorita...

—Diana.

Andrés que había escalado hasta el hueco del puente, hacia señas con la mano. Risto se lo indicó a su hermano con una especie de tos productiva. Como si se aclarase la garganta.

—No se vayan. Los necesito —aclaró Pablo antes de empezar a subir la cuesta apoyándose de sus manos que ahora estaban heladas y recordó el calor de ella.

Una vez arriba Andrés señaló el suelo. Los hombres de blanco habían marcado el territorio con unos numeritos amarillos.

—Aquí hay más huellas que en el cristal de la puerta de un colegio.

—Sí, ya sé de quién son.

Andrés se quedó expectativo.

—¿Que lo sabes? ¿Quieres explicarme eso mejor?

—Ha venido la presunta hija de la víctima. Dice que estuvieron buscando por aquí y que él no estaba. De modo que habrá huellas de pisadas, y dactilares. Tendremos que reservar esas huellas. No están en mi punto de mira, pero tampoco podemos descartar ninguna huella, hasta que encuentre pruebas.

—¿Que te han dicho exactamente? —Andrés parecía un muñeco de nieve con toda la cara cubierta de la misma.

—Pues que lleva años buscando a su padre y que encontró una vieja fotografía de él y ella de pequeña...

—Necesitamos esa fotografía —le zanjó Andrés frotándose las manos.

—Está bien, se la pediré. —Pablo miró fijamente a Andrés y añadió —. Después de que sea capaz de identificar el cadáver de su padre.

—¿Por qué no va a hacerlo? ¿Hay algo de lo que dudas?

—El tiempo, viejo perro, el tiempo que llevaban separados. No tiene una idea fija del rostro de su padre. —Pablo se estaba soltando. Le había llamado viejo perro. Eso estaba bien.

—Siempre está la saliva.

Pablo sabía a lo que se refería.

—Sí, claro. Eso ya lo sé. Vámonos de aquí que tenemos mucho que hacer hoy —indicó Pablo con un gesto con la cabeza.

—Está bien, tú mandas. Yo ya soy viejo para esto —rezongó Andrés —. ¿Aquí podré fumarme un cigarrillo antes, no? —Había vuelto a cambiar de conversación.

—¿Pero de verdad tú fumas? ¿O es solo para joderme?

Andrés soltó una sonrisita como la de un perro.

—Eso es otro misterio —dijo.

—¡Ah! Y antes de que se me olvide.

—¿Qué?

—Esa chica ha venido con mi hermano.

—¡¿Queeee?!

Y bajaron de culo la cuesta, restregando sus bonitos uniformes sobre

la caprichosa nieve.

—¿Tiene alguna nueva noticia? —preguntó Diana cuando los dos estuvieron al lado de ellos.

—Sí, que creo que deberás identificar el cadáver de tu presunto padre. ¿Tienes tiempo esta mañana?

Ella cabeceó dos veces de forma instintiva.

—No me queda otra —dijo.

—¿Conoces dónde está el Anatómico Forense?

—Para eso tiene el taxi —bramó el desafortunado Risto. Y pensó que aquello solo era el principio de un ataque de celos impulsivo. Algo impropio de él. Hasta ahora, que se había quedado boquiabierto de su propia actitud.

—Pues cojamos la carretera —desafió Pablo con la gorra de servicio entre las manos. Su pelo parecía ahora la copa de un árbol nevado.

36

El taxista se detuvo en la parte delantera del Instituto Anatómico Forense, pero antes había dejado a Risto en el comedor social por petición de este. Alegó que eso era cosa de ella y que no podía ver a un cadáver, no como se lo imaginaba en una sala llena de ellos.

Después él, la besó en la mejilla.

El padre Exequiel invadió a Risto a preguntas y el taxi con una Diana triste, había partido hacia su nuevo destino, arrastrando tras de sí una densa y alta nube de humo azul. Y es que el taxi no era precisamente nuevo. Sí, era un modelo Mercedes, pero no era nuevo. Traqueteaba como una cama en la que una pareja está echando un pasional kiki.

El Instituto Anatómico Forense que estaba situada en la zona Universitaria de Madrid y más concretamente en la Calle del Dr. Severo Ochoa; presentaba una entrada fría al ojo humano. Una doble puerta de metal

pintada de negro daba paso al interior. Eran como dos ojos oscuros o dos nichos empotrados en un enorme edificio en el que sus ojos, estaban tapados. Los árboles que la rodeaban, llenos de nieve y encorvados por el peso, era lo único agradable de ese lugar.

—Ya hemos llegado —le había dicho el taxista unos segundos antes y antes de desaparecer tras una estela de humo azulado, Diana se fijó en el enorme cartel que había sobre las dos puertas negras: INSTITUTO ANTÓMICO FORENSE. Y abajo, dentro de una franja roja pálida había escrito: Comunidad de Madrid justo al lado de un «M» desproporcionada.

Diana se quedó dubitativa delante de la puerta. No era muy diferente al Instituto de Barcelona. Ambos parecían macabros. Y mientras pensaba en ello, un hombre de barba rala, abrió una de aquellas pesadas puertas, chirriando y con la cabeza cabizbaja. Iba vestido con un pantalón vaquero, un jersey y un chaquetón. Al salir de allí, no dio ningún tipo de señal acústica al saludar con la cabeza.

Parecía estar cabreado.

Diana entró.

Era como entrar en un tanatorio en el que todo el mundo te espera al final del pasillo para darte el pésame. El brillo del suelo era ausente y allí dentro la temperatura no era la adecuada. Hacía frío. Y en esto que no sabía por dónde iba, salvo que caminaba a lo largo del pasillo, se le cruzó él.

—Hola, Diana. Los ojos de Pablo brillaban como dos linternas en mitad de una noche.

—Buenos días —respondió Diana sin darse cuenta de que había dicho la frase incorrecta. Quizá porque había confundido a Pablo por un policía local, que había llegado primero. Y la verdad es que había sido así. Ensimismada en sus pensamientos, había escuchado un zumbido y visto algo borroso.

—¿Buenos días? Pero si acabamos de vernos hace un rato —acució Pablo levantando una mano con el dorso mirando a su propia cara.

Diana pareció abrir más los ojos. Aquello le volvió loco a Pablo que

sintió un cosquilleo en los huevos.

—Ah, sí, perdona Pablo. Estoy un poco aturdida esta mañana. — Diana se había llevado la mano derecha a la sien. Su cabello parecía mojado y yacía laxo sobre sus hombros.

—No pasa nada Diana. Te comprendo.

Y sin entrar en detalles Diana lanzó la primera bomba.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Un mendigo.

—¿Y no ha escuchado nada?

—No.

—¿Ni tampoco visto nada?

—No. Que yo sepa. —Pablo movía las manos, nervioso. Estaba empezando a sudar por la frente.

—No he traído la fotografía que encontré en la mochila de mi padre, pero creo que puedo reconocerlo.

Pablo sonrió de una forma muy sutil.

—No podemos adelantarnos a los acontecimientos. Quizá no sea tu padre. Es probable que sea otro mendigo que tuviera las cosas de tu padre. Lo mejor será que lo comprobemos antes de nada.

—Sí, claro. Tienes razón —aseguró ella ahora con la mano hundida en uno de los bolsillos de su chaquetón.

Pablo tenía la gorra ahora entre sus manos. Se había secado ya. Su cabello, sin embargo, parecía mojado.

—Diana, a la sala de reconocimiento. Tienes que reconocer a tu padre. Si es que es él —puntualizó.

—De acuerdo. Vamos antes de que me arrepienta.

Pablo se puso la gorra. El escudo del cuerpo de la policía que estaba

bordado sobre el fondo azul, brilló como una placa broncea.

—Aquí no podemos hacer nada más que eso. El patólogo hará el resto. Te voy a ayudar Diana.

—Gracias, Pablo. Eres como tu hermano. Sois bien generosos los dos.

De pronto el repiqueteo de unos zapatos le devolvió a la cruda realidad. Era Nacho que se estaba acercando a ellos. Llevaba unas gafas puestas transparentes. Parecían las gafas de un buzo y entre sus dientes, rodaba un bolígrafo rechinando en ellos.

—Hola, Pablo. Ya podemos ir a identificar el cadáver. Por lo que he podido ver se trata del mismo hombre. Bueno, el mismo asesino en serie que buscas.

Los ojos de Diana se agrandaron como platos.

—¿Ha habido más crímenes iguales?

Nacho asintió con la cabeza.

—Esto es solo la punta de un iceberg —dijo. Nada nuevo en las letras españolas. Un dicho muy popular.

—¡Vaya! ¿Quién puede hacer una cosa así repetidas veces? Esa gente necesita ayuda. —Diana había extendido la mano que antes tenía metida en el bolsillo. No llevaba bolso.

—En eso estoy —dijo Pablo y añadió—. No hagamos este proceso más largo. —Quería hacerse le duro con ella, pero la verdad es que estaba hecho un flan ante sus curvas y su mirada celeste.

Nacho la miró de reojo.

—Vengan por aquí —indicó y girándose media vuelta empezó a caminar hacia el fondo del pasillo. Ellos dos, le siguieron en silencio, salvo el repicar de las suelas de los zapatos. Diana no llevaba tacones.

Cuando finalmente llegaron a la doble puerta, esta vez blanca. Pablo empujó una de ellas y al golpe de un olor intenso a formol, la invitó a entrar.

—Pase, señorita Diana.

Nacho le miró de reojo y vio en él, a un joven encandilado por la belleza de aquella mujer y dudaba de si sería capaz de hacer bien su trabajo delante del cadáver.

Una vez delante del cuerpo, Diana se encontró con su padre, Lo miro y pensó en cuanto lo había echado de menos. Esa figura paterna. Había envidiado siempre a los niños que tenía a su papa y su mama, pero ella solo había tenido a su mama. Como muchos y muchas, pensó. Si, aquel hombre de tez pálida y que aún tenía sangre en el pecho, era sin duda la viva imagen de aquella fotografía. La de su padre.

—Hola, papá. He venido a buscarte, y he llegado tarde —dijo con una lágrima asomando por uno de sus ojos. Su corazón estaba en un puño y parecía que estaba aplastado entre la espada y la pared.

Pablo se estremecía cuando Diana saludaba a su padre muerto, y recordó al suyo tras sufrir aquel accidente que se lo llevo y con él una parte de su vida, aunque su madre siguió estando ahí para acariciarle. Diana no había tenido la suerte que él tuvo. Su padre era diferente a los demás. La había abandonado a ella y a su mamá. El padre de Pablo lo habían abandonado las circunstancias fatales. Recordaba que siempre había sido muy bueno y cuanto le enseñaba de la vida, y como jugaba con él. Pablo evocaba así recuerdos del pasado que no quería recuperar. Sin embargo, Diana no tenía esos recuerdos, ni el cariño deseado, pero había ido en su busca después de que mamá fuera un puñado de polvo en una urna. Ahora se sentía tranquila después de todo.

—¿Te encuentras bien? Por tu mirada sé que es tu padre. Sé lo que te está pasando por la cabeza —explicó Pablo.

Nacho solo se limitaba a observar el cuerpo desnudo de aquel hombre con la polla como un pingajo más del cuerpo.

—Anqué me da pena y sé que es mi padre, no puedo decir que los siento mucho, pero aunque ahora tengo su imagen, no sé la voz que tendría. No sé nada de lo que fue de su vida. Que fue lo que le llevó a las calles, cuando tenía a una mujer esperando y una niña que apenas conocía —se lamentó Diana, añorado una vida diferente que podría haber tenido con su padre.

—Lo siento. No sé qué decir en estos momentos de tanto dolor —susurró Pablo apenado.

—No te preocupes por mí. Lo estoy llevando bastante bien.

Nacho puso la capucha del bolígrafo sobre el corte en el cuello. Todavía estaba el clavo atravesando su boca. Aquella imagen era horrible. Sin embargo, Diana no se fijó en ello. Había reconocido a su padre y ya estaba. Nacho pensó que era una mujer fuerte. Que escondía un secreto.

Quizá si lo escondía.

—Salimos a tomar un café —saltó Pablo cambiando de conversación. Creía oportuno hacer eso.

—Si por favor. Y después, si puede, ¿me acercaría al comedor social de Usera? No tengo mucho dinero para taxis y verá...

—Por supuesto. Es un placer ayudarte —le cortó Pablo desencajando su mandíbula en un tic nervioso.

—Gracias.

A pesar de sus grandes gafas oscuras, sus ojos le parecieron bonitos a Diana y vio ternura en ellos a pesar de querer mostrar su lado más canalla.

Pero Risto era mucho más canalla que él.

—Dime Risto, ¿cómo se encuentra ella? —preguntó el padre Exequiel con ternura en sus ojos.

—Parece que lo lleva bien. Demasiado bien. Es fuerte.

—Según parece estaba buscándolo desde hacía bastante tiempo y yo sé cómo son estas cosas. No es lo mismo que perder a un padre que ves todos los días. Aunque —se resignó—, una pérdida es una pérdida.

—¿Sabes lo mejor de todo?

—No.

—Pues que el policía o inspector que al parecer lleva el caso es mi hermano.

Los ojos de Exequiel se abrieron de asombro. Su boca también.

—¿Tu hermano? ¿Al fin lo encontraste?

Risto hizo un ademán con la cabeza.

—Sí, padre. Después de tantos años separados, he encontrado a mi hermano. —Los ojos de Risto buscaron la mirada de Exequiel. Estaba ilusionado, pero algo dentro de él comenzaba a roerle nada más empezar.

—Veo algo extraño en tu mirada —aseguró Exequiel, que estaba sentado delante de la mesa, con la biblia abierta. Pero sus ojos estaban fijos en el rostro de Risto.

—Sentí algo extraño cuando le presente a Diana. No sé lo que es, pero sentí algo extraño.

Los labios de Exequiel se arrugaron como un ano.

—¿No sentirás algo por esa chica verdad?

Al parecer había acertado.

—Me hace sentir bien. Supongo que es solo eso.

—Ya, pero veo preocupación en tus ojos Risto. —La mano de Exequiel se posó sobre la de Risto que la tenía apoyada sobre la mesa, a su lado, sentado en otra silla.

—Sí, puede ser. Creo que siento algo demasiado intenso por ella.

—Uhhmmm, eso se llama amor, pero lo que veo en tus ojos es algo que no deberías sentir. ¿Rabia? ¿Celos?

Risto dibujó una sonrisa en su cara.

—¿Cómo va a fijarse Diana en mi hermano?

—¿Y porque no? ¿Es más alto y bello que tú?

—¡Nooo! —Risto había chillado casi bajo el techo del comedor social. Rara vez estaban dentro de la iglesia. Allí se iba a rezar y no había mesa alguna delante del atril, a menos que hubiera un ataúd cerrado—. Es más canijo que yo y encima lleva unas gafas enormes. —Había bajado el tono de su voz.

—¿Entonces de que temes?

Risto giró la cabeza y se fijó en los ojos de Exequiel con semblante serio y dijo:

—Ahora está con mi hermano Pablo y no me encuentro cómodo.

—Tranquilo Risto. Tranquilo.

Y siguieron charlando de Diana en lugar de los acontecimientos de su padre.

Un cruel final para el padre de su próxima y única conquista.

38

—¿Y ahora qué piensas hacer Diana? —preguntó Pablo mientras sostenía con una mano el volante del vehículo patrulla. La nieve acariciaba la luna del coche y el limpia parabrisas apartaba los copos de nieve a cada trazo, haciendo que se acumularan en una esquina.

Ella giró la cabeza. Su lacio cabello se onduló con este movimiento y sus ojos brillaron de nuevo, al menos para Pablo. Estaba en el lado de copiloto y tenía puesto el cinturón de seguridad. Pablo no.

—No lo sé. —Se quedó un rato pensando bajo el murmullo de una canción de Queen y añadió—. Quizá regrese a Barcelona.

A Pablo le parecía haber sentido una puñalada en el mismo corazón. Trataba de retenerla a toda costa. Había sentido algo por ella. Mucho más intenso que el interés en descubrir al asesino en serie. Se había enamorado. Con su dedo índice le indicó que no podía.

—Lo siento Diana, pero antes deberías hacer unas cosas aquí en Madrid. Como por ejemplo prestar declaración. Tu padre ha pasado a formar parte de un caso que estoy investigando y te necesito a mi lado.

Los ojos de ella bizquearon.

—¿Estás investigando un caso?

—Sí. Creí habértelo dicho.

—Pues ahora me pillas en Babia, es decir...

—Sé lo que significa Babia. No te preocupes. Aquí decimos confusa, flipando o desconcertada.

—¡Ah, muy bien! —Diana había elevado un poco más la voz sobre la música que resonaba en los altavoces a la altura de sus rodillas. También se escuchaban unas voces que carraspeaban y cortaban el ritmo de la música. Eran los intercomunicadores de la policía. Agentes que daban datos de su situación o actos de servicio.

—Me di cuenta de que apenas si miraste el rostro de tu padre...

—Lo suficiente como para reconocerlo. Era inconfundible.

—Yo me refiero a que no dijiste nada sobre el estado de su cadáver. Ya sabes. El corte en el cuello y ese clavo sellando su boca.

A Diana se le erizó la piel. En verdad no, no había prestado demasiada atención en todo eso. Algo erróneo para ella o quizá era una mera autodefensa.

—Lo... lo siento. No quería...

—Tranquila Diana. Lo comprendo. Es muy duro pasara por lo que estás viviendo. Vienes a Madrid en busca de tu padre olvidado y te lo encuentras asesinado por un lunático. A saber quién es... —Pablo apretó los dientes y Diana se dio cuenta de su rabia.

—Eres muy comprensible señor inspector —dijo ella.

—Llámame Pablo. Me siento más cómodo así.

Y le llamó Pablo.

Cuando la nieve estaba cansada de recorrer todos los rincones de Madrid y el sol se hubo puesto detrás de las montañas, por encima de las nubes, lo que no permitió contemplar la puesta en escena; Diana acudió al comedor social en busca de Risto. La declaración en comisaría se le había hecho muy pesada y necesitaba ahora el calor de alguien que la consolara. Que la hiciera sentir bien. Siguiendo sus impulsos femeninos, deseaba con toda certeza ver de nuevo el rostro de Risto. Había algo en él que la volvía loca. Y sabía por dónde iba, porque había notado algo en él. Las mujeres no son tontas en ese sentido y cuando ellos, los hombres, van, ellas han regresado tres veces.

En una ciudad donde siempre hay gente las veinticuatro horas del día, y por la noche parecía que más, estaba segura de que podría encontrar a Risto con el padre Exequiel, pero se equivocaba.

Estaba solo.

—¡Hola, Diana! ¿Qué haces por aquí a estas horas?

Ella le sonrió bajo la mezquina luz de las farolas mientras se acercaba a él.

—He venido a visitarte. ¿Hay algo de malo en ello?

—¡No! Que va. Solo me ha sorprendido. Es muy tarde.

—Mentiroso, son cerca de las diez. Solo las diez. ¿Qué es eso para el bullicio de Madrid?

—El comienzo —respondió Risto que estaba apoyado en la pared húmeda de la iglesia. Justo al lado de la gigantesca puerta. Él parecía un palillo al lado de una chimenea.

—Igual que en Barcelona. ¿Y tú que haces aquí fuera, aguantando todo este frío?

—Necesitaba pensar un rato. —Sus labios dibujaron una sonrisa. Ahora sus ojos no emitían aquella pobre luz de preocupación.

Ella se detuvo frente a él tocándole los antebrazos por encima de la chaqueta. Parecían las zarpas de una gata acariciándole lenta y pausadamente.

Risto comprendió una cosa.

Que lo deseaba.

Su brillo en los ojos la delataba.

—Quiero sentir tu pasión —dijo de repente Diana acechándole con sus labios en su cuello helado. Aquellos labios aunque helados, le parecieron ardientes a Risto, quien al principio, desconcertado, pensó en otra teoría, pero sabía lo que quería—. Estoy desolada y necesito calor.

Él la cogió por los hombros con dulzura, la miró a los ojos y dijo:

—Yo te daré lo que me pides.

Y entraron los dos en el comedor social, agarrados de la mano. Y sí, había indigentes merodeando en la puerta y algunos los miraban, pero otros hablaban solos y Exequiel los vio cruzar la sala hacia la habitación de Risto, que se encontraba al final del comedor social. Más alejado de la cocina.

Y se resignó.

40

Andrés no estaba. Ni tampoco su superior Javier, ni Manuel, el tocapelotas de turno. Pablo estaba solo con un abanico de fotografías sobre la mesa. Unas declaraciones, y las palabras escritas que habían brotado de la boca de Diana; como el agua se escapa de un grifo abierto. Pero no pensó en el contexto, sino en la forma en como dominaba sus carnosos y sensuales labios. Sus ojos brillantes y cada gesto de la cara.

Y mientras la recordaba con un cosquilleo en los huevos, su hermano se la estaba cepillando en ese mismo momento.

41

Entraron por la puerta como si fueran un grupo de personas en tropel. Después él había dado un puntapié a la puerta que golpeó el marco casi desclavado. Diana estaba excitada y sus ojos se habían entrecerrado, dándole una curva de medialuna, algo oriental. Sus labios estaban abiertos. En el frente había unas pequeñas escaleras que les llevaban a la habitación, pero no esperaron.

Risto acabó empotrándola contra el borde de las escaleras y ella empezó a gemir de placer. Las manos de ella comenzaron a jugar con el jersey de él, tirando hacia arriba como si fuera una segunda piel. Estaba ansiosa y deseaba tener algo bonito con él. Le había parecido la mejor oportunidad de liberarse de todo y empezar algo nuevo.

En movimientos angulosos, las manos de él empezaron por desabrochar el pantalón vaquero de ella. El botón salió disparado como un proyectil hacia una ventana que había al lado, pero que estaba opaca, no se veía una mierda a través de ella. Sus dedos rozaron su cadera que parecía bailar al son de una música inexistente. Quizá asiática, marroquí, quién sabía.

La boca de ella buscó la boca de él que estaba abierta para recibir la lengua de ella, que jugueteo con la suya. Como dos manos entrelazándose. La saliva corriendo por todos sensores de ambas lenguas, produciendo una sensación placentera, que humedecía el sexo de ella y le ponía la polla dura a él.

Ambos estaban entregados el uno al otro, en un juego peligroso, pero desafiante. Ahora las manos de ella buscaban los botones de la camisa blanca que allí parecía beige por la poca luz que había. Una jodida bombilla de las de antes, de poca potencia, iluminaba la antesala o mejor dicho, el lugar donde practicaron sexo.

El vello del pecho de él resbalando en las yemas de los dedos de ella, la hacían jadear y respirar más deprisa. Tenía los pectorales duros y bien marcados. Llegó hasta los abdominales. Todo perfecto. Y le rodeó con sus brazos el cuello como si fuera la estola del padre Exequiel.

Ahora las manos de Risto estaban empujando el pantalón de ella hacia abajo. Este se deslizaba por sus suaves curvas y dejaba al tacto unas braguitas de encaje. Se notaba, por los bordes que casi se clavaban en sus partes.

Después su mano fue hacia arriba empujando el jersey, porque el chaquetón ya había saltado por los aires y yacía muerto en el suelo ante una noche de pasión.

Él tenía la polla cada vez más erecta y aquello parecía un barrote de hierro. Las manos de ella se introdujeron dentro de sus calzoncillos y le tocó el pene húmedo en un extremo. Gimió y su corazón dio brincos en la punta de su lengua que seguía jugando con la de él.

Ahora los dedos de él rozaban sus pechos, erectos, firmes, suaves y la aureola del pezón le volvió loco. Cuando le tocó los pezones casi eyacula, pero se contuvo. Debía haber más cosas que correrse antes de tiempo. Sobre todo si no has mantenido ninguna relación sexual en toda tu vida.

La mano de ella acarició su pene. Él le bajó las bragas y se situó en la zona de su sexo ayudándose de la mano de ella. Y entonces entró en ella. Primero con suavidad. Aquello estaba resbaloso y los huevos eran una cascara dura que dolía horrores. Y la penetró lentamente. Ella gimió y movió sus caderas. Y entonces él empezó el baile que cada vez iba más y más rápido, hasta que ambos alcanzaron un orgasmo que acabó con un grito placentero, que escapó de sus bocas al unísono.

Y mirándose a los ojos, con las caras sudorosas.

Se rieron juntos.

Que rápido se acababa todo.

Dos días después, volvió a suceder lo mismo.

El asesino surcó las calles de la zona de Lavapiés, una vez más. Escurriéndose entre los mendigos, yonquis y traficantes, como pez en el agua. Hasta que lo vio apartado de todos.

Como no podía ser de otra manera, estaba bajo un buen montón de cartones, apartado de la acera, en un portal abandonado. La puerta de metal

tenía unas cadenas y en las dos paredes de la entrada había todo tipo de grafitis y hasta una polla pintada de rojo; debajo ponía: CHÚPAMELA.

O incluso cosas más obscenas como: TU MADRE ES UNA PUTA, ME LA TIRÉ YO.

La verdad es que eso poco le importaba a aquel ser de mirada profunda y lunática. Esta vez llevaba guantes. Uno de esos de cuero negro. Eran una burda copia. Un par de yonquis pasaron justo por detrás de él, hablando incoherentemente. No se entendía nada y sus voces fueron disipándose en la lejanía. Al final de todo se escuchó un golpe y tras esto un aullido de dolor. También esa noche estaba nevando, poco, pero nevaba. Y una vez más la luna brillaba por su ausencia y los madrileños ya estaban hasta los cojones de no ver las estrellas desde sus ventanas.

Los ronquidos llegaban hasta la acera, donde el asesino ya tenía sus pies puestos entre el borde de la lengua de nieve. Esa noche no hacía aire por lo que la nieve no conseguía entrar en el portal. Esos jodidos pies avanzaron lentamente cuando ya no paseaba nadie por la calle. Una más de la zona de Lavapiés. Esta vez le tocó el turno a la calle del Amparo, la cual se extiende desde la calle de la Esgrima hasta la ronda de Valencia. Lavapiés era un auténtico barrio intrínseco de calles con mucha historia. Pero al asesino le importaba un bledo.

Él, por llamarle de alguna forma a ese maniático; estaba buscando a un mendigo. Y sabría reconocerlo en cuanto lo viera.

Los ronquidos seguían en aumento cada vez que su silueta se acercaba al pobre desgraciado que se convulsionaba debajo de aquellos cartones con manchas de huevo y tomate. Sacó una bota por un lateral de los cartones. Era una bota militar que Dios sabría si era suya o se la había robado a otro mendigo. Estaba mugrienta y tenía las suelas desgatadas. Aquellas botas tendrían más de treinta años. O eso percibía el asesino con la poca luz que entraba en aquel recóndito lugar.

Luz amarillenta que provenía de una farola situada justo enfrente.

En un momento dado se escuchó un pedo como una motosierra. Eso no le hizo ninguna gracia y apretó los dientes en un acto de ira. Les fastidiaba

escuchar pedos. Cortaba cuellos y les sellaba la boca con un clavo y le jodían los pedos. Locuras.

Eso hizo que se abalanzase contra él de pronto, sin esperar, sin susurrar a su oído, sin quitar los cartones que había al menos tres. Nada, se zafó sobre él como un sapo a una roca. Y entonces el mendigo se despertó con un grito áspero.

—¡Calla maldito mendigo! —gritó el asesino. Una voz como de mujer. Muy aguda. Era la primera vez que le hablaba a su víctima, aunque fuera un solo grito, porque después no dijo nada más. Sus ojos se entornaron y empezó el ritual.

—¿Que quiere?! ¡Déjeme en paz! —gritó el mendigo con barba rala y cabello largo desaliñado.

No obtuvo respuesta.

El asesino le tapó la boca con una mano y con la otra le rasgó las dos camisas que llevaba puestas el mendigo. En el pecho no había nada, más que úlceras con muy mala pinta. Su aliento era fuerte. La forma inhumana giraba la cabeza, pero debía hacerlo.

El mendigo le había visto la cara y él sabía o mejor dicho, había descubierto que tampoco era el hombre que buscaba.

El mendigo forcejeó, pero era inferior a la fuerza del perturbado.

Apretó sus manos contra el cuello hasta que el mendigo abrió su boca para respirar lo que pensaba era el último trago de aire en su vida. Sacó la lengua que parecía ponerse morada, aunque al principio era amarilla. Sus ojos sobresalían de sus cuencas y un feo ruido subía de su garganta, como si su tráquea al fin estuviera rota.

De la boca del asesino asomaba un hilillo de baba, que por desgracia no cayó sobre la cara del mendigo. Se había relamido. No debía dejar huellas, más que las que dictaba su cabeza. Su ritual. Su marca.

Cuando el mendigo ya parecía inconsciente el asesino sacó el cable de acero. Era tan fácil usarlo, que con la magia de un prestidigitador ya lo tenía enrollado como una culebra alrededor del cuello del infortunado. Y apretó y

apretó hasta que la sangre apareció a brotes y el cable se hundió en la carne.

En el pecho, que se cubría rápidamente de un manto rojo, no había nada laxo sobre ello. No había encontrado lo que buscaba. No era el hombre. Ni tenía el secreto de su salvación eterna.

Cuando el mendigo cerró los ojos, eso sí, muy lentamente y hubo sacado un palmo de lengua, dejó de apretar y sus manos rebuscaron en los bolsillos de su gabardina mugrienta.

El clavo y el martillo.

Eran clavos especiales. Eran antiguos, oxidados y doblegados por haber estado clavados en algún lugar del siglo pasado. Doblegados porque habría sido extraídos de unas puertas. Porque habrían sido robados de un antiguo monumento, o qué sabía Dios.

Lo colocó sobre el labio superior de la boca, cerró la mandíbula y lo golpeó con el martillo. El ruido de dientes rotos quebró el silencio de la noche y llegó hasta la papada.

Así había sellado la boca de aquel hombre equivocado.

Una vez más.

Si, una vez más.

—Buenos días Diana, soy Pablo.

—Buenos días, Pablo —respondía soñolienta.

—Tengo que decirte que ha habido otro asesinato, ¿quieres acompañarme?

—Estaré encantada de hacerlo —respondió sin pensar, y después rectificó—. ¿Qué pinto yo en esto ahora? Ya encontré a mi padre. Ya he declarado. ¿Pablo, no vas a tener problemas con tus superiores? Yo no soy

policía y por supuesto no podría estar en el escenario de un crimen. —Tras acabar y decirlo todo de una sentada, se dio cuenta de la verborrea que había soltado.

—Diana, a mí me han dado este caso cuando nadie lo quería o eso creo yo. Así que puedo hacer lo que crea oportuno, y yo quiero que tú estés el tiempo que puedas, a mi lado. Es probable que descubras algo, no lo sé, de alguna manera, estás inmiscuida en esto. El asesino ha matado a tu padre y algo de conexión debe de existir en todos ellos. ¿Estarás a mi lado?

—Gracias por tu confianza. Creo que debo decir un sí. Dime donde nos encontramos.

—Paso a recogerte en diez minutos en tu portal.

—Estaré lista, hasta luego. —Y colgó. Pero después de esto le sobrevino la pregunta adecuada. ¿De dónde ha sacado mi número de teléfono y mi dirección?

De la declaración, hija, de la declaración.

Diana, ya despierta, saltó de la cama y se vistió lo más rápido que pudo. Sus manos eran aspavientos. Estaba emocionada sin saber por qué, pero lo estaba. Había descubierto que también sentía una cierta atracción con Pablo, y le gustaba que él quisiera ayudarla. Podría descubrir quién mató a su padre. Eso era una buena razón para seguir en contacto con el inspector Pablo Manrique.

Antes de los diez minutos pactados una luz azul destellaba en el portal y Diana bajó a toda prisa las escaleras. La sonrisa de Pablo ocupaba toda su cara y el hueco abierto de su ventanilla. Sus gafas brillaban como sus ojos.

Diana llevaba el cabello recogido en una cola con una simple goma marrón que se perdía entre su cabello. A Pablo le sorprendió este nuevo aspecto que le daba y se fijó más en ella. Diana era simplemente, perfecta.

— ¿Dónde lo han encontrado? —preguntó Diana sin caer en la cuenta de que lo primero que se debía hacer, era dar los buenos días.

—En una de esas casas abandonadas que solo sirven para llenarla de mugre. Bueno, en realidad en un portal de un edificio muy pequeño y

abandonado. —Pablo había deslizado en ese detalle.

—Esa casa debería de haber estado tapiada —acució ella, todavía delante de la ventanilla del vehículo blanco con franjas azules.

—Seguro que estarán tapiadas casi todas —dijo Pablo sonriendo todavía. Parecía que estaban hablando del buen tiempo que vendría en primavera—, pero los indigentes o mendigos, como quieras llamarlos, suelen escarbar hasta encontrar la manera de hacer el agujero perfecto. Pero en este caso el portón estaba atado con una cadena que no ha sido forzada. Todos ellos buscan resguardarse del frío.

—Sí, seguro y también los okupas.

—Y cambiando de tema. ¿No crees que deberías subir al coche? Te vas a helar ahí parada.

Diana hizo un ademán y sonrió abiertamente. Le daba para una carcajada, pero no se rio.

—¡Uf! Lo siento. Que torpe soy...

—No es verdad —le cortó Pablo de forma sutil.

Diana rodeó el vehículo por la parte del morro. La nieve estaba especialmente apelmazada y resbalaba. Sus bamas deportivas, porque siempre las llevaba siempre en invierno porque le resultaban más cómodas y calientes, se agarraron en la dura corteza de hielo, sintiendo como bajo de sus pies, todo crujía como una galleta enorme.

—Ya estoy casi dentro —dijo incorporándose al asiento del copiloto.

Pablo la miró fijamente sin desviar esa sonrisa mañanera.

Ella se acomodó en su asiento y se puso el cinturón.

Él puso la primero y empezó a soltar el embrague.

—¿Te puedes creer que mi hermano es un inspector de policía?

—Eso ya me lo contaste —reaccionó Exequiel. Risto hizo una mueca—. ¿Pierdes la memoria? Nunca te ha sucedido.

—Y encima lleva el caso de los mendigos. Solo hay que poner la televisión para ver lo que está sucediendo. La muerte de su padre hará que Diana se acerque más a él, porque supongo que querrá descubrir al asesino de su padre...

Exequiel le puso la mano sobre su muslo, ya que estaban sentados en dos sillas, uno frente al otro.

—Sí, es comidilla entre los que vienen aquí todos los días. Los mendigos tienen miedo. Estoy al tanto de todo.

—Lleva días sin venir por aquí —se resignó Risto con los ojos apagados—. No tengo su teléfono.

—No desesperes hijo. A lo mejor hoy vuelve por aquí o quizá se haya ido ya a Barcelona. Después de todo, ella solo vino a buscar a su padre y lo ha encontrado. Aunque muerto. No me atrevería a decirte si está interesada en conocer el rostro del asesino de su padre. Ella estaba especialmente dolorida por el abandono de su padre, aunque sí; lo estaba buscando. Pero no sé con qué fuerza lo hacía.

—Yo solo quiero que vuelva. Quiero ayudarla. La necesito...

—¿Has tenido algo con ella? —Exequiel le puso ahora la mano sobre su hombro izquierdo. Su mirada era seria.

—Eso forma parte de mi vida padre —dijo Risto apartando la vista hacia el suelo.

—Está bien. El destino está escrito y Dios nos ayuda a alcanzarlo —explicó Exequiel y apartó su mano.

Los mendigos estaban haciendo cola y el murmullo se escuchaba con más intensidad. Hablaban de algo atroz.

—Sí. Quiero conocer que es así padre. —Risto levantó la cabeza y busco el rostro de Exequiel—. Ojalá tú hubieras sido mi padre de verdad.

Solo tú sabes darme la paz que necesito.

Y fuera empezó a nevar de nuevo, en el invierno más duro de Madrid de los últimos veinte años.

Aunque Risto escuchó algo de una de las cocineras acerca de un mendigo degollado.

45

Salieron del coche entre los curiosos y los comentaristas de televisión, así como varios fotógrafos. El furgón que enfilaba directamente hacia el Instituto anatómico Forense ya estaba allí para recoger el cuerpo. Aparcado. Sus dos portezuelas negras parecían dos lenguas burlándose de la muerte. El mendigo estaba rodeado de una cinta de color amarillo. Bocarriba. Esta vez los ojos cerrados, eso sí, de la misma manera que todos; con el jodido clavo sellándole la boca deformada. El lugar del óbito no estaba desierto, y cada vez eran más los que se despertaban con la noticia. Los vecinos, muchos de los cuales descubrían el cuerpo, les daban por avisar a la prensa antes que a la propia policía. Eso estaba bien.

—Buenos días —dijo Pablo ceñudo.

—Buenos días —respondió un policía local, que había llegado primero. Eso sí, después del periodista.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Un mendigo.

—¿Y no ha escuchado nada?

—No.

—¿Y cómo ha podido avisar si no tiene teléfono? Los mendigos no tienen teléfonos, ¿verdad? —Miró con fijación al policía—. Vale, de acuerdo. Habrá sido un vecino...

Diana le estaba tirando del brazo.

—No seas tan borde con el policía Pablo —susurró.

—Está bien Diana. Me relajaré un poco —le dijo Pablo abriéndose paso entre los demás agentes de policía, que había en el interior del portón.

—Me parece que te vas a enfrentar o te estás enfrentando ya, con un asesino en serie, y cuidado, estos tipos pueden dar un giro en cualquier momento. Reténdote a ti —explicó Diana mientras sus piernas rozaban la cinta amarilla.

—No creo que me rete. Todo esto me parece obra de un demente. Un pobre infeliz que a lo mejor no supera los veinte años. Y esto lo hace porque es un ser que solo lleva odio en su corazón. Hay que joderse. Estos mendigos no le han hecho nada para que les quite la vida tan atrocemente. No lo puede justificar.

—Ningún asesinato está justificado —acució Diana.

Pablo, que estaba al otro lado de la cinta amarilla, pero quieto como un muñeco de nieve plantado sobre aquel suelo dijo:

—Tienes razón. Nada justifica un asesinato, pero existen mentes enfermas, por no decir otra cosa, que son capaces de cualquier cosa por llamar la atención o sencillamente por excitarse sexualmente.

—A veces solo buscan fama o sencillamente sufren trastornos mentales y no están medicándose por cualquier motivo —explicó Diana.

—También tienes razón, Diana —le dijo Pablo con la mirada lasciva.

—Aquí no vas a encontrar nada, es evidente que el asesino no habrá tenido la intención de dejar huellas. Como todos, aunque sus cabezas no le funcionen del todo bien, procuran siempre tener todo el cuidado de mundo para no dejarlas, me refiero a las huellas, y sin duda tiene que tener guantes para tirar del cable con tanta fuerza y no hallar resto de su sangre mezclada.

Pablo enarcó las cejas y su boca hizo una mueca de algo parecido a; ¿Estoy alucinando o qué? Me está dando clases de criminología. ¿Es que soy un bobo y cualquiera puede ver más que yo mismo?

Le sorprendía como Diana observaba el escenario del crimen. Parecía una policía muy experimentada. Demasiado. Aquello le dejó desconcertado y bajó la cabeza.

Vio que los pies del mendigo estaban descalzos y amoratados.

46

Los dos hombres de blanco agarraban la camilla que portaba el cuerpo del mendigo, zarandeándolo con sus pasos torpes, hasta llegar a la parte posterior del furgón. Allí uno de los hombres se hizo a un lado y se escuchó un fuerte golpe al estrellarse las ruedas de la camilla contra la base del suelo. Las ruedas eran de goma, pero el suelo del furgón era de metal. El hombre más recio empujó la camilla con fuerza y fue como arrastrar un bidón vacío sobre la cubierta de un vapor. Un segundo después se limitaban a cerrar las portezuelas y esconder lo que tantos ojos habían estado observando durante casi una hora.

En el portal, quedaría para el recuerdo, las marcas de tiza y los números amarillos. Y ni qué decir de la cinta de plástico. Los intercomunicadores de los agentes de policía estaban agitados y carraspeaban en cada momento. Sus voces se perdían entre los murmullos de la gente que se agolpaba.

El comentarista había dicho algo así como:

El asesino en serie MendigoMan-se había inventado un nombre el muy capullo, como el hombre del saco y continuó-ha salido a saciar su sed una noche más. Los vecinos de este barrio están aterrorizados y sus persianas se bajan en cuanto el reloj marca las siete de la tarde. Hay miedo en las carreteras principales. Hay miedo en la ciudad. MendigoMan es un depredador y seguro, que vendrá a por más.

Y se quedaba tan ancho como un globo bufado. Su cara de idiota no había quien se la quitara. Entonces el cámara cortaba la grabación y la sonrisa desaparecía de aquel comentarista de televisión.

De pronto, estando Pablo y Diana en el interior del coche patrulla, una voz familiar les asaltó.

—Vaya con mi hermano Pablo y Diana. Veo que os habéis hecho muy amigos, ¿verdad? —Sus blancos dientes se podían ver en el hueco de la ventanilla que en ese momento estaba bajada.

Era una visita inesperada para los dos.

—Hermano... ¿qué haces tú por aquí? Que coinci... dencia — tartamudeó Pablo al ver a su hermano con esa barba rala y los ojos tan abiertos. Sin embargo, no tenía motivos para ponerse nervioso.

—Estoy haciendo unas gestiones, para seguir recabando fondos para ayudar a los mendigos en el comedor social. Hace falta comida. Café caliente y mantas. Este invierno es muy duro para ellos. Y encima un maldito asesino los está matando —farfulló Risto. Había escupido casi en el borde de la ventanilla.***

—Lo siento por ellos y por tu com... pasión —dijo Pablo, tímido como siempre. Diana se dio cuenta de la transformación de Pablo, no parecía el mismo cuando hablaba con ella hasta ahora. Adivinó toda una suerte de influencias que tenían los demás sobre él. Sin embargo, por la mente de Pablo, pasó la idea de que; ¿qué estás haciendo tan lejos del comedor social? Bueno, eso podría ser evidente. El crimen había salido por televisión.

—Pablo, yo me identifico con los mendigos. Solo te pido una cosa. Haz lo que puedas para atrapar al asesino o debería decir, monstruo. —Risto había apretado su mano en un puño blanquecino en los nudillos.

—Si puedo lo haré hermano —refrendó Pablo dejando un poco más atrás la timidez.

Diana estuvo a punto de darle un codazo y decirle; haces bien amigo, bueno, inspector.

—Eso va por mi hermano. Siempre fuiste el más pequeño. Bueno solo somos dos. Pero destacabas poco en las cosas. Lo decía nuestro padre. ¿Recuerdas? Yo siempre te defendí de esas declaraciones negativas. Que tanto te incordiaban.

Diana hizo una mueca y dijo:

—¿Por qué lo defiendes? Si estás restregándole todo lo malo que oculta; su debilidad. —A Diana le dolió el comentario de Risto, que sin piedad, humillaba a su hermano aposta. Seguro que lo hacía aposta. Y empezaba a verlo con otros ojos desde ese momento. El kiki había quedado en el olvido. Aquello había sido un arrebató. Un impulso. Un deseo carnal. Nada más.

—Bueno, no sé si me he explicado bien. Pero cambiando de tema, ¿qué haces en la escena del crimen? ¿Por qué no has venido a verme estos días? Pensé que habías regresado a tu ciudad natal. —En los ojos de Risto se podía ver cierta oscuridad llamada celos y algo de obcecación por ella.

—Estaba reflexionando un poco. No estoy bien anímicamente. ¿Me entiendes? Y me dije que si podría ayudar en algo a tu hermano, lo haría. Está infravalorado, pero yo creo que es un buen hombre y un inspector que lleva su trabajo realmente bien. ¿No crees?

—Eso no lo sé. Yo no soy policía —contestó Risto con una rabia dibujada en su sonrisa.

—Vale. En eso te doy la razón. —Diana quería acabar con el pequeño encontronazo. Algo casual y desmesurado. No tenía por qué.

Risto se inclinó hacia adelante ante un impasivo Pablo, que se limitaba a escuchar agarrado al volante y bizquear bajo los cristales de sus gafas.

—Por favor, Pablo. ¿Me puedes llevar?

Pablo salió de la oscuridad.

—Si quieres puede venirte conmigo. Yo voy para el comedor social. Precisamente Diana me explicaba que quería despedirse del padre Exequiel —mintió Pablo. En realidad tenía pensado ir detrás del fiambre.

—Gracias Risto por ser tan amable y solicitar colaboración, pero yo tengo que bajarme aquí —intervino Diana—. Tengo que recoger una bolsa que me he dejado en el maletero y luego tengo que irme a mi casa. —Y mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad y miraba a Pablo, añadió

—. Gracias por tu ofrecimiento Pablo. No quiero que pierdas tu valioso tiempo, que es muy importante —mintió con mucha elegancia, y Risto se dio cuenta de que ella ya no quería nada con él. No ahora.

—No hace falta —reconoció Risto con semblante serio—. Me había olvidado que tengo que recoger algunas cosas a unas calles de aquí. Regresaré en el autobús. Me conozco todos los recorridos de Madrid, y mostró una sonrisa forzada.

—De acuerdo. Nos vemos allí pues —dijo Pablo sacando el brazo por la ventana. Parecía que había tomado cierta soltura—. Estaré en una media hora. Acabo de recordar una cosa.

Risto dio una palmada en el techo del vehículo y apretando los dientes dijo:

—Hasta luego, hermano.

Pero Pablo no cumplió con su palabra, porque había mentido. Estaba de servicio y tenía cosas muy importantes que hacer. Demasiadas cosas.

El cuerpo de Risto se difuminó entre la multitud y su chaqueta marrón desapareció tras los viandantes. Era como si se hubiera vaporizado.

Cuando se quedaron otra vez juntos dentro del coche, Diana miró al joven con su mirada penetrante.

—¿Cómo puedes permitir que te trate así tu hermano?

—¿Cómo me ha tratado?

—Es un egoísta y te ha recordado tu infancia oscura en un momento.

Pablo cabeceó.

—Bueno, es largo de contar. Y gracias por defenderme. Eso es de agradecer y también te lo agradezco que no te hayas ido con mi hermano. Bueno, me refiero a que los tres, hubiéramos ido al... —Pablo se mostraba ansioso. Temeroso.

A Diana eso le estaba poniendo de los nervios.

—He mentido, porque no quería irme con él, lo reconozco, no tengo

nada que recoger en el maletero por si no te acordabas. No sé qué me pasa por la cabeza, pero ya no quiero ver a tu hermano.

—Me he dado cuenta, y te doy las gracias por ello. Mi hermano siempre fue cruel para mí, mientras estuvo conmigo tras la muerte de nuestro padre.

—No tienes por qué darla, yo sé, que tú vales mucho, y que vas a detener al asesino entre otras cosas. Sé que vas a ser Pablo Manrique. Un inspector duro e inteligente. Un hombre de buen provecho. —Diana soltó una risa nerviosa.

—Eres la única que lo cree. Ni mi superior se lo puede creer. Creo que tiene un concepto equivocado de mí. Lo presiento.

—Me lo imagino. Por eso te han dado el caso. Para ponerte a prueba. Eres el nuevo y eso lo dice todo.

—Lo sabes —dijo un Pablo con la boca abierta como si se hubiera tragado un vaso de tubo.

—Lo intuyo. Soy mujer y a veces pensamos mal. Hay un refrán que dice; piensa mal y acertarás. Te lo han dado para burlarse de ti. No creen en ti. En tu valía para demostrarle que el asesino es tuyo. Que tú tengas madera de detective y además que no eres un novato perdido entre las nubes oscuras de este cielo aburrido. —Señaló al techo del coche tapizado.

—Yo también sé que me lo han dado por eso, pero le voy a demostrar todo lo contrario. A Javier y a todos los imbéciles que tengo que ver cada mañana cuando entro en la comisaria. A veces pienso que una bandada de cuervos entra en la comisaria y les arrancan esos ojos fijos en mí. —Pablo había apretado con tanta fuerza el volante que sus nudillos se tornaron blancos.

Diana no se sorprendió.

—Así me gusta. Fuerte y con ganas.

Pablo sintió como una ola de calor le recorría por sus pies hasta llegar al escroto. No quería demostrar que se había ruborizado con las palabras de ella. Así que tuvo que esforzarse para disimularlo.

—¿Vamos, al lio? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

47

Sin embargo, antes tuvo que ir a otro sitio. Le apremiaba hacerlo y Diana lo comprendió.

48

Pablo Manrique había decidido desviar de camino. Le había dicho a Diana que tenía algo muy importante que hacer antes. ¿Qué era eso tan importante que tenía que hacer, antes de acudir al Instituto anatómico Forense? Visitar a su madre, la cual estaba interna en un Sanatorio mental. Su madre, que se llamaba Dolores, tenía bien avanzada la peor de las pesadillas de los ancianos; el Alzheimer.

Su vida ahora transcurría sumida en silencio, sin un maldito recuerdo. Un vacío extenso en el almacén de su memoria. Cuando la vieron sentada en una silla de ruedas, de espaldas, ambos se acercaron tímidamente. Al ponerse delante de ella, Diana pudo ver un rostro demacrado de una mujer sufrida. Le había parecido mucho peor que ver a su padre con un clavo en la boca.

Pablo se sentó a su lado en una silla que oportunamente estaba al lado de ella y recordó que su madre siempre había sido su apoyo. Ella lo adoraba, siempre protegiéndolo, cuando era el objetivo de las burlas de los niños que sin piedad se metían con él, hasta llegar a herirlo en el alma. Eso no sucedía igual con su hermano. Risto era un punto y aparte, pero tenía visitas obligadas. Su padre se lo traía para verlo durante un fin de semana al mes, porque era cuando le tocaba el régimen de visitas. Su hermano vivía con su madre. Pablo lo admiraba por ser su hermano mayor, pero él se mostraba frío desde el principio.

Pablo miraba a su madre que continuamente tenía la vista perdida. Sin embargo, ese día, parecía existir algo de luz en sus ojos. Pablo necesitaba decirle algo, pero sabía que aquella luz en sus ojos, seguirían en la más absoluta oscuridad. Sin embargo, la cogió con las manos posadas en su cara y la miró fijamente, aunque sabía que ella era ahora solo un cuerpo físico y orgánico. Nada más.

—Madre. He venido porque quiero darte una agradable noticia. Hoy estoy contento. —Le hablaba casi susurrando, con cariño y acariciando ahora su mano arrugada y áspera—. Me han dado un caso que no voy a decirte de qué se trata, pero sí que es mi primer caso que tengo entre manos. Todos esos estudios me han servido de algo. Los que me pagaste tú. Ahora soy inspector de policía. Y también quiero decirte que he descubierto a una persona maravillosa que se llama Diana. Y si eso no fuera poco; he encontrado a mi hermano de nuevo. Quisiera tanto que te dieras cuenta de lo que te explico, que daría mi vida por ti. —Y la abrazó.

Diana, contemplando la escena, de pie, detrás de ella, no pudo contener su emoción. Una lágrima asomó por uno de sus ojos. Sentía pena por aquel hombre. Tan diferente de Risto.

Después, él la miraba con ternura; con esa especie de mirada otoñal brillante como la miel, pero su madre seguía con la mirada perdida y no podía regresar a la realidad. Pablo necesitaba que su madre lo acariciara como él lo hacía, pero eso era imposible. Y por más que hablara a su madre, entendía que ella no podía comprender ni cabecear, porque lo había perdido todo dentro de su cabeza.

Se levantó de la silla y le besó la frente, después salió de allí derrotado un día más, pero esta vez junto a Diana. Una mujer que le atraía con cada gesto que hacía.

Diana se secó la lágrima que ahora rodaba por su mejilla.

Nacho estaba con las manos puestas en el cadáver. Sus guantes de látex eran toda una suerte de sangre y heces, porque estaba retirando las tripas. Había un agente de policía a dos metros o quizá más, de la mesa de autopsias. Un tipo cínico con un bigote como la línea dibujada por un lápiz. Tenía el pelo anillado y era bastante alto de estatura. Quizá superaba el metro ochenta. Ese agente había estado en el lugar del crimen y había sido parte de las primeras declaraciones y las pruebas recogidas por los de la policía judicial.

Pablo llegó al anatómico inseguro en un giro inesperado de su incapacidad de luchar contra su problema. Nadie sabía nada de su lucha interna para que nadie notara su inseguridad; su timidez, haciendo fuerza de flaqueza. Ni siquiera Diana, como buena observadora que era, se habría dado cuenta. Aunque lo empezaba a mirar con otros ojos. Algo se removía dentro de ella.

—Hola —Se hizo notar como pudo. Aquel inspector duro de los otros días había desaparecido. El forense se volvió y le miró de soslayo.

—Hola, muchacho. No sé qué me dice que tu cara ha cambiado hoy, ¿estoy en lo cierto?

—No Nacho. Estás observando demasiados cadáveres y la vista se te nubla. —Pablo se vino arriba por un momento—. Supongo que sabrás por qué estoy aquí de nuevo, ¿verdad?

—sí, claro. Como no iba a saberlo, pero creo que se te han adelantado esta vez. —Nacho miró el agente de policía que estaba de espaldas como si nada hubiera pasado en la sala. Ni siquiera un saludo formal a Pablo.

—He venido a ver al mendigo. Quiero saber si esta vez te encuentras con algo que me interese.

—No te vas a dar algo al verlo —avisó Nacho—. Este está mucho peor que los otros.

—No Nacho. Sabes que he visto más de uno por desgracia, desde que comenzó todo. Los tengo esparcidos sobre mi mesa. —Pablo forzó una sonrisa burlona.

—Pero como este seguro que no —insistió Nacho con la cabeza literalmente hundida en el abdomen de aquel fiambre.

Cuando el forense levantó la vista buscando los ojos de Pablo, bordeó la mesa brillante y se situó en la cabeza del cadáver. Pablo no había mirado todavía y Diana se había quedado parada justo al lado de aquel agente amargado.

—Verás como no poto aquí mismo —dijo Pablo con las manos cruzadas.

—Mira lo que ha hecho esta vez. —Sus dedos acariciaron la cara lívida de aquel mendigo. Y aquellas gafas de buzo, que estaban manchadas de algo grisáceo parecieron brillar bajo la luz de los fluorescentes.

Pablo enarcó una ceja.

—Parece que tenemos una novedad —dijo y de pronto se sintió tan mal, como impredecible. Su lucha interna se debatía entre el miedo, la timidez y el poder de la sugestión. Sabía disimularlo bien. Acto seguido se quedó en silencio largo y extendido rato.

—Muchacho, me vas a decir algo o te vas a quedar hay pasmado —protesto impaciente el patólogo.

—Nacho, necesito tiempo para observarlo bien —disimuló Pablo. En realidad le estaban temblando hasta los huevos.

—No tiene nada que observar. —Nacho estaba al borde del grito, pero mantuvo su voz grave—. Le han ahogado con un cable y le han clavado la mano sobre su boca esta vez. Siempre con el jodido clavo. Pero esta vez el tipo debió asustarse tanto que sus ojos explotaron dentro de sus cuencas. ¡Mira! —Con los dedos abrió un párpado y se asomó un ojo totalmente blanco como un huevo cocido—. Esto es horrible.

Pablo manteniendo la compostura dijo:

—Es un ritual. De eso estoy seguro. Lo que no puedo adelantar todavía, es el significado.

¿Y porque lo hará el asesino?

Fue un pensamiento en voz alta.

—Eso tendrás que investigarlo tú —rezongó Nacho—. Yo puedo acabar con la autopsia, pero está claro las causas de la muerte. Después buscaré huellas o algún piojoso pelo del asesino si lo hay. ¿Necesitas algo más? —El patólogo clavó su mirada en su rostro.

—¿Tienes una fotografía del cadáver? Me gustaría analizarlo con más tranquilidad.

—El informe está casi listo y lo tendrá esta tarde como siempre, en la comisaria. A tu nombre claro está. —Nacho sonrió abiertamente.

—De acuerdo, pues me voy entonces.

Y se dio la vuelta para salir de allí cogido del brazo de Diana. El agente de policía lo miró de arriba abajo y no dijo nada. Ni tampoco saludó.

Era un estúpido que Pablo no conocía.

50

—He escuchado que esta vez el mendigo presenta algo nuevo, ¿es así? —inquirió Diana desde el asiento de copiloto.

—Sí. Al parecer hay algo nuevo, pero no le doy demasiada importancia. No dice nada nuevo —explicó Pablo sin apartar la vista de la calle. Estaba nevando de forma abundante.

—Yo creo que eso significa algo.

Pablo desvió la mirada fija para verla. Ella estaba mirándole a él con sus azulados ojos.

—¿Eres policía? —Pablo sonrió y volvió la mirada hacia el para brisas.

Mientras las ruedas giraban lentamente sobre la calzada, Diana continuó con su teoría.

—Yo creo que nos dice que los mendigos deben callar. Deben estar con la boca tapada por algo sucio. Yo creo que hay un fuerte componente sexual...

—¿Qué? —Le cortó Pablo. Empezó a reírse.

Diana le miró con el ceño hacia arriba.

—No es una tontería. Es una hipótesis.

—Entonces... ¿qué se supone debo buscar?

—Eso no lo sé. Tú eres el inspector Pablo Manrique. El que está al frente de esta investigación.

—¡Ya! —bufó él. Después calló por un largo periodo de tiempo silencioso, solo roto por la voz de Diana.

—Pablo. ¿Te apetecería cenar conmigo esta noche en mi casa?

A Pablo casi se le sale el corazón por la boca. Se detuvo en la punta de la lengua palpitando como la garganta de un sapo. Enrojecido dijo:

—Verás... yo... tengo... que...

—Podremos investigar más en el caso, los dos juntos. Ese asesino ha matado a mi padre. Quizá descubra algo que se nos está pasando por alto —le atajó ella.

—Bueno... —Pablo luchó contra su timidez—. Dicho así, suena bastante bien. Acepto.

Ella sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Pablo sintió sus húmedos labios sobre la piel de su cara y le había hecho sentirse bien. Muy bien.

La noche se echó sobre ellos de forma precipitada. Pablo había

pasado toda la tarde leyendo los informes y analizando las fotografías, en su silla acolchada, en la comisaria y Diana había estado buscando en internet una receta que fuera atractiva, para cenar esa noche los dos.

La nieve siguió jodiendo a la vecindad y Pablo había utilizado el vehículo de servicio para sus asuntos personales. Con toda seguridad, Andrés se habría dado cuenta y ponía el grito en el cielo. El coche patrulla pertenecía por la noche a otro par de agentes de la policía.

Cuando se hubo detenido en el portal con teleporter iluminado, Pablo, tras caminar un centenar de metros sobre la espesa nieve y ver como sus zapatos se hundían en ella; su dedo índice pulsó el botón del timbre.

Se escuchó como el grito de un loro y después unos chasquidos.

La voz distorsionada de Diana dijo:

—¿Quién es?

—Soy Pablo. Ya he llegado. —Y acto seguido se escuchaba como una chicharra abría la cerradura de la puerta. Se sacudió las botas dando patadas en el interior del portal y buscó el ascensor. Estaba a su disposición. Entró y pulsó otro botón. Su cuerpo se elevaba hacia su destino. El hogar de Diana por un tiempo limitado.

Cuando la puerta del ascensor se abrió en un siseo, él salió al pasillo y la vio allí asomada. Diana tenía el pelo sobre sus hombros. Tenía una blusa negra agujereada y una falda azul. Estaba algo distinta y Pablo dudó un poco; ya sabía lo que era. Llevaba tacones puestos, por eso le parecía más alta.

—Hola, Pablo. Gracias a por venir.

—Gracias a ti por invitarme.

—Entra. Tengo la calefacción encendida.

—Ohhh, eso se agradece. Hace un frío que pela.

Él se deslizó por el corto pasillo y se colocó en la entrada de su hogar. Diana acercó su cara y le besó en la mejilla. De nuevo Pablo sintió como su cara cambiaba de color y algo le apretaba los huevos.

—¿Vamos adentro? —inquirió diana con sus brillantes ojos encajados en los de Pablo.

—Sí, claro.

Tras cerrar la puerta, esta repicó en el marco en un golpe seco, y el aire se convirtió en una densa nube de vapor. Hacía calor.

52

Alguien se movía sobre la nieve en las calles más oscuras, esta vez de Usera y eligió a uno de ellos. Estaba cubierto de varias mantas y una densa capa de nieve.

Lo selecciono como un cazador y fue a por él.

53

Había hecho brócoli al horno, con bechamel y trozos de jamón. Era una comida fácil de digerir y agradable para el intestino. Tanto, que Pablo que hacer uso del servicio. En una palabra, se había ido a cagar. Diana se había partido el culo literalmente de risa. El champan había hecho su efecto tras el vino y ahora tenía más calor que nunca. Y aquellas gafas de montura negra de Pablo, no le parecían tan horribles, porque descubrió algo debajo de ellas, unos ojos claros; grises.

Él había traído una chaqueta y bajo esta, solo una camisa blanca abierta por el cuello, sin corbata ni nada. Algo informal y unos vaqueros que parecían un globo hinchado. Lo de Pablo Manrique había sido diferente.

Todo empezó con una agradable velada, una conversación amena, que para nada tuvo que ver con las investigaciones y al finalizar esta, los dos tirados en el sofá, mientras la televisión murmuraba en el otro extremo; había sucedido algo mágico.

Un beso.

Ella dio el primer paso.

Sus labios húmedos se pegaron a los labios secos de él, pero había sido un beso tierno. Facilón. Un pico. Pero había ternura en ello. Pablo le había correspondido de forma tierna cogiéndole del brazo con unos dedos muy alargados, pero sensibles. Le había correspondido al beso, pero sin lengua.

Después se miraron fijamente y se echaron a reír.

La suerte de colores que emitía la pantalla del televisor, hacía de sus rostros, un tiovivo.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella poniéndole el dedo índice a los labios.

Pablo como pudo, respondió:

—Sí. Mucho. Quiero repetirlo.

Ella se puso sobre él y el sofá se hundió. Con sus manos se estiró el pelo hacia atrás y bajó su cabeza hacia la boca de él. El segundo beso fue mucho más intenso, pero igual de tierno.

Risto Manrique había sido un kiki salvaje, pero no había más que deseo sexual. Ella lo recordaba. Con Pablo, todo fluía.

Él le tocó los pechos por debajo de la blusa. El sujetador hacía bien poco para ocultar unos pezones erectos y duros. Ella comenzó a desabrocharle la camisa. Todo era tan tierno que los preliminares duraron más de un cuarto de hora.

Hicieron el amor en el sofá y se quedaron viendo el final de una película cuyo título no conocían. Eran casi las dos de la mañana. Todo había sido tan diferente. Tan romántico.

Que repitieron después en la cama.

Y se abrazaron hasta el alba, que debió existir en alguna parte, excepto en Madrid, que seguía nevando con tal intensidad que tenía a todos

preocupados.

Era un año de mucha nieve.

Y mucha muerte.

54

Resultó ser un adolescente que había participado en numerosas peleas callejeras. Y por alguna razón se había enterado de los asesinatos y él, todo chulo, quería dar la nota. Solo consiguió forcejear con el mendigo. Este lo empujó y el chaval se cayó al suelo de culo.

—¡Maldito mal criado! ¿Qué pretendías hacerme? —gritó el mendigo con sus secos labios ocultos en un gran bigote y una barba espesa.

El joven se levantó sin decir nada y se fue de allí.

No sucedió nada más.

55

En los días siguientes, Pablo analizó cada una de los renglones de los informes que se había amontonando y observó minuciosamente cada una de las fotografías. Trataba de descubrir por qué todos tenían dos cosas en común. Que eran mendigos y el puñetero clavo. Tal fue de intenso el estudio que cogió migrañas al no saber qué motivo le llevaría al asesino a cometer aquellos atroces crímenes. ¿Qué significaba aquellos rituales?

Son para sellar su boca. Puede haber una condición sexual, recordaba. ¿De quién eran esas palabras? De Diana. ¿Era ella policía? En principio, no, pero la cosa parecía cobrar sentido. En cualquier caso era buena observadora.

Las mujeres tenemos un sexto sentido, le había dicho alguna que otra vez su madre, tiempo atrás. Los hombres, solo generan odio cuando una

relación se rompe. ¿Acaso aquellos crímenes eran pasionales? No, porque era generalizado. No solo con una víctima. Estaba absorto cuando de pronto una voz familiar le arrancó de sus pensamientos.

—¡Pablo, cojones, despierta! —Era Javier. Al lado estaba Andrés que había insinuado una sonrisa lasciva—. Que te he llamado varias veces y no contestas.

—No te he escuchado señor —dijo Pablo notoriamente cansado.

—Si es que estás pasmado tío. Estás tonto, cojones.

El inspector jefe se deleitaba insultando al muchacho, una risa maligna apareció en su rostro en aquel momento, la cual intentaba retener sin éxito para no reírse en su misma cara.

—Dime que quieres.

—Capullo, una chica ha venido a denunciar la desaparición de un hombre.

—Lo siento señor, pero yo estoy ocupado con la investigación de los mendigos. Le rogaría que la mandara al departamento de personas desaparecidas. —Pablo, con los dos cojones bien puestos, le había plantado cara. Y no le tembló la voz al hacerlo. A veces su miedo le retaba.

Javier enarcó las cejas.

—¡Estas gilipollas tío! Ha venido a denunciar la desaparición de un mendigo y tú eres quien lleva este caso.

Pablo se encogió de hombros.

Resultó que aquella mujer no decía la verdad y fue una falsa denuncia. Javier montó en cólera y la echó de la comisaria. Pablo descubrió que se trataba de una paciente con problemas mentales, porque sencillamente, la había visto por los mismos pasillos que atravesaba cuando iba a ver a su

madre.

Ya desde el principio su cara le era fácilmente reconocible. Había visto aquellos ojos y no era la primera vez que se escapaba del centro. Con una gabardina mugrienta, se hizo pasar por una mendiga y hablaba de forma precipitada.

Y mientras aquella mujer salió por la puerta de la comisaria, Pablo recordó, sin saber porque, todos los momentos agradables que pasaba con Diana.

Cada noche.

57

Risto Manrique vio como Diana se bajaba del coche de la policía, sus ojos se iluminaron con un brillo extraño. Eran celos. Cuando la chica entró al comedor social, en aquella mañana que parecía que ya no nevaba; él la detuvo, interponiéndose en su camino.

—Diana. ¿Cómo vienes en un coche de la policía? Hace días que no te veo. Te necesito.

—¿No te has dado cuenta de quién conducía? —Diana le miró fijamente a esos ojos oscuros—. Fui a la comisaria para conocer de primera mano si había algún avance en el caso del asesinato de mi padre y me entretuve demasiado que al final me ha traído hasta aquí tu hermano Pablo.

—¿Has venido con mi hermano?

—Sí, es el inspector que lleva el caso.

—¿Inspector mi hermano? —Soltó una carcajada sonora y los mendigos que desayunaban desviaron la mirada sorprendidos—. Si mi hermano es un tarado, ¿o es que no te has dado cuenta? No sé cómo ha llegado a ser policía. —Risto estaba humillando a su propio hermano delante de Diana. Estaba furioso y Diana comprendió que moría de celos y envidia.

—Risto, aunque te duela aceptarlo, tu hermano es quien va a descubrir a quien mató a mi padre. —Diana seguía sin apartar la vista de sus ojos oscuros y siniestros. Ahogados por impulsos más inhumanos del hombre.

—Ya has encontrado a tu padre y mi hermano te ha metido en la cabeza que lo han asesinado, muy típico de él, pero no va a descubrir una mierda. Eso sí, delira bastante. Así que lo único que tiene en su cabeza; es mucha fantasía.

Diana se dio cuenta de que Risto escupía odio.

—Sabes de sobra que mi padre fue asesinado. ¿Por qué lo niegas ahora? Fuimos los dos a aquel puente. Encontré esa fotografía y sabes que apareció un cuerpo sin vida en el mismo lugar. Lo tuve que identificar y era mi padre. Tú lo sabes. ¿Por qué actúas de esta manera? ¿Por qué lo odias tanto a tu hermano? —Ahora eran los ojos de Diana los que escupían odio y asco—. ¿Qué te ha hecho?

—Él nada. Al que odio es a mi padre. Él nos abandonó a mi madre y a mí para irse a vivir con la madre de Pablo.

—Recuerda que yo también fui abandonada. Él no tiene la culpa. Ni tampoco su madre.

Aunque no estuviera nevando, la puerta que estaba abierta dejaba pasar un chorro de aire helado y Diana estaba congelándose, mientras permanecía de pie, delante de Risto, como dos árboles plantados en la entrada del comedor.

—Su madre era una buena mujer. Ahora está en un sanatorio, pero también la odio porque se metió de por medio y tuvo parte de culpa por meterse en medio del matrimonio de mis padres. Lo que hizo que él se divorciara y se fuera de casa. Ella había decidido que el amor se había acabado para todos.

—Nadie tiene la culpa. Esas cosas pasan. El amor se va.

—Nadie tiene la culpa según tú. ¿Tú ya no sientes nada por mí?

—Lo nuestro fue un error.

Risto cerró los ojos un instante y después los abrió lentamente. Estaba dolorido.

—Yo no lo veo así —dijo.

58

Manrique llegó a la comisaria cuando sus dos jefazos lo estaban esperando con los brazos cruzados y una cara arrugada como un shar pei; un perro que se parece a un osito y además, es chino.

—¿Te has creído que puede utilizar el coche patrulla como taxi? —preguntó Javier con su voz grave.

Maliciosamente se reía a su lado Manuel, con sus galones de mierda adornando una parte de su pecho. Se había quedado observando la cara de Pablo, que se quedó cortado en ese mismo momento, mostrando una cara sonrojada.

—¡Lo que tienes que hacer, es descubrir de una jodida vez, quien es el asesino! —gritó Javier alzando un puño—. Están pasando los días y los cadáveres de esos pobres desgraciados todavía siguen sin sepultura en el Instituto Anatómico Forense. A este paso criaran pelo en los huevos afeitados.

Pablo haciendo uso de fuerza mental para eludir su flaqueza dijo:

—He descubierto la identidad de uno de ellos. No tiene familia, pero se llama Alberto Morales. Es todo lo que sé, pero voy avanzando. El forense tampoco es que avance mucho que digamos. Ahora parece haber una pequeña tregua.

Esta declaración dejó perplejos a los dos altos cargos que se quedaron callados con un zasca en toda la boca, pero de nuevo estaban dispuestos a seguir con su malicia para reírse un rato de Pablo.

—Eso será por casualidad —dijo Manuel. Sonreía.

—Sí creo que ha sido casualidad. Los casos difíciles se resuelven por casualidad. —Pablo estaba al borde de sacarlo de los nervios—. Pero llegare a descubrir quien el asesino.

—Muy bien Pablo optimista al máximo. Con un par de cojones. — Javier soltó la carcajada más absurda del mundo y Pablo no quiso seguir escuchándolos. De modo que pasó delante de ellos y bordeó su mesa para sentarse en su silla. Ahora había un mendigo identificado y su fotografía ocupaba el primer plano, sobre las demás.

—Y ahora si me disculpan. Tengo trabajo —explicó Pablo.

Javier y Manuel se miraron mutuamente con el ceño fruncido.

Se está viniendo arriba el jodido novato, pensaron los dos como si en ellos hubiera una conexión telepática.

59

Tras despedirse de Risto, Diana entró en la cocina esperando encontrar al padre Exequiel. Y Risto se quedó con la boca sellada y apretando los dientes, tan fuerte que rechinaban. Sus puños estaban cerrados. En la cocina estaba, efectivamente, el padre Exequiel.

Diana se acercó.

—¡Hola, Diana! ¡Me alegro de verte de nuevo! Pensé que habías regresado a tu ciudad.

—Eso ya lo pensaste la otra vez —le recordó ella.

—Lo sé. ¿Has visto a Risto?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí.

—Está un poco extraño estos días. ¿Le has roto el corazón?

—¡Cuánto sabes Exequiel! —exclamó ella.

60

Por la noche, justo antes de que Pablo regresara a su «hogar» como le llamaba él; cada noche que pasaba junto a ella, Diana recibió una llamada inoportuna.

Alzó el teléfono móvil de la mesa y vio un nombre. Arrugó los labios mientras sus ojos se cerraban. Descolgó.

—Bruno. No insistas. No voy a regresar, no al menos de momento — bramó Diana cansada del pesado de Bruno—. Esta noche estoy cansada y no quiero hablar más del asunto. —Diana ocultaba algo a Pablo. Algo que la había perseguido hace dos días. Bruno era su jefe.

Cortó la comunicación harta de escuchar la voz de pito de Bruno. El hombre que además de ser su jefe era el que le tiraba los tejos cada vez que tenía una oportunidad, pero a la joven no le gustaban los tíos, que se pasaban las horas en el gimnasio; solo para crear musculo y lucir la tableta. Eso lo odiaba. No era de ese tipo de chicas que se dejaba guiar por los abdominales marcados.

Bruno había destacado en el cuerpo de los Mossos d'Esquadra en el área judicial y tenía el mando. Lo que consideraba que podía seguir los pasos de Diana, que le había pedido unos días de permiso por asuntos personales; y mira por donde iba, casi dos semanas. Al principio para esperar pacientemente la muerte de su madre; después para encontrar a su padre muerto y sucumbir al amor de Pablo Manrique.

De nuevo el teléfono sonó con la melodía que le tenía puesto a las llamadas entrantes de Bruno, para identificarlo sin necesidad de mirar la pantalla táctil.

—Maldito Bruno —susurró Diana y de forma grosera contestó—. ¿Qué tripa se te ha roto ahora Bruno?

—Te lo voy a decir de nuevo. Piénsatelo ante de hacer lo que piensas. Para algo te han servido los estudios de la UAB. —Parecía que Bruno hablaba en clave.

—No lo voy a dejar. Seguiré con mi fijación. Tengo que hacerlo. Si quieres despedirme hazlo ahora o te arrepentirás.

—Diana, piensa en tu futuro. —Aquella voz seguía sonando como un silbato de lo aguda que era.

—Bruno, compréndelo. No voy a regresar, no al menos de momento. Ahora estoy en la cama. Necesito descansar. Déjame en paz.

—Bueno Diana. Si te lo tomas así, solo te diré una cosa.

—¿El qué?

—Tú te lo ha buscado.

—¡Olvídate de mí! —Y le cortó por segunda vez colgando el móvil. Se sintió en algún momento de la tensa situación, aliviada.

Dejó el teléfono sobre la mesa y evoco el recuerdo de un pasado lejano, cuando ella era una adolescente y salía a divertirse, como todas, antes de cumplir los dieciséis. Con el único chico que se enamoró locamente, el primero, pero su afición por lo esotérico y lo paranormal hizo que su relación terminara de forma precipitada. Un golpe en el bajo vientre. Ahí, donde más duele.

De Xavier Corman, que así se llamaba, conoció la Morfopsicología y la estudió años después, pero Xavier llegó más lejos. Recordó la noche que hicieron una sesión extraña y ella no sabía lo que iban a hacer. Ella creía que iría a un botellón, pero se quedó fría cuando el joven puso un tablero de sobre la mesa vieja de aquella casa abandonada. Por primera vez sintió como una extraña energía se apoderó de ella aquella noche; empezó a sentir escalofríos y después un estallido de dolor en su cabeza. Le retumbaban las sienes. No podía abrir los ojos de tanto que le dolían. Y lo más extraño, fue cuando sintió como abandonaba su cuerpo y su alma se desprendía de la piel en la altitud.

Pero Diana reaccionó de pronto e hizo un gran esfuerzo para volver,

rompiendo la concentración del grupo y salir después, corriendo de aquel lugar. Muerta de miedo. Eso fue el detonante de que su relación se fuera deteriorando hasta que un día Xavier se fue al extranjero y Diana no supo más de él.

Y volvió a la realidad cuando sonó el timbre de la puerta, pero en el trozo que caminó desde el salón hasta la puerta se sumió en otro recuerdo, que más que un recuerdo era lo que le estaba ocultando a Pablo desde esa misma tarde.

61

Estaba oscureciendo cuando Diana se preparó un té y fue al salón donde había preparado un caballete en donde colocó una cartulina imprimida, con todo el mapa del barrio de Lavapiés. Se paró delante y observó aquel entramado de calles. Tenía puesta una camisa amplia que le llegaba por encima de las rodillas. Le gustaba esta cómoda en casa y se sentía bien con su larga y bella pierna desnuda asomándose por debajo de la camisa. Era así como recibía cada día a Pablo.

Mientras su melena estaba suelta y algunos mechones de cabello alocados sobresalían del flequillo, sus ojos muy abiertos se fijaban en aquel mapa. Tomaba un sorbo de té. Dejaba la taza sobre la mesa y se acercaba a la cartulina para marcar los lugares donde habían aparecido los cuerpos de los cinco mendigos. Tenía varias posiciones marcadas en amarillo, pero dos de ellas estaban fuera de aquel mapa. Le faltaba el de la M30. Diana se retiraba y se abrumaba al no poder ver los rostros de aquellos mendigos, ni mucho menos del asesino. Su capacidad para estudiar el cerebro de las personas era envidiable. Después, se interesaba en descubrir por qué hacía eso el asesino.

Pero ahora no tenía nada.

Diana estaba tan ausente, que tardó en escuchar de nuevo el timbre de la puerta que sonó repetidas veces.

—¡Uy! ¡Lo siento! ¡Ahora voy! —gritó Diana, consciente de que

había viajado al mundo de los sueños. Descubrió que entre las dos cosas habría tardado algo más de un minuto en reaccionar.

La joven tapó el caballete y el mapa con una bata que había cogido del sofá. Eso cantaba mucho. Lo sabía, pero no iba a tirar del mantel de la mesa. Se fue corriendo hacia la puerta y sus pasos sonaron como si chapoteara sobre el agua.

Le estaban sudando los pies.

—¡Pablo, perdona! Estaba en la cocina y no te había escuchado — mintió.

—No pasa nada Diana. También es que el timbre este. —Pablo señaló el pulsador—. Suena como una alarma de reloj. Como un susurro del cual debes prestar toda tu atención.

—Si claro, tienes razón. Quieres tomar algo, ¿un café?

—¿No estás un poco rara esta noche? —Pablo sonrió al tiempo que pasaba por debajo del marco de la puerta. ¿Qué tomas tú habitualmente?

—Café. Pero ahora que recuerdo, esta noche me he preparado un té que ya estará helado. —Sonrió y cerró la puerta.

—Pues yo me tomaré otro —acució Pablo. —. Por favor.

—Sí, claro. Vengo enseguida.

Pablo se quedó solo en el salón. Iba para sentarse en el sofá cuando vio el caballete tapado, bueno, la bata. Le entró la curiosidad y fue tan fuerte que fue incapaz de retenerse. Destapó el caballete y su sorpresa fue mayúscula. Se quedó parado mirando aquel mapa con los lugares marcado en amarillo en cada lugar donde había sucedido la mitad de los crímenes.

—¡Lo quieres con un poquito de limón! —Se escuchó desde la cocina. Las paredes respondían.

—¡No, gracias! ¡Solo con azúcar!

Pablo se apartó del caballete y se sentó en el sofá. Esperando. Diana regresó con una taza humeante entre sus manos. Por el borde de la taza se

balanceaba una etiqueta amarilla. Le dio la taza y se sentó junto a él.

Pero esta vez hizo algo nuevo. La noche estaba llena de sorpresas. Diana observó detenidamente los rasgos de su rostro, cada línea, su nariz, su frente, cada una de esas líneas le daban información y, finalmente, la línea de sus labios. Al darse cuenta Pablo de que ella lo miraba fijamente, se ruborizó, Diana descubrió que era una persona llena de amor, ternura y un ser cariñoso. Eso ya lo sabía. Pero ahora descubría algo más; su gran timidez que era la contra de su fuerza.

—Se te va a enfriar —dijo Diana mientras sonreía.

—¿Quién eres realmente Diana? —pregunto Pablo con semblante serio y la taza entre sus manos.

Hubo un corto espacio de silencio que se hizo infinito y ominoso. Finalmente, ella dijo:

—Soy psicóloga criminalista.

Pablo sonrió.

—Mañana quiero enviar un mensaje a todos los mendigos. En la iglesia de ese comedor social.

—Del padre Exequiel —dijo ella.

—Eso.

Y acercaron sus bocas.

En el improvisado despacho de Risto Manrique y el padre Exequiel, Pablo tenía que decirles algo muy importante para él. Sus manos parecían aspavientos. Diana estaba a su lado, observando los rostros enjutos de ambos.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decir, para no contármelo por teléfono? —preguntó Exequiel.

—Primero, porque no tengo vuestro teléfono. Ninguno de los dos. Segundo, porque necesito hacer correr la voz a cuantos mendigos e indigentes pueda, que al final son lo mismo. He pensado que...

—¿Qué has pensado? Si tú nunca pensaste hermanito —No lo dejó terminar y aprovechó el momento para humillarlo una vez más, pero esta vez el párroco medió.

—Por favor, Risto, deja que hable tu hermano. Puede ser importante —dijo el párroco—habla Pablo, dinos a que has venido.

Pablo asintió con la cabeza mientras Diana le envió una mirada maliciosa a Risto que había agachado la cabeza.

—Padre, como sabe, hay un asesino en serie que se dedica a matar a todos los mendigos que puede. Quizá siga un ritual, pero ya han caído cinco de ellos. Quiero prevenirlo.

—¡Me parece estupendo, bien pensado! —exclamó el párroco agradeciéndole la iniciativa a Pablo con una sonrisa de oreja a oreja. El rostro de Risto se contrajo, los celos entraron en él como un veneno corrompiendo su alma.

—De acuerdo hermano —dijo de mala gana Risto. Tenía que hacer el papel y Diana ya lo había percibido. Sus gestos, sus muecas y su mirada lo delataban.

—Entonces aprovechemos el tiempo para hablar con ellos —dijo Pablo retumbándole el corazón bajo el pecho. Nunca había hablado en público y estaba como un flan.

—Ánimo, Pablo. Todo saldrá bien —le animó Diana, delante de Risto. Le tocó un brazo. El padre Exequiel se levantó de la silla.

—Este es el momento perfecto para dirigirse a ellos —dijo el cura—. Ahora están casi todos. ¿Necesitas un atril?

Pablo sonrió.

Después de esto salieron al comedor atestado de mendigos murmurando y dispuestos a comerse su desayuno diario. Pablo, extraño en él;

tomó la iniciativa de levantar los brazos en medio del pasillo que formaban las mesas.

—¡Escuchen todos! —gritaba, pero el murmullo ahogaba su grito.

—Si no te traes un altavoz no te escucharán hermanito —serio Risto—. Eres demasiado bajito y no se te ve.

Pablo se subió sobre una de aquellas mesas, pisando un vaso de plástico con café y un donut. El mendigo soltó un improperio con el puño cerrado.

—¡Hay un asesino entre vosotros! —gritó esta vez y sus ojos brillaron detrás de los cristales de sus gafas. La gorra de servicio estuvo a punto de caérsele de la cabeza.

Entonces un espantoso silencio llenó el comedor.

Diana sonrió.

De pronto uno de aquellos mendigos se levantó de la silla y dijo:

—Soy yo. Odio a estos mequetrefes.

—No es momento de broma —espetó Pablo. Había superado la prueba. Estaba de pie sobre la mesa y sus piernas no le temblaban. Le iba bien eso de hacer de poli duro.

—Si no estoy bromeando. El año pasado me comí a un indigente.

Todos rieron al unísono, pero aquella risa rebotaba en las paredes del comedor como si éstas fueran montañas y se producía un pequeño eco.

—¡Yo tampoco bromeo! ¡Ya van cinco muertos y el próximo podrías ser tú! ¡Esta misma noche! —Señaló al mendigo con una mueca extraña en su boca. Ahora los mendigos lo escuchaban con gran atención—. A partir de hoy intentar dormir en grupo, mínimo de dos personas, pero hacerlo siempre en grupo, tenéis más posibilidades que si lo hacéis por separado. Nunca ocultaros solos. Siempre en grupos. —Hizo un alto para escuchar como bombeaba su corazón en las sienes y al escuchar su cuerpo añadió—. No tengo más que deciros. Cuidaros los unos de los otros como una gran familia que sois.

Acto seguido empezó a elevarse un murmullo que lo llenó todo y Pablo se bajó de la mesa. Diana estaba dando palmas.

—Muy bien Pablo. Has hecho lo correcto.

Exequiel estaba sonriendo satisfecho. Risto se hacía el tonto. Los celos le podían. Ya no podía ver a Diana. Solo veía a los mendigos y al padre Exequiel. Sabía que había perdido una batalla y empezó a eliminar basura de su cabeza.

—¿No tendrías que haber venido con otro agente en lugar de con Diana? —le interrogó Risto lleno de odio.

—Lo siento, mi compañero está enfermo y esto es algo que no te concierne.

—Pues cuídate —le dijo en un susurro.

Pablo salió satisfecho de aquella improvisa conferencia.

Diana también.

Esa noche no utilizó el vehículo patrulla para ir a casa de Diana. Tampoco sus superiores habían descubierto que Diana le acompañaba a todas partes y si, Andrés estaba enfermo de gripe. Javier le había asignado a un nuevo agente; no era inspector, pero Pablo decidió que no le serviría de nada, pues estaba indagando en las fotografías de aquellos desgraciados, en busca de nuevas pistas.

Javier le había mirado de soslayo. Ya estaba impacientándose demasiado, pero tenía que esperar. Hay crímenes que se tardan años en resolver.

Cuando Pablo salió de la comisaria sin obtener resultados, decidió que iba a dar un paseo con las blancas calles de Madrid y como no, utilizando el Metro. Diana le estaría esperando en casa como todas las noches, pero esa

noche debería esperar un poco más, porque algo iba a suceder. Nada malo, por supuesto.

Estaba cerca de donde ese había cometido uno de los asesinatos, y sintió un estremecimiento espontáneo. Todavía quedaban restos de elementos de la policía científica. Mientras su mirada estaba especulando sobre el lugar, de repente, de entre los contenedores salió con una anciana que había estado rebuscando entre las basuras, bajo la tenue luz de una farola que quedaba lejos de ella.

—Señora, ¿por qué no busca refugio? —le dijo preocupado por la suerte de aquella mujer.

La anciana, tenía el cabello deslavazado y de color gris, y aunque no nevaba esa noche, todavía parecía tener nieve sobre el cabello sucio y mugriento. Tenía una bata de color roja puesta con un cinturón marrón enroscado en su cintura. Debajo de la bata, parecía no tener nada. Ni un pijama, ni un pantalón. Ni tan siquiera unos calcetines. Estaba descalza y sus dedos estaban morados.

—A ti que te importa —le respondió con brusquedad.

—No quiero que le pase nada malo.

—A mí, ¿qué más me puede pasar ya? Soy una pobre desgraciada que busca para comer en las basuras. Lo he perdido todo.

—Pero no es bueno que ande sola por estas calles. Debe ir acompañada. Hace poco alguien fue asesinado aquí mismo.

—Lo sé.

La mujer dejó de rebuscar y se acercó más a Pablo. Su olor era pestilente, y su voz aguardentosa, invadió sus fosas nasales, sintió asco y repulsión por un momento. Había sido un acto instintivo, pero se dijo que no debía marginar a esos pobres por su aspecto o su olor.

—¿Quiere un bocadillo? —le propuso Pablo, cambiando de tema, tan rápido como el viento cambia de dirección.

—¿Qué quieres a cambio? —le respondió ella despectiva, con otra

pregunta.

—¿Qué voy a querer de usted? Pues nada.

—¡Vaya! Me salió el buen samaritano y tan joven —se rio con ganas.

—No soy un buen samaritano, señora. Soy un inspector de policía y precisamente estoy investigando la muerte de los mendigos.

—¿Pues sabes que te digo muchacho? Que un mendigo más o un mendigo menos; ¿a quién le va a importar?

—A mí me importa.

—Creerme joven A tus superiores seguramente le importa una mierda tus mendigos.

—Quizá a ellos le importe una mierda, pero yo espero encontrar al asesino y si me importan.

—Pues cuando lo encuentres, tus superiores te podrán la zancadilla y se llevaran ellos los honores. De eso estoy totalmente segura. Algo me dice que eres muy joven y nuevo en esto. ¿Quizá debería decir un novato?

Otra vez la palabra, novato, parecía que lo llevara escrito en la frente.

—Parece que los conoce bien. ¿Y cómo ha llegado a la conclusión de que soy un novato? —el frío atentaba ante ellos. Se estaban quedando helados como dos gigantescos polos de chupar.

—Conozco tu mundo más de lo que tú crees. Antes de todo esto, yo era una mujer muy guapa. Y tenía una familia muy bien posicionada económicamente. —La indigente empezó a contarle una película como una verborrea que Pablo no escuchó. Se quedó parado como si una fuerza lo detuviera allí pegado en el suelo y su mirada había perdido la fijación en ella. Parecía estar pensando en otra cosa—. ¿Me escuchas muchacho? —le preguntó la anciana dándose cuenta de que él estaba ausente.

—Si señora. Claro que la escucho. —Miró en derredor y no vio caminar a nadie más. En aquella calle solo estaban ellos dos, como pinos olvidados.

—Es que te has quedado atontado.

—Solo la escuchaba atentamente. Cuente que le pasó. Pablo recurrió a su memoria y había descubierto que esa palabra, se lo habían dicho ya varias veces.

—Como te decía, me gustaban las fiestas, y por mis venas corría el mejor champan francés. Saboreaba el mejor caviar ruso. Conocí a jueces. A políticos. Esos tipos mezquinos que llegaron a la política y se creían dioses. Ganaba tanto dinero que me creía invencible. Conocía tantos secretos de algún que otro político que los podía destruir con un solo dedo. Alguno de ellos los tenía bebiendo de mi mano. ¿Me sigue muchacho? —Los pies desnudos de aquella mujer estaban sepultados por la nieve y no parecía importarle. Sus dientes amarillentos eran lo que más se mostraba de su rostro.

—Si señora, claro que la escucho. Prosiga por favor. —Pablo pareció haber dado una orden. Estaba embaucado por aquella historia.

La anciana reanudó su relato:

—Cada noche me lo pasaba en grande. Disfrutaba del alcohol y de las fiestas. Ilusa de mí, pensaba que aquello duraría toda la vida, pero los años no pasan en balde. Así que poco a poco se iba cobrando mi belleza, una arruga por aquí, una cana por allá, y mis clientes me fueron abandonando. Hasta que llegó el momento de que todo mi oro se diluyera como un terrón de azúcar en el agua. Cuando necesitaba ayuda, se la pedía a aquellos que me decían que me adoraban mientras me comían el coño. Entonces vi la jodida realidad. Todos me dieron la espalda como unas malditas ratas.

—Lo siento señora. —Pablo había estado a punto de reírse cuando había escuchado lo del coño, pero no lo hizo. Seguía en pie, sereno y aguantando la ventisca de aire helado en una calle poco alumbrada y solitaria

—¿Por qué lo siente? La culpa era solo mía, que no supe administrar lo que tenía. Creo que mi historia bien se merece un bocadillo.

Pablo asintió.

—Tome veinte euros y cómprese lo que quiera. —Como un mago había sacado el billete de su bolsillo. Era como si dedos ya los hubieran

preparado antes de que se lo pidiera.

—Gracias. ¿Me ha dicho que eres policía?

—Si señora. Inspector de policía y le recuerdo que usted está ahora cerca del lugar del crimen. ¿Vio algo aquella noche? —A Pablo le pareció una pregunta estúpida pues no le había dicho que noche debía haber estado presente. Sin embargo, ella dijo:

—Vi algo espantoso...

—¿Vio quien lo mató? —Le interrumpió mientras una bola de fuego le subía por la garganta.

—No vi nada del crimen. Solo una sombra.

—¿Una sombra?

—Sí. Ya se lo he dicho. Una jodida sombra, eso sí, tenebrosa. —La anciana elevó su mano para coger el billete—. Donde yo me resguardo solo veo pasar sombras y aquella noche pasó una que hizo sentir escalofríos. Aquella sombra desprendía una energía vengativa. De eso estoy segura.

—¿Cómo puede sentir energía de una sombra? —preguntó Pablo cada vez más asombrado con aquella mujer.

—Yo sentí eso. ¿Cómo lo hago? Eso no le importa. Y si lo encuentra o no, ese es su problema —farfulló enfadada.

Pablo enarcó las cejas.

—Gracias de todas maneras, cuídese y resguárdese del este frío. ¿Supongo que no querrá declarar en comisaria?

—No me hace ninguna gracia.

—¿Puede decirme algo más?

—No. Ya tengo el billete. Tengo hambre.

Y la anciana comenzó a caminar calle abajo hasta que su silueta fue una sombra sobre Madrid.

En casa de Diana, Pablo le contó lo sucedido y ella como psicóloga criminalista le pidió información acerca de su aspecto. Pablo la describió con precisión y Diana llegó a la conclusión de que aquella mujer había dicho toda la verdad.

Risto Manrique, estaba en su despacho retrepado en su sillón, casi adormilado cuando unos golpes lo volvieron a la realidad, es decir, se despertó.

—Pase —dijo, incorporándose en su sillón. El padre Exequiel entró.

—¡Hola, padre! —Risto estaba todavía soñoliento.

—¿Puedo hablar contigo?

—¡Pues claro! Esta es tu casa. Yo solo soy el inquilino. Pase padre y siéntese. ¿Qué desea contarme? —La mano de Risto estaba vacilando en el aire.

—Por suerte no tenemos que hablar de ningún mendigo más hallado muerto —explicó mientras tomaba asiento. Había dejado la puerta abierta—. La verdad es que me han llamado de la televisión para hacerme una entrevista. Yo creo que debería hacértela a ti. Tú eres el precursor de todo este proyecto. Yo solo soy un cura que ha aportado la iglesia y lo que está pegado a ella. Y esto es de todos.

—¿Una entrevista padre? —inquirió Risto sorprendido.

—Una entrevista para hablar de la labor que se está haciendo del comedor social y, de los asesinatos. Esto ya no me gusta nada.

—Sí. No nos gusta a los dos, pero creo que ¿es necesario que yo vaya?

—Es muy importante que tú vayas, yo tengo poco de que hablar. — Exequiel se veía apenado y sus arrugas eran cada vez más marcadas.

—Está bien padre, iré, pero ¿cuándo es la entrevista? —Risto ya parecía más despierto.

—Es el miércoles. A diez de la mañana. —había puntualizado el párroco, poniendo la mano sobre la mesa.

—Está bien, dentro de dos días. Lo apunto en la agenda para estar libre y no tener que cumplir con otro compromiso. —Risto había olvidado en parte a Diana, pero otra parte deseaba verla otra vez.

El miércoles a las nueve de la mañana, Risto y el padre Exequiel estaban en los estudios de televisión, de un canal nacional muy importante. Los llevaron a la sala de maquillaje, donde los llenaría de polvos compactos hasta parecer muñecos de yeso, y pondrían los pelos más electrizados con la ayuda de un secador.

Después saldrían hacia el plató y esperarían detrás de la falsa pared del decorado, normalmente, lleno de cables y maderas apuntalando la estructura. Mientras tanto, esperarían la orden de entrada al plató, unos jóvenes le pondrían los micrófonos que consistía en una petaca puesta en la cintura y un micrófono diminuto que se extendería desde la oreja hasta la boca.

El momento de espera terminó y los nervios salieron a flor de piel. Finalmente, habían decidido ir los dos juntos; Exequiel para acompañar a Risto, pero al verle el director de los noticiarios, tuvo la gran idea de que el párroco participara también.

—Adelante —dijo una voz sobre sus cogotes, y unas manos calientes le dieron un ligero empujón mientras se abría una puerta falsa.

La presentadora los saludó, y los dos, con los pies temblando, se dirigieron hacia dos sillas que había en la mesa, tal como habían sido indicados. Todo esto antes de empezar a emitir en directo.

—¿Está nervioso padre Exequiel? —preguntó la presentadora de cabello rubio y ojos claros. Su sonrisa era la misma que se podía ver delante

y tras las cámaras.

—Sí. Estoy un poco nervioso. Verá, es que no estoy acostumbrado a salir en televisión.

—No se preocupe padre, que todo va a salir muy bien. —La presentadora miró el folio que estaba sobre la mesa y levantando de nuevo la vista dijo—. Usted es Risto Manrique, ¿verdad? ¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien —contestó Risto todo lo agradable que pudo ser.

—Como le informé al padre Exequiel, les vamos a hacer una entrevista para que nos hablen de la labor que hacéis en el comedor social más grande de Madrid y, de paso, de los asesinatos de algunos mendigos. Todos ya conocemos la terrible historia. —Aquella señorita había forzado una terrible sonrisa llena de asco.

De pronto una voz en alto dijo:

—Atentos, entramos en directo en uno, dos, tres...

La música sonó por los altavoces, escueta y chirriante hasta que paró y la presentadora empezó a hablar con soltura.

—Buenos días, como ya sabrá la mayoría de ustedes, desde hace algún tiempo se suceden unos crímenes atroces perpetrados supuestamente por un asesino en serie que opera en el Barrio de Lavapiés de Madrid y alrededores. El asesino se ha fijado solo en los más necesitados y desamparado, los mendigos que podemos ver en cualquier esquina. Y pues ¿por qué os cuento todo esto? Pues porque tenemos en plató al padre Exequiel de la parroquia de Santa Gema, con el comedor social más importante de Madrid, y Risto que ha trabajado duro para que ello sea una realidad. Queremos saber que hacen y que piensan de los últimos acontecimientos. Así que si no les importa, empezaré con el padre Exequiel. —Hizo un alto escueto y mirándole a los ojos añadió—. Padre Exequiel, le quiero hacer una pregunta.

Exequiel se sonrojó. Acostumbrado a dar misas y leer la Biblia a sus feligreses, ahora una simple cámara con un piloto observándole fijamente, le ponía al borde de un pánico escénico. Pero supo tragar saliva y antepose.

—Hágame las preguntas que quiera.

—Está bien. ¿Cómo surgió la idea de poner un comedor social?

—Hace muchos años, la madre de Risto. —Le puso la mano sobre el hombro—. Me comentó la idea de crear un comedor social, debido al espacio muerto que tenía la iglesia. La idea me pareció genial. Yo siempre digo que la iglesia siempre está ahí para ayudar, y lo hicimos. Primero con Ana, es decir, su madre y luego con Risto que es una persona maravillosa. Lo ha dejado todo para dedicarse a tiempo completo a esta noble causa.

Entonces la presentadora lanzó otra pregunta más comprometedora. Esta vez para Risto, y éste se quedó sin habla.

Lo estaban viendo cerca de tres millones de personas en toda España.

Tenía que hablar de los asesinatos.

Diana había acudido esa tarde a la iglesia, pero esta vez no iba sola, sino con la urna de su madre en su regazo. Dentro; las cenizas y la vieja fotografía de su padre con ella agarrada. Estaba sola en la iglesia. Como siempre; la puerta estaba abierta y nos cuantos mendigos ya hacían cola en el edificio de al lado; el comedor social. Dentro, ante un Cristo de enormes proporciones, tallado a mano en madera, les observaba con sus ojos opacos.

El deseo de Diana, a pesar de no haber conocido a su padre, era darle una sepultura cristiana, aunque su cuerpo todavía estuviera en un congelador a la espera de nuevas pruebas. Ella estaba sentada en uno de los bancos del final. Apenas veía al Cristo que lloraba sangre, cuando de repente una voz la asustó.

—¿Qué te pasa Diana, te veo muy ausente?

Diana giró la cabeza y por la forma en que lo hizo parecía hacerlo sobre unas ruedas dentadas y engrasadas.

—Estaba pensando en muchos momentos de mi vida, es decir, en mi padre y darle sepultura como tendría que haber sido. Sé que no puedo hacerlo porque todavía está presente en el plano físico, pero quería hacerlo de una manera simbólica.

—Bueno, eso se puede hacer. Esta vida es dura y nos hace dudar de si estamos haciendo lo correcto o no. Yo te veo dudosa en ciertos aspectos. — Exequiel se había sentado a su lado.

—Si padre hay momentos en que las dudas se enredan en mi mente. Yo creo que he cometido un error. Un simple error que me está marcando para siempre. —Miró al padre Exequiel con ojos llorosos y añadió—. Tenía que haber obedecido a mi madre.

—¿Tu madre está en Barcelona?

—Mi madre murió en la frialdad de un hospital, y ante el lecho de muerte me dijo que no viniera a Madrid, a buscar a mi padre. Yo se lo prometí. Padre, se lo prometí solo para que se marchara tranquila. Mientras mis pensamientos optaban por buscarle hasta el final. Y ahora después de todo lo sucedido, me he dado cuenta de que ella tenía razón padre.

—No debes atormentarte hija. Has hecho lo que te dictaba tu corazón. Tu padre también se merecía una oportunidad.

—¿La de morir a manos de un loco? —Diana apretaba los dientes y la urna contra su pecho.

Exequiel no contestó de inmediato.

—Dios le compensará Diana. Tenlo por seguro —y le mesó el cabello húmedo por la nieve. Había vuelto a empezar a nevar por vigésima vez.

Diana se echó a llorar.

Después de esto; Diana se apretó más la urna contra su pecho y salió de la iglesia hacia su casa.

Exequiel sospechó lo que había dentro de aquella urna.

Aquella tarde se sentía mal, estaba agotada y su energía se le iba por los poros. Se puso cómoda y estiró sus largas piernas sobre sofá y se quedó adormilada. La siesta duró casi dos horas. Cuando se despertó, ya parecía otra Diana. Irradiaba energía, aunque un vacío le llenaba la cabeza, vaya paradoja pensó.

El reloj no paraba de marcar los segundos, los minutos y finalmente las horas; hasta que llegó la hora de la cena. Sin embargo, no tenía apetito o era mejor decir, que no tenía ganas de engarrarse haciendo la cena. Desde que había llegado a Madrid e incluso antes, que llevaba tiempo sin salir a cenar a un restaurante. Recordó que había visto uno no muy lejos de donde ella vivía. En realidad había varios, salvo que ella no los recordaba.

Decidida a salir a cenar fuera esa noche, se puso un vestido negro de manga larga de encaje y una medias lo suficientemente recias como para evitar el frío. Se puso su abrigo largo y negro y dejó que su cabello cayera sobre su hombro laxo. Después salió a la calle y se puso a caminar hacia donde creía que haber visto el restaurante.

El frío era intenso. Los copos de nieve eran casi inexistentes comparados con la nevada de la tarde. Se subió el cuello del abrigo y recordó que se había olvidado de ponerse la bufanda.

Por la calle vio una silueta a lo lejos, una silueta masculina que conocía, su corazón empezó a latir más deprisa, a medida que el joven se acercaba. Sabía que era él y un rictus apareció en su boca.

—Diana, ¿qué haces caminando sola a estas horas? —Le preguntó con una bella sonrisa. Sus gafas brillaron como los ojos de ella.

—Hola, Pablo, voy a cenar, esta noche no tengo ganas de cocinar. Hoy estoy un poco ñoña. Necesito cambiar el chip.

—Puedo a acompañarte. ¿No me has esperado? ¿Ibas a irte sola? —El chaquetón oscuro de Pablo parecía una bolsa llena de aire. Tenía las manos

metidas en los bolsillos de su vaquero. Esa noche, como las demás, no estaba de servicio.

—¡Me has pillado! —exclamó Diana encogiéndose de hombros—. Es que hoy estoy un poco aturdida con lo de mi madre y lo de mi padre. ¿Puedes creerte que me había olvidado de ti? —disimuló—. Pero, si, quiero que me acompañes.

—¿Dónde te apetece ir? —preguntó él, reconfortado.

—Iba a un restaurante que no está lejos muy lejos de casa...

—¿Te apetece una *pizza*? —Le cortó Pablo.

—Sí, claro que sí. A mí también me a apetece. Llevo mucho tiempo sin comerme una de queso fundido y jamón de York.

—Hay pizzería muy buena dos calles más abajo.

—Pues vamos a comer *pizza* —susurró Diana a pesar de estar contenta en un giro inesperado.

Pablo alargó su mano y ella le correspondió.

Llegaron a la pizzería, la decoración era la típica italiana-todos los restaurantes de comida extranjera siguen el mismo patrón, presentar las bondades de su país-había muchas banderas de las regiones que se componía Italia, las cuales decoraban sus paredes. El color era en naranja y un rojo muy llamativo. Cerca de la cocina había un mural con una fotografía de un horno de leña, evocando recuerdos de antaño.

El camarero les indicó la mesa vacía. Ambos siguieron caminando hasta la mesa. Diana se quitó el abrigo y lo dejó en una silla vacía, junto a la mesa. Pablo la miraba ahora más de lo habitual. Sus ojos encandilados la veían más bella que el día que la conoció.

—¿Que has hecho esta tarde? —Le preguntó Pablo mientras tomaban asiento los dos.

El camarero puso los cubiertos sobre la mesa. Estaban liados con una servilleta de papel.

—He estado en la iglesia. Estaba un poco melancólica y he hablado con el padre Exequiel. Le explicaba que había desobedecido al buscar a mi padre. Era un juramento hecho a mi madre; que no lo buscara. Me sentí bastante mal.

—¿Por qué no me has llamado? Podría haber buscado un hueco para estar junto a ti en esos momentos difíciles.

—No era necesario —dijo ella de forma sutil.

El camarero estaba impaciente y dijo:

—¿Qué van a tomar? —Su sonrisa era una sátira.

—Yo quiero una *pizza* de jamón York y queso —acució Diana.

—Y para mí una de cuatro estaciones y una cerveza para beber. — Miró a los ojos de Diana y añadió—. ¿Qué quieres beber Diana?

—¡Agua!

El camarero garabateó en un pequeño bloc y se fue con la comanda hacia la barra, en donde le esperaba una joven rubia de muy buen ver

Diana le buscó con su mirada y dijo:

—Pablo, creo que voy a regresar a Barcelona.

Pablo parecía haberse atragantado con el aire.

—¡No puedes hacer eso! ¿Por qué ahora? Estamos bien juntos y además todavía no hemos atrapado al asesino de tu padre.

—Porque necesito liberarme de todo. Y si, te dije que me quedaría hasta encontrar al asesino de mi padre, pero no tengo fuerzas ni estoy en el lugar autorizado para actuar en este caso.

—¡Pero eres una pieza más en todo este puzle! Estás metida en todo esto hasta que aparezca el asesino. Tu padre te estará pidiendo a gritos que le ayudes. Pero esto lleva tiempo. Sabes que es muy difícil. No hay pistas fiables. La otra noche encontré a una mujer, o mejor dicho, a una anciana y me dijo que solo vio una sombra aquella noche. Una sombra que le pareció responder a una persona vengativa. ¿Te puedes creer que imaginación tenía

esa anciana?

—Sí. Un poco precipitada, sí. ¿Has investigado las posibles relaciones entre los mendigos? —De nuevo a Diana le estaba saliendo la vena de criminóloga.

—Lo he hecho, pero las investigaciones no me han llevado a ningún sitio. Supuestamente ninguno de los mendigos se conocía entre sí; excepto aquel que nos dio el paradero de tu padre. Al parecer el asesino mata al primero que encuentra, de eso estoy seguro. Y una cosa más. Solo obtuve un nombre. Nada más, pero hay esperanzas.

—No hay relacionado nada entre ellos.

—No. Es como si el asesino fuera un fantasma justiciero.

Sus manos se acercaron con el calor de sus dedos entrelazados sobre la mesa. El camarero aún no había puesto ni la bebida.

—Pero en algún momento el asesino, que siempre damos por hecho que es un hombre, porque podría ser una mujer también; tendrá un fallo y dejará alguna pista. No puede esfumarse así al final de toda su obra. —Diana veía un abismo en el tiempo para atraparlo. Podrían ser años.

—No sé por dónde de dónde tirar —le confesó Pablo algo ruborizado.

—¿Ves el motivo por el cual debería regresar a Barcelona? Nadie ve ni escucha nada, eso es muy típico, lo siento Pablo, algunas veces por más que miremos, no encontramos nada. Tendría que quedarme a vivir aquí hasta el final sin es que hay un final. —Los ojos de Diana parecían clamar clemencia.

El camarero llegó con las dos *pizzas* y las bebidas amontonadas entre sus dos manos. Pero como un mago resolvió todo el entuerto. Las *pizzas* humeaban sobre la mesa y en el fondo se escuchaba el murmullo de los demás clientes. Diana tenía hambre y devoró la *pizza*. La cena transcurrió distendida y muy amena. Cuando se dieron cuenta, el local estaba vacío.

—Pablo, qué vergüenza, nos van a echar fuera. No queda nadie. Paguemos y vayámonos —musitó Diana.

—Yo invito —afirmó Pablo.

—Está bien. La próxima vez invito yo —sonrió.

Diana se enfundó su abrigo y salieron del local aguantando la risa floja.

Entre risas e insinuaciones llegaron al portal de Diana, era el momento mágico. Pablo se detuvo y se miraron fijamente a los ojos y como por arte de magia la atrajo hacia si con fuerza y le dio un beso. Diana no lo rechazó y sus lenguas se buscaron en un baile armonioso. Pablo sintió como su corazón se desbocaba y su respiración se alteró.

El resto se iluminó en la cama de Diana.

El amor fluía por sus venas.

68

Aquella noche la sombra se despertó de su letargo y salió de nuevo en busca de venganza, sediento de sangre e ira. Pactaría con el mismo diablo si fuese necesario, para encontrar aquel que andaba buscando. La sombra quería encontrar a su presa favorita. Caminaba por aquel entramado de calles y plazas. Esa maldita sombra que se arrastraba bajo la mezquina luz de las farolas, respiraba jadeando, con baba en las comisuras. Era tal el odio que despedía que podía tocarse. Estaba buscando a aquel que le introdujo una rama en el culo. Estaba furioso. Caminó sin rumbo, por los lugares distintos a sus anteriores descubrimientos y por fin sus oscuros ojos se fijaron en algo.

El mendigo estaba en un banco debajo de los árboles que llenaba aquella larga y gran calle. Debajo de unos cartones y una capa de nieve. La sombra se acercó lentamente. Con los pasos contados. Tensando el cable de acero.

69

Un lamento se ahogó en la oscuridad de la noche, la muerte se había cobrado su peaje para el infierno. En su oído se repetían aquellas palabras que le quemaban como fuego grabado en su piel.

Calla no grites, mi culito tiernito

Y en su mente regresaron de nuevo aquellos recuerdos. Tan crueles como envenenados para su alma.

El desgarró había doloroso y quiso gritar, pero unas manos mugrientas y apestosas les taparon la boca. La sombra volvía a recordar. Una vez más. Aquel que mugriento mendigo terminó y se subía el pantalón, lo miro con satisfacción. Pero tenía una nueva idea y un oscuro deseo. Era primavera y en El Parque del Retiro había ramas caídas en el suelo. Aquella noche la luna brillaba en todo su esplendor y el ser oscuro tuvo una última tentación.

Meterle una ramita por el culo y ver como se desangraba a la vez que gritaba como una sirena. Después, lo dejó allí tirado en el suelo, desvalido, como un muñeco roto. Sin embargo, antes de irse le dijo algo:

—¿Ves este amuleto? —Sus ojos oscuros no brillaban—. Si me lo arrebatas alguna vez del cuello, tendrás la paz eterna y la vergüenza desaparecerá de ti. Será como si no hubieras gozado. Como si mi polla no se hubiera introducido en tu tierno culo. Pero para arrebatarme esto, primero tendrás que matarme.

En el banco yacía el pobre desgraciado que acaba de arrebatarle la vida y una vez más, no tenía aquella jodida medalla. No había matado al hombre malvado. Se había equivocado una vez más. Por eso esta vez le clavó la mano en la boca y otro clavo aplastó la otra mano sobre una de las tablas del banco.

En el suelo había tanta sangre que parecía que se había meado un perro de los grandes. Con la rabia en su boca. Y un espumarajo saltando al suelo. Los ojos de aquel desgraciado se habían quedado abiertos, para ver el horror de la muerte. Su lengua estaba partida en dos porque en el forcejeo se le había mordido. Aquella barba amarillenta era ahora una cubierta roja.

La sombra desapareció lleno de rabia tal como había llegado. Sin dejar rastro. El cadáver del mendigo empezó a helarse y a cubrirse de nieve. Ese jodido año el invierno marcaría un récord. Entre las muertes macabras y la gran tempestad de nieve que azotaba la cara más alegre de Madrid.

Solo quedaron las huellas de sus zapatos al alejarse, que fueron rápidamente barridas por la nieve y el viento.

Una vez más.

70

El teléfono personal de Pablo empezó a sonar sobre la mesita. Después de hacer el amor se había quedado dormido sobre las tetas de Diana y la melodía de la llamada entrante le despertó de súbito. Algo que le jodió bastante.

Su mano palpó la superficie de la mesita que estaba iluminada por la pantalla del teléfono. Se lo llevó a la oreja como una ostra vacía para escuchar el mar y contestó:

—¿Qué ha sucedido Andrés? —La llamada entrante le había indicado que era él. Lo sabía. Como presentía lo que vendría después. Lo que escucharía solo unos pocos segundos más tarde.

—Hemos recibido una llamada anónima. Parece que unos críos han encontrado un cadáver. Un mendigo. En el Parque del Retiro. En esta ocasión parece que se ha ensañado más. Los jefes quieren verte en la escena del crimen. Vamos todos para allá.

Los ojos de Pablo se abrieron como platos y brillaron en la oscuridad de la habitación. Lo ha vuelto a hacer, lo ha hecho otra vez y yo aquí quieto. Sin avanzar nada, pensó con cierta furia implacable. Dejó el teléfono móvil sobre la mesita y este se estrelló literalmente contra la superficie produciendo un ruido seco. Pablo lo había soltado a un palmo de altura.

Diana se movió en la cama, enrollada entre las sábanas. Susurraba

algo:

—¿Estás despierto?

Pablo le puso la mano en el hombro y la movió con fuerza. Ella se despertó con los ojos desencajados. De alguna manera intuía también, lo que iba a escuchar.

—¡Ha sucedido otra vez! ¡Ha matado otra vez! ¡Tengo que ir a la escena del crimen y mi uniforme está en mi casa! ¡Maldita sea! —Pablo se había levantado y caminaba en círculos sobre el frío suelo de la habitación—
¡¡¡Mierda!!! —gritó.

A Diana se le encogió el corazón.

71

El hombre que había llamado a la policía estaba asustado y los pies le temblaban, aún después de colgar y retirarse del cuerpo que habían encontrado unos menores de edad. Era bien avanzada la noche y nevaba copiosamente y pensó que narices hacían allí esos dos menores de edad. Incluso dudó de ellos al principio, pero los vio asustados con los ojos muy abiertos y sus bocas desfiguradas por el temblor.

Ellos habían dicho a su paso:

—Un... hombre... lleno... de sangre... en un banco... —Hablaban tan deprisa que el hombre no los entendía. Los atemorizados niños salieron corriendo del lugar señalando todo el tiempo el banco bañado de rojo.

—Despacio. Calmaos un poco, que no entiendo nada. —había dicho el hombre de mediana edad.

—Un hombre... ensangrentado... en un banco. Allí. —Señalaba uno de ellos, de piel oscura.

—Voy a llamar a la policía —había dicho el hombre y los dos críos se atemorizaron todavía más—. Vosotros iros a otra parte. Yo me encargo de

todo.

Ellos se fueron corriendo y en sus retinas se había grabado para siempre aquella cruel imagen, de unos ojos vidriosos que habían visto el rostro del asesino antes de espirar.

El hombre llamó de nuevo y dio las coordenadas exactas del lugar del crimen. Colgó y se marchó.

Media docena de coches patrulla se acercaron al lugar cinco minutos después, como un tiovivo andante.

72

Pablo había salido corriendo del piso de Diana, y tan solo un minuto después, había sonado el timbre de la puerta. La de arriba. Diana había pensado que Pablo se habría olvidado algo con las prisas. De modo que con premura corrió hacia la puerta y abrió sin mirar por la mirilla.

Y entonces todo sucedió muy deprisa.

Delante de ella estaba el pasillo de las escaleras, desnudo y vacío. El frío se adentró en sus huesos y el silencio se apoderó de su mente. Iba a cerrar la puerta cuando de repente una mano de grandes dimensiones le tapó la boca con un sonoro golpe. Sus ojos se abrieron como platos y su corazón se desbocó bajo su pecho.

—Hola, Diana —dijo la voz áspera y llena de celos.

Era Risto.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué me asaltas de esta manera? — Diana había hablado casi en un susurro porque la mano se había deslizado hacia su cuello que estaba en peligro.

—Necesitaba verte. Te sigo amando. No puedo estar sin ti.

Ella forcejeó un poco, pero no era lo suficientemente fuerte como para escabullirse de aquellos fuertes brazos.

—Risto, lo nuestro fue un error. Realmente no pasó nada entre nosotros dos.

Los ojos de Risto se inyectaron en sangre y el aliento estaba acariciando el rostro de ella.

—¿Que no sucedió nada? Bien que gemías cuando te follaba, ¿eh? — La arrastró hacia fuera. Los pies desnudos de ella apenas hicieron ruido al caminar descalza sobre el helado suelo—. Tendrás que venirte conmigo guapa —susurró Risto mientras la arrastraba.

—Risto, por favor. No me hagas esto.

—No hables mucho si no quieres despertar a los vecinos. Eso estaría mal y tendría que apresurarme contigo, es decir, te llevaría con más violencia. Camina callada y todo saldrá bien.

Diana no contestó y mientras una mano de él le acariciaba un pecho, pudo escuchar los latidos de su corazón, mientras su polla estaba erecta como un garrote de metal.

Fuera, en la calle, hacía mucho frío y los pies descalzos de Diana empezaron a ponerse morados.

Andrés le estaba esperando abajo en la calle. Pablo bajaba de dos en dos las escaleras de su casa, bueno, del bloque de pisos. La luz azul destellante que pintaba las fachadas de aquellos edificios viejos, habían despertado la curiosidad de algunos vecinos que se habían despertado con ese brillo extraño. Los ojos escrutaron el vehículo policial y después echaban la cortina.

Pablo salió a la calle para bordear el coche y casi resbala. A su espalda la puerta se cerró con un fuerte golpe. Hizo una mueca y Andrés que estaba fuera, esperando, se incorporó en el lado de copiloto.

—Ha vuelto a suceder Pablo. El hijo de puta o la hija de puta, ha

actuado de nuevo —ladró Andrés una vez que Pablo hubiera engranado la primera y aceleraba—. Esta vez ha ocurrido en el lugar más concurrido de Madrid. Hay que joderse.

—¿Hay agentes en la zona del crimen? —preguntó Pablo sudando en la frente. Los nervios le hacían sudar, y en las palmas de las manos. La radio carraspeaba y se escuchaban las voces de varios compañeros describiendo la situación. Ya tenía la respuesta. Sin embargo, Andrés se la dio también.

—Están todos. Los jefes tienen una cara de malas pulgas amigo. Estamos en el principio y ya van seis.

—Lo sé, lo sé —repitió Pablo con cara tensa.

Y condujo con todas las luces encendidas y a punto estuvo de encender la sirena, pero que más daba ya.

Que más daba

Resultó que uno de los secretos de Risto es que tenía coche, o quizá lo había alquilado para ello. Diana no lo podía saber; excepto que le tapó los ojos con una bufanda. Era casi irónico. Cuando fue a comer una *pizza* se había olvidado su bufanda para abrigarse y ahora tenía otra puesta en los ojos. Le apretaba demasiado.

—Tengo frío Risto —dijo ella con voz calmada. Supo en un primer momento que alarmarse ante una persona como Risto no le serviría de nada. Mantenía la cabeza fría.

—El coche tiene calefacción. Tendrás que esperar a que se ponga en marcha el motor.

Ahora ella, que estaba sentada en el lado de copiloto, con las manos libres, se guiaba por los ruidos. Primero el giro de la llave de contacto, después el gruñido del motor y más adelante el engranaje de la primera marcha y el chirrido del embrague.

—Yo te amo Diana y ¿tú me pagas con esto?

—¿A qué te refieres?

—no te hagas la tonta. Sabes de lo que hablo. ¿Que hay entre mi hermano y tú? ¿Hay algo más que solo sexo? ¿Le amas?

Diana volvió la cabeza hacia él aunque no lo veía y dijo:

—Risto, que te quede bien claro. Nunca seré tuya.

Eso le enfureció a Risto quien golpeó con el puño cerrado el volante. El ruido fue sordo, pero Diana notó cierta vibración en el salpicadero. Si quisiera saldría rodando por la puerta, pero sabía que había que mantener la calma en estos casos.

—Tú me perteneces —dijo obcecado él, mientras el motor subía de revoluciones atravesando toda la ciudad de Madrid.

75

—¡Mira a quien tenemos aquí! —exclamó Javier bajo las luces azules y amarillas. Su cara parecía la de un payaso con tantos colores—. Es el nuevo que no se entera de nada —rezongó.

—¿Quién puede adivinar cuando va a suceder un asesinato? —le increpó Pablo aguantando las rachas de aire helado.

Javier se lo quedó mirando fijamente mientras se acercaba.

—Ten cuidado chico o te abro un expediente. —Su dedo índice le tocó el hombro como si fuera un lápiz.

Pablo no contestó.

Detrás de ellos había varios agentes de la policía y la policía judicial, recabando datos. Unos dos hombres altos, estaban esperando con el furgón de la muerte. Sus puertas estaban abiertas y el metal del interior brillaba aquella noche.

Se acercó al mendigo abriéndose paso entre los agentes. Y lo vio. Era atroz. Sus ojos estaban abiertos y vidriosos, aunque llenos de nieve.

Y entonces recibió una llamada de teléfono inoportuna.

76

Escuchó como se ahogaba el motor. Y como se abría la portezuela. Después se cerraba y varios segundos después, se abrió la de ella. Un torrente de aire helado la invadió. Estaba con una sola camisa y las bragas negras. Esta vez las tenía negras.

Entonces, sintió como algo le rodeaba la boca. Estaba caliente y la voz de Risto dijo:

—Necesito que estés callada ahora.

Ella emitió un sonido sordo parecido a un eructo ahogado.

Una mano de él tiró del brazo de ella y sus pies se hundieron en la nieve. El corazón le dio un vuelco.

Uno solo.

77

—¿Pablo Manrique?

Javier le estaba mirando de reojo.

—Sí. Por favor, llame mañana. Estoy ocupado...

—¡Espere! ¡Es muy importante! Es su madre. —le cortó una voz casi alarmada en el otro lado de la comunicación. La nieve se agolpaba mientras tanto en su cara y sus gafas.

—¿Quién es?

—Soy el doctor Martínez.

El corazón de Pablo se contrajo en un puño y cerró los ojos. Si un médico que está a cargo de tu madre te llama de madrugada no es precisamente para darte una buena noticia, pensó.

—Sí, dispere. —Pablo se esperaba una noticia de empeoramiento.

—Si está de pie, haga el favor de tomar asiento. Lo que voy a decirle no le va a gustar.

—Pero ¿ella ha empeorado? —Dentro de su lista de deseos estaba la siguiente frase: *Su madre ha preguntado por usted.*

—Lo siento chico, pero, para que voy a engañarte, se ha deteriorado muy rápido, más deprisa de lo que yo esperaba.

—¿Se va a morir doctor?

—Era de esperar —argumentó Martínez. Aunque estaba habituado a dar malas noticias, esta vez se le hacía espeso.

—¿Se ha ido? —preguntó de forma instintiva Pablo. En el fondo sabía que sí.

—Sí.

—Esto no lo esperaba. —Inspiró aire, contó hasta diez y su boca se abrió desmesuradamente para gritar—. ¡¡¡Mierda!!! ¡¡¡Mierda!!!

Todos los allí presentes giraron sus cabezas desconcertados.

—Animo Pablo. Ahora ya sabes que ella descansa en paz. Estaba sufriendo mucho.

—Pensaba que no sería tan pronto —acució ahora más relajado Pablo. Solo por fuera.

—Ni yo hijo, ni yo. Lo siento mucho. Mi más sincero pésame.

Y cortó.

Pablo se quedó escuchando el tono de la línea un rato más, roto en dos pedazos.

Caminó por el suelo frío, helado, seco, húmedo. Todos los adjetivos servían. Su corazón palpitaba bajo su pecho, en la garganta, en la lengua y en las sienas. Él respiraba junto a su oído y la arrastraba y otras veces, la empujaba hacia un lugar que ella desconocía, aunque aquel olor le era fácilmente reconocible; comida.

—Serás mía —dijo Risto enloquecido.

—Lo siento Pablo. Es una putada. Sé por lo que estás pasando ahora. Puedes decidir si irte o quedarte aquí —explicó Javier claramente consternado. Era la primera vez que lo veía así. Con el rostro arrugado y reflejando toda suerte de colores.

—Necesito llamar a alguien, por favor.

—Claro, estás en tu derecho.

—Gracias.

Javier se retiró machacando la nieve con sus botas y Pablo marcó un número de teléfono que no contestaría nunca. El tono de llamada era persistente y las lágrimas afloraban en sus ojos. No era un llanto, pero estaba a punto de lloriquear como un mocoso.

Al final de una docena de tonos se escuchó una voz que decía: Lo sentimos, el teléfono está desconectado o fuera de servicio. Por favor, vuelva a intentarlo más tarde.

Su dolor contenido se sumaba ahora a la incertidumbre. Diana no contestaba. El jodido teléfono de Diana estaba fuera de cobertura o en el fondo del retrete. Se puso furioso.

Los agentes de policía lo miraban de reojo.

Su frente empezaba a sudar mezclándose con la nieve.

Mientras la fría noche seguía paseándose sobre Madrid y los copos de nieve jugaban con el aire, llamó por segunda vez con idéntico resultado. Su mano apretó el teléfono con fuerza y en un arrebato, cuando iba a estrellarlo contra el suelo, sonó la melodía que indicaba una llamada entrante.

Miró la pantalla táctil y sus labios se estiraron como un chicle.

80

—¿Qué haces a esta hora despierto? —bramó Risto malhumorado.

—Supongo que lo mismo que tú, no puedo dormir.

—Tu solo duermes cuando vas a casa de Diana. Allí si duermes cabrón, claro, junto a ella.

—¿Me estás vigilando? —preguntó Pablo alterándose—. No creía que fueras así.

—Te vi salir el otro día de su apartamento. Era de mañana muy temprano. Así que supuse que habías dormido con ella.

—Y porque saliera del portal, ¿ya das por hecho que he dormido con ella? ¿Además, eso que te importa a ti?

—¿Crees que soy idiota! Tú que siempre fuiste mejor que yo, te la has tirado. ¿Acaso no puedes creer que yo también la haya amado?

—¡Calla! —La boca de Pablo soltó unos escupitajos—. ¡Y no hables así de ella!

—¿Sabes con quien estoy ahora?

—¡No me jodas Risto! —gritó y una vez más todos los cuellos se giraron hacia él—. ¡Si se te ocurre tocarla, te mato!

—¿Cómo no la vas a defender? Si sé que te ha gustado desde el día que la conociste. A mí no me engaña chalado. —Aquella voz no parecía la de Risto, sino la de un enfermo de celos.

—Siempre has tendido una mente perversa hermano. Me lo has demostrado más de una vez. Siempre fuiste el más duro de los dos y creías poder tener todo.

—Sí, no lo puedo negar y a ti no te soportaba. Siempre lloriqueando. Eras un niño débil, porque los otros niños se metían contigo. Y ahí estaba siempre yo; repartiendo palos, pero tú quedabas como un debilucho retrasado.

—Te gusta recrearte, ¿verdad? Eres un ser maligno. Nunca fuiste mejor que los otros niños. No eras mejor que los demás, tú eras odioso como ellos.

—No te soportaba, ni te soporto.

—Ahora que lo dices. Yo tampoco te soporto. —Pablo estaba empezando a desquiciarse con aquella absurda conversación.

—¿Y ella? ¿Te soporta ella en la cama?

—¡No te metas con ella! ¿Dónde estás?

—Piensa un poco.

Y colgó.

Pablo levantó la vista hacia el cielo oscuro y ahogo un grito. Dejó caer el teléfono móvil al suelo y éste se hundió en la nieve que le alcanzaba el tobillo. Cerró los puños con fuerza y se hizo sangre con las uñas clavándose en sus palmas.

—¡Jefe! Necesito ausentarme un rato. Pido permiso —dijo Pablo ahora serenado, pero sus ojos emitían un brillo lunático.

Javier asintió con la cabeza.

—Risto, ¿cuándo va a dejar ese odio que le tienes a tu hermano? — preguntó el padre Exequiel malhumorado. Había escuchado parte de la conversación.

—Nunca padre. Mi vida cambió cuando mi padre se marchó y me abandonó.

—Me decepcionas.

—Como no, Padre Lo entiendo, pero es que nadie sabe lo que me pasó por la cabeza desde aquel día.

—Eso pasó hace más de veinticuatro años. Tu padre se fue. Es cierto, pero no puedes vivir así para el resto de tu vida. Yo te recogí y desde entonces te he tratado como a un hijo.

—Y te lo agradezco padre. Te lo agradezco —reflexionó Risto, repantigado en su sillón.

Exequiel quiso decir algo más, pero no lo hizo.

82

Las ruedas no chirriaron, sino que se deslizaron como patinetes en la nieve compacta, hasta casi empotrar el morro del coche en la puerta de la iglesia. En ese momento no había nadie en derredor. Salvo la nieve que caía con fuerza. Con el motor todavía rugiendo, abrió la portezuela y salió afuera. Casi se resbala y maldecía aquel invierno. Sus gafas bailaron sobre su nariz y no llevaba la gorra de servicio, pero sí el arma reglamentaria, colgando de un costado.

Estaría dispuesto a usarla si hiciera falta, pensó.

Para su sorpresa la puerta pequeña de la iglesia estaba abierta como una boca sin lengua aunque en la sombra de aquella garganta vio una silueta.

—Padre Exequiel, ¿qué hace despierto a estas horas y abriendo la

puerta?

El anciano con su hábito se encogió de hombros.

—Esta noche no puedo dormir —dijo, sin querer revelar que Risto le estaba odiando, pero lo que no sabía era lo de Diana ni porque estaba Pablo ahí en ese momento.

—¡Qué bien! ¡Esta noche no duerme nadie! —espetó Pablo.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha habido otro mendigo salvajemente asesinado. Al parecer desde hace bastantes horas. Y además vengo a por Risto.

—¿Tu también le odias? —preguntó Exequiel ignorante de él.

—¡Tiene a Diana!

La cara de sorpresa de Exequiel marcó un antes y un después.

—No puedo creerlo, ¿cómo lo sabes? He escuchado parte de la conversación, pero todo eran reproches. No recuerdo haber escuchado el nombre de Diana...

—¿Está en todo verdad? —Le cortó un Pablo desesperado con ganas de entrar a la iglesia—. No sabía que los curas fuesen tan cotillas.

—Bueno. Escuche una voz en alto y...

—¡Quiero entrar! —ladró Pablo incontenible.

Exequiel se hizo a un lado.

—Sí, sí. Adelante. Esta es la casa de todos. ¿Diana está aquí dentro?

—Creo que sí. ¿No acaba de decir que ha escuchado nuestra conversación?

—Sí.

—Pues entonces Risto está aquí.

—Así es.

Pablo casi le empujó al entrar dentro. Su corazón podía escucharse en la distancia y su odio, ahora, emanaba por todos sus poros. Exequiel estaba como un cirio de pasmado. También su rostro se había vuelto pálido, porque había visto como Pablo echaba mano a su arma reglamentaria.

83

No escuchaba nada. No al menos de momento.

Diana estaba de pie mirando por la ventana de aquel escondrijo, la vista daba al patio del comedor, las plantas estaban cubiertas por la nieve. Tenía la mirada perdida, pero pensaba como le podía hacerle sufrir él, lo máximo posible. Se había dado cuenta de que no le quedaba ni un ápice de sentimiento. El odio que llevaba desde hacía tanto tiempo, algo relativo, era como un veneno que se le había metido en la sangre y había infectado todo su ser.

No podía imaginarse cómo un hombre se podía obsesionar tanto por una mujer. Hasta donde llegaría. Durante el trayecto había hablado de su hermano Pablo. Lo odiaba con toda su identidad, eso no era nada nuevo.

¿Pero, le permitía eso haber dado ese paso?

Diana tenía un fortísimo dolor de cabeza. Estaba mareada y apenas podía abrir los ojos. Como si hubiera estado durmiendo toda una eternidad. Tenía frío. Mucho frío. Acurrucada en una esquina de aquel sótano o cripta; seguía temblando de pies a cabeza. Cerró los ojos y después los abrió para comprender que no estaba soñando. Le sorprendió, porque lo único que vio, era una terrible oscuridad. El fuerte olor que desprendía aquel oscuro lugar era nauseabundo, la humedad de tierra daba un tufo a putrefacto. Todo era insidioso.

Intentó ponerse de pie. Lo consiguió a duras penas. Tenía un fuerte mareo y las ideas eran un bullicio para su cabeza. Y pensó. A pesar del dolor de cabeza, pensó. Pensó en Pablo. Él no la podía ayudar o eso creía. Pensó en que él no sabía dónde estaba ella, por mucho que la buscara. Tenía ganas de

llorar, pero se contuvo y se acopió de toda la fuerza que le quedaba. Estaba asustada.

Tenía que agudizar sus oídos, para saber dónde estaba, aquel lugar desconocido. Por el olor que desprendía aquel lugar tan maloliente, la humedad con la falta de oxígeno, pensó que era una bóveda. Ya había pensado en tres lugares distintos.

Pensó en una cuarta opción; que bien podría ser los sótanos de la iglesia. Y siguió pensando; esta vez que podía ser un refugio antiaéreo en tiempos de la guerra civil, o el osario de la iglesia quizá. Sólo de pensarlo sintió escalofríos.

Se derrumbó. Se sentó en el suelo desolada y con un zumbido que le impedía ahora pensar y se llevó las manos a la cabeza. Diana no pudo precisar el tiempo que ya llevaba ahí sola, pero sus pies se le habían entumecido.

Y empezó a escuchar voces.

84

Exequiel le había guiado hacia el despacho de Risto, el cual estaba esperándole como un lobo rabioso con la espuma asomando en sus comisuras. Estaba sentado en el sillón giratorio y sus ojos eran terriblemente oscuros.

—¡Has venido hermanito! —exclamó jocoso Risto mientras doblaba sus dedos en un puño. Su sonrisa era macabra ante aquella luz mezquina—. Veo que sabías donde estaba ella.

—Cómo no iba a saberlo. Has un mocoso podría saberlo. ¿Dónde está?

—¿No lo sabes?

Pablo tenía la mano en la funda del arma reglamentaria. Le temblaba la mano

—Sí. Está aquí, pero no sé exactamente en qué agujero de mierda la has escondido

El rostro de Risto se echó para adelante.

—No sufras. Te indicaré el camino. Hermanito de mierda.

Pablo apretó los dientes.

Exequiel parecía desconcertado. Sus ojos le delataban y sus labios temblaban. Y dijo:

—Risto, ¿de verdad has raptado a Diana?

85

—Pablo, estoy en la iglesia... —La voz de Diana convertida en un susurro—. Pablo, estoy en la iglesia... escúchame estoy en la iglesia... ven a buscarme... escucha mi llamada...

Pero nadie la escuchaba, no al menos de momento y empezó a escuchar ruido. Eran pasos. De varias personas. Al menos dos, pero podrían ser tres pensó. Un chute de adrenalina la empujó como un resorte para levantarse del suelo.

Y pensó en la esperanza.

86

Antes de eso, Risto se había levantado del sillón y le había dado la espalda para dirigirse al fondo de la habitación, donde había una cortina. Una mano torpe la apartó a un lado con un sonido parecido al romperse un papel.

Pablo había apretado la palma de su mano sobre su arma. La tensión se respiraba en el aire y no era frío precisamente. Risto dejó a la vista de los dos, una puerta oculta. Era de madera y estaba astillada. Rajada como la

tapadera de un ataúd olvidado fuera de su fosa en el cementerio.

—Vamos abajo —había dicho Risto moviendo la mano.

Pablo le había seguido y Exequiel iba el último.

87

Finalmente, tras un largo y ajetreado ruido de pisadas, algo chirrió tras una puerta. Diana se había apretado contra la pared húmeda presa del pánico. Ella había pensado que había una esperanza, pero también podría ser Risto con su furia. El deseo sexual. Su corazón se aceleró como una locomotora.

Se escuchó un clic vago y la única bombilla llena de polvo hizo algo parecido a brillar desde el techo de madera.

—¿Qué lugar es este? —pensó ella en voz alta.

—Son los sótanos y pasadizos de la iglesia. Esto es el osario, pero esto está aquí olvidado, se construyó una iglesia nueva sobre todos estos pasadizos. Aquí está todo lo olvidado de la anterior iglesia. ¿Satisfecha tu curiosidad? Tienes visita.

Diana había reconocido la voz de Risto y lo hubiera hecho aunque aquella lúgubre luz no hubiera sembrado se mezquina suerte sobre aquel aposento. Además, ahora veía su paranoico rostro. Aunque había alguien más detrás de él.

—¡Diana! ¡Soy Pablo! ¿Estás bien? —Pablo había adquirido una voz rasgada esta vez.

Ella expulsó el poco aire de sus pulmones que momentos antes estaban contraídos. Se sintió aliviada por ello. Por escuchar a Pablo.

—Ohhhh. Está aquí mi hermanito de mierda. —Risto había penetrado en el osario. Ahora la silueta de Pablo era clara y bien definida. Detrás de él, había un hábito andando.

—¡Dios santo! No sabía de la existencia de todo esto —dijo desconcertado Exequiel que ahora era bien visible.

Diana estaba todavía al final de la habitación. Al lado de la ventana. Sus ojos dilatados y lagrimosos.

—¿No lo sabías, padre? —La voz de Risto se tornó maquiavélica. Como poseído. Gutural—. ¡Nunca has sabido nada!

Entonces Pablo vio algo sobre una mesa de, madera que estaba coja, justo al lado de una de las paredes.

—¿Eres tú? —preguntó un Pablo desorientado y confuso. Eran tantas cosas por asimilar que dudaba de sí mismo. Sus gafas no brillaban bajo esa puta luz.

Risto abrió sus brazos con las manos extendidas y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo dices por la colección de clavos que hay en la mesa? Sí. Soy yo. Y todavía no he encontrado al hombre que busco.

A Pablo le temblaban las piernas. Estaba delante de un asesino. Un perturbado. Un enfermo de celos. Un psicópata.

Diana ahogó un gritito y Exequiel fue algo más bruto al hacer un ruido con su garganta.

—¿Eres tú? —repitió una vez más Pablo mirándole a los ojos. A aquellos ojos con sombras. Sus dedos acariciaron el arma. Estaba a punto de desenfundarla. Diana también había comprendido todo, y no se movió del fondo del osario, del sótano o de lo que puñetas fuera.

De pronto la voz de Exequiel resonó por encima de ellos. Estaba detrás y los bordeó para decirles algo. Mirándole a los ojos. Especialmente a Risto.

—Mi tierno culito —dijo.

Y la sonrisa de Risto se fue al carajo.

—¿Qué? ¿Que has dicho?

Esa frase de los cojones la tenía bien grabada en su cerebro e incluso en su cerebelo y porque no, en su tálamo. Aquel asqueroso mendigo le había agarrado con sus grandes manos y lo había puesto tumbado en el suelo. Después aquella mole, que entonces pesaría los noventa kilos, se había puesto encima de él. Eso lo recordaba. Como el aliento a ajo o algo parecido. Aquellos ojos que había adivinado ver, aunque fuera de reojo. Ahora los tenía delante de sí. Sí, era él. Ahora se acordaba. Esos labios secos, cínicos, que le habían besado el cuello. Recordó que le había abierto las piernas y que le había metido mano en sus genitales. Sintió asco al recordarlo. Y lo siguió sintiendo cada vez que mataba. Pero ahora regresaba a los más impuros recuerdos de lo que pasó.

Había notado como algo duro se introdujo en su ano. En el dolor que eso le producía y en como esa mano grande le sujetaba ahora la cabeza por el pelo. Tirando de él. Le introdujo el dedo dos o tres veces, mientras aquel apestoso mendigo le gemía. Le susurraba y le cantaba una nana. Después sentía los muslos desnudos de él acariciándole los suyos. Y finalmente, algo enorme como una barra de hierro apretando en su ano, hasta que se introducía con un desgarró de dolor. Se introducía y se introducía. Y la respiración agitada de ese ser abominable olía más ahora a pescado que a ajo.

Solo recordó que chilló largo y tendido y que después de consumir el acto algo caliente fluía de su ano hacia el suelo, tras acariciar sus nalgas. El olor dulce de su sangre le invadió de pánico. Miraba arriba, al cielo, y veía las copas de los arboles a la luz de la luna, tan oculta como siempre, porque había nubes.

Y recordó como no sintiéndose satisfecho aquel hombre le metió una rami...

—Eras un niño. Lo sé. Pero estoy enfermo. Llámame perturbado, pero mis condiciones sexuales no son las mismas que las tuyas. A mí me gustaban los culitos tiernos. La penetración era más placentera. Después de un tiempo lo probé con hombres, pero al tener el ano más dilatado, no me resultaba placentero. Y sí, sirvo a Dios, aquí. En la iglesia. ¿Acaso crees que soy de piedra y no puedo masturbarme o tener relaciones sexuales? —Exequiel hablaba con un tono de voz impropio de él. Más oscuro. Más grave. Más maléfico. Diana, que todavía estaba en el fondo, contraída en la pared, no

reconoció al padre Exequiel y su estómago estaba revuelto. Sentía asco, no, lo siguiente.

Pablo Manrique no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¡Eres una asquerosa rata! —gritó señalándole con el dedo índice. Pablo no estaba confuso. Solo alterado y su mano había abandonado, al menos de momento, la culata de su arma—. Hare que el peso de la ley recaiga sobre usted de la forma más cruel que pueda imaginar.

—Soy humano —acució Exequiel con un brillo en sus ojos. Un brillo tétrico. Había juntado las dos manos como si fuera a rezar.

—Todos estos años, ocultándome entre la gente y al final me decidí. Solo encontraba mendigos inocentes a los cuales les arrebate la vida. Y nunca encontraba al hombre que buscaba. ¡Y lo tenía a mi lado mismo! —Se alteró Risto. Sus ojos estaban inyectados en sangre. Se llevó la mano al bolsillo sin que Pablo se diese cuenta. Estaba buscando algo. El cable de acero.

Diana seguía en el fondo, retrepándose y con lágrimas en los ojos. Para ella todo podría haber acabado, pero ahí abajo todo se complicaba demasiado y no esperaba un buen final.

—He mantenido ese secreto a la policía hasta el fin Risto —dijo Exequiel moviéndose a un lado—. Yo sabía que el cazador eras tú, pero había algo que me extrañaba mucho. ¿Qué significa ese ritual del clavo?

—Era un mensaje. No hables. Sellaba las bocas de esos pobres desgraciados para que no hablaran de mi violación. Solo en el caso de que hubiera dado con el hombre correcto, pero ya he visto que la sorpresa ha sido mayúscula.

—Bueno, el destino está escrito en todos nosotros —sonrió Exequiel.

—Y una cosa más. —Risto modulaba su voz para hacerla más grave.

—¿Qué?

—¡Que no utilices el nombre de Dios en vano! —Y se lanzó sobre él con las manos abiertas. Tenía el cable de acero tensado e iba directo a su yugular.

Pablo no supo reaccionar como bien había dicho siempre su hermano. Su corazón estaba agitado y mente confusa. ¿Qué debía hacer?

Diana soltó un grito desgarrador. Aunque ambos eran culpables de varios delitos, su voz había arrancado como el silbato de un tren.

El cable de acero se mezcló con la sangre de él. Exequiel le estaba mirando a sus ojos fijamente. Todavía conservaba en ellos algo de ternura. Como cuando lo violó. Mientras su vida iba apagándose y sus manos hacían aspavientos, pensó en aquella situación. En el regreso en el tiempo. Por fin Pablo reaccionó. Hasta el momento se había comportado como un simple muñeco de trapo con un arma, una porra y unas esposas que brillaban mucho bajo aquella mezquina luz.

—¡Risto! ¡No lo mates! ¡Ya me encargaré yo de que pague su delito!
—Pablo le había agarrado uno de los brazos, pero era inútil. Era como tratar de apartar un oso. Tenía fuerza y estaba furioso. Risto estaba loco en aquel momento y Exequiel lo sabía. De su boca, salía la lengua y algo de sangre. El dolor era intenso en su cuello; mucho peor que unas anginas. Era un dolor con la escala más alta. No podía respirar. Se estaba muriendo.

—Tú eres mi hombre Exequiel y vas a pagar por lo que me hiciste — susurraba Risto a su oído mientras como un animal tensaba el cable. Se escuchó un crujido. Quizá de la tráquea. Y después, el resuello de lenta respiración.

Entonces Risto lo vio.

Era una especie de piedra roja, incrustada en una cruz; por el centro. Y recordó que se la había enseñado aquel mendigo que lo rompió desde niño.

Si descubres este medallón es porque abras encontrado al culpable y estará delante del que te hizo suyo.

Recordaba esas palabras.

Y cuando quiso apretar más su brazo se estiró hacia atrás por la fuerza que había recuperado Pablo. Lo apartó momentáneamente de Exequiel, quien sonreía ahora como un demonio.

—¡Pablo, no te metas en esto! ¡No sabes cuánto he sufrido todos estos

años! —Y una mano cogió un clavo de la mesa a donde había sido empujado. Uno de esos clavos doblegados, oxidados y enormes. Lo empuñó como si fuera un cuchillo.

—¡Risto! ¡Es una locura si lo haces! —gritó Diana. Ahora sentía compasión por él y comprendía muchas cosas de su personalidad—. La justicia se encargará de él.

—¿Y qué hay de mí? ¡Me condenarán por haber matado a esos pobres infelices!

—Uno de ellos era mi padre —acució Diana y se echó a llorar.

A Risto le dio un vuelco el corazón. Desvió la cabeza y la buscó con la mirada.

—Lo siento, Diana. Más motivo para hacerlo. Llamémosle daño colateral. Lo siento de verdad.

Y ante los ojos muy abiertos de Pablo, Risto se abalanzó de nuevo hacia Exequiel y el clavo se hundió en su pecho. Justo en el corazón. La sangre salió a borbotones y el párroco se cogió de sus manos. Habría querido decir algo más, pero no pudo.

Entonces Pablo empuñó su arma reglamentaria.

—Diana. Sal de aquí —ordenó.

Ella salió de la penumbra y con el corazón en la mano salió por detrás de Pablo.

Una vez fuera de peligro, Diana se sentó en el sillón que momentos antes había ocupado Risto. Escuchó el impacto de dos disparos. Un grito desgarrador y después el silencio. Miró el reloj y vio que estaba a punto de amanecer. Sus ojos sangraban lágrimas mientras esperaba y el silencio lo devoró todo mientras esperaba.

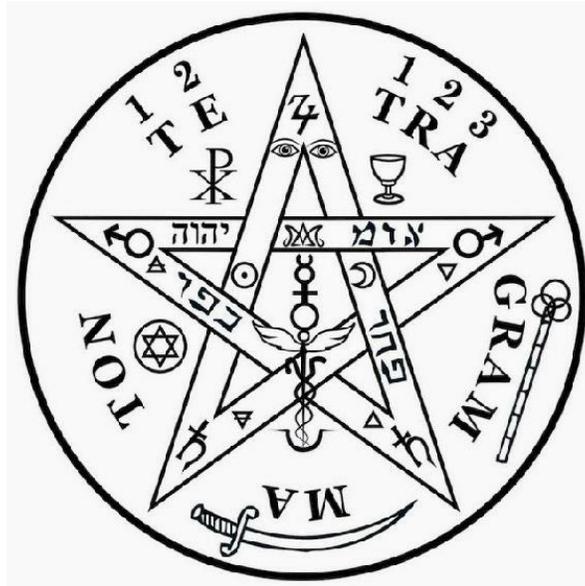
Y se quedó sola; esperando a que la vida se arrastrara lenta y oficiosamente, delante de sus ojos.

FIN

Biografía de M.G.Pineda

M G Pineda nació en Badolatosa(Sevilla) en 1955. Comenzó a trabajar a una edad muy temprana, trasladándose muy joven a Barcelona. Al poco tiempo de casarse, emigró a Suiza donde nació su única hija. En 1992 regresó a España y se instaló en Coín, donde reside actualmente. En 1998 se trasladó a una casa en el campo, donde la monotonía del lugar la sumió en una gran tristeza y soledad hasta que descubrió la escritura, encontrando la motivación necesaria para huir de estos sentimientos, que desaparecieron entre las letras.

Creció con la influencia de los romances de Corín Tellado. Aficionada a la novelas policiaca. Escribió la saga “Bruma oscura” una saga con cinco tomos, policiaca y psicológico, entre esas escribió R. R. R. y la decisión de Elsa y La Harley del diablo, Un thriller de suspense, romántico, erótico.



Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano" y "Mi lienzo es tu muerte". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año.